



Curso de Educación Partidaria



Selección de Textos — Tomo 2





Curso de Educación Partidaria



Selección de Textos — Tomo 2



DECLARACION PROGRAMATICA Y PLATAFORMA POLITICA INMEDIATA

(Aprobada por el XVII Congreso)

I.- POR LA REVOLUCION AGRARIA ANTIMPERIALISTA, PRIMER TRAMO EN EL CAMINO HACIA EL ESTABLECIMIENTO DEL REGIMEN SOCIALISTA EN EL URUGUAY

Por sus características geográficas y pese a su pequeñez territorial, el Uruguay posee condiciones propicias para un desarrollo económico próspero. Su clima es benigno y la casi totalidad de la superficie es apta para la ganadería o la agricultura. Sus ríos y costas marítimas crían abundantes riquezas pesqueras. El subsuelo posee yacimientos de materiales nobles de construcción y otros minerales, y es posible que un estudio científico sistemático permita descubrir en él otras valiosas riquezas. La vasta red hidrográfica ofrece facilidades de regadío y atesora un potencial hidroeléctrico capaz de abastecer de energía a la industria, el transporte y el consumo.

Con estas riquezas naturales, el Uruguay podría construir una economía independiente y desarrollada y asegurar una vida feliz, de bienestar material y cultural, incluso a una población varias veces mayor que la que actualmente lo habita. Contrastan esas posibilidades con el atraso de la economía, el lento desarrollo social y cultural y los sufrimientos de los trabajadores y el pueblo.

Este estado de cosas tiene por causa la apropiación de los medios principales de producción por los monopolios extranjeros y una minoría privilegiada de grandes explotadores: latifundistas y grandes capitalistas; ello le permite apoderarse de los frutos del trabajo nacional, trabar el progreso, condenar a los obreros a una dura explotación y hacer vegetar a las masas populares en una vida sin horizontes.

Esta situación se ha mantenido, en lo esencial, bajo los distintos gobiernos que ha tenido el país en lo que va del siglo, y sólo se modificará radicalmente si se cambia el actual régimen económico-social del Uruguay.

1.- Carácter de clase y rasgos principales del régimen económico-social del Uruguay

Este régimen se caracteriza por la dominación de clase de los grandes terratenientes y grandes capitalistas y por la dependencia del imperialismo, particularmente norteamericano.

Es el fruto de la evolución histórica peculiar de nuestro país. En la segunda mitad del siglo pasado comienzan las inversiones de capitales ingleses, principalmente en los ferrocarriles y en varias empresas de servicios públicos. Al mismo tiempo, se realiza el alambrado de los campos, que consolida la gran propiedad del terrateniente y lanza a los caminos a grandes masas de trabajadores. Se echan así las bases del carácter dependiente y atrasado de la economía uruguaya, asentada sobre el latifundio ganadero, productor de materias primas y artículos alimenticios, transportados entonces en los ferrocarriles ingleses hasta el Puerto de Montevideo y embarcados allí, en buques pertenecientes a compañías inglesas, para ser vendidos en los mercados de Gran Bretaña. El imperialismo com-

prime así la economía nacional en un molde monocultural y sella su alianza con los grandes latifundistas.

La instalación, a principios de este siglo, de los grandes frigoríficos, en su mayoría norteamericanos, introduce un nuevo eslabón en esta cadena que oprime nuestra economía. A partir de entonces Estados Unidos comienza a realizar inversiones de cierta importancia se convierte en el principal prestamista y aumenta considerablemente su influencia política en el país. El pasaje de las compañías de ferrocarriles, tranvías y aguas corrientes a manos del Estado uruguayo, luego de la segunda guerra mundial, debilitó el peso de los capitales británicos. El imperialismo norteamericano llega así a ocupar el puesto de primer inversor y principal expoliador de nuestro pueblo.

La burguesía nacional, que pasó a gravitar en el gobierno desde comienzos de siglo, con los primeros gobiernos batllistas, adoptó algunas medidas para favorecer el desarrollo de la economía, particularmente de la industria productora de artículos de consumo; pero no afrontó ni realizó una transformación radical de la propiedad rural, ni llevó a cabo una política antimperialista consecuente. Concluyó con el latifundio y el imperialismo inglés y facilitó la penetración del imperialismo norteamericano. El incipiente desarrollo capitalista no alteró así de modo sustantivo la estructura dependiente y monocultural de la economía.

El desarrollo capitalista hace que, al mismo tiempo que la burguesía, irrumpa en la escena nacional el proletariado industrial que, desde el comienzo, busca los caminos de la lucha de clases, de una acción independiente, para la defensa de sus intereses inmediatos e históricos. Las luchas de la clase obrera y otros sectores populares han sido un factor esencial para la conquista y salvaguarda de las libertades democráticas y para lograr mejoras en las condiciones materiales y sociales de existencia de los trabajadores.

En las últimas décadas, el desarrollo capitalista en el Uruguay ha tenido un avance relativamente importante, pero siempre deformado y obstruido por la dependencia del país del imperialismo y por el alto grado de monopolio de la propiedad privada de la tierra, que facilita el mantenimiento de diversas supervivencias feudales, limita el mercado interno y frena el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Las relaciones capitalistas de producción —extendidas a toda la República— se entrelazan con los resabios feudales. El desarrollo capitalista en el campo se procesa así sin modificar los fundamentos de la gran propiedad rural, por el camino más doloroso para los trabajadores, sobre los cuales recaen la brutalidad y el atraso de los resabios feudales, sumados a las peores formas de la explotación capitalista.

La industria ha tenido bastante incremento, si bien se limita principalmente a la producción de diversos tipos de artículos de consumo. El número de fábricas ha crecido y su producción representa una porción sustancial de la renta nacional. Un hecho positivo a destacar es que una parte importante del desarrollo capitalista corresponde al sector estatal, que monopoliza la producción y distribución de energía eléctrica, el transporte ferroviario y los puertos, la producción de alcohol y la refinación de petróleo, los principales medios de comunicación y otros servicios públicos, e interviene en Bancos, en las industrias frigoríficas, navales, del cemento y pesquera, en plantaciones, etc. Sin embargo, la dependencia del imperialismo, la estrechez del mercado interior y la falta casi total de industria pesada, determinan la debilidad e inestabilidad del conjunto de la industria nacional.

La deformación del desarrollo capitalista se refleja en la distribución social de la población siendo el latifundio ganadero la fuente casi única de la exportación, más de dos tercios de la población es urbana y casi un 10o/o es proletariado, concentrado particularmente en la ciudad de Montevideo.

2.- La opresión expoliadora de los monopolios imperialistas, particularmente norteamericanos

La dependencia de Uruguay del imperialismo se expresa hoy principalmente en la penetración de los capitales monopolistas extranjeros, particularmente norteamericanos, en algunas grandes empresas industriales y comerciales, filiales de monopolios o empresas mixtas: grandes frigoríficos, algunos grandes bancos, varias fábricas textiles, metalúrgicas, de cemento, etc., plantas de armado y terminación de artículos importados, empresas que comercializan o industrializan productos agrícolas, barracas de exportación de productos del país y otras empresas; en sus manos está la casi totalidad de los transportes de ultramar, tanto marítimos como aéreos. El imperialismo norteamericano se vale de los empréstitos como medio de dominación, imponiendo, en particular, condiciones leoninas a algunos de los Entes industriales del Estado; ejerce presión sobre nuestro comercio exterior y traba el intercambio con los Estados socialistas y con los países de América Latina; influencia en grado considerable la mayoría de los grandes diarios y algunas estaciones de radio.

Los diversos pactos militares y tratados que los gobiernos uruguayos han suscrito con los Estados Unidos lesionan la soberanía nacional y comprometen al país en planes bélicos. La política exterior del Uruguay y su voto en la ONU no están determinados, en general, por los intereses y la voluntad del pueblo uruguayo sino por las directivas trazadas por el Departamento de Estado.

Los monopolios extranjeros sustraen anualmente al país millones de dólares a título de beneficios de empresas, de intereses y amortizaciones de empréstitos, de fletes marítimos, etc., e imponen la rebaja sistemática de los precios de las materias primas agropecuarias que exportamos y el alza, también sistemática, de los combustibles, máquinas y artículos manufacturados que importamos. Todas estas formas de saqueo económico provienen, en definitiva, de la explotación de los trabajadores uruguayos y restan al país sumas ingentes, impidiendo que sean utilizadas para la ampliación de la capacidad productiva nacional. Los imperialistas utilizan el "dumping" —rebaja artificial y momentánea de los precios— para arruinar determinadas ramas de la industria nacional o para desplazarlos del mercado de países que compran nuestros productos. A la vez, se niegan a vendernos los equipos que la industria nacional necesita, o lo hacen en términos usurarios.

Los imperialistas saquean y supeditan al país apoyándose en las capas de grandes terratenientes y grandes capitalistas, que son sus agentes y cómplices en la explotación del pueblo uruguayo.

3.- El papel regresivo del latifundio

La otra causa fundamental del atraso y la miseria del pueblo es el monopolio de la tierra por los grandes latifundistas. 600 familias de grandes propietarios son dueñas de más de un tercio del territorio nacional y del 50o/o del ganado bovino y ovino, mientras que centenares de miles de trabajadores no poseen tierras.

El monopolio de la propiedad privada de la tierra crea las condiciones para el mantenimiento de ciertos resabios feudales en nuestro campo, tales como la medianería, la renta monetaria pre capitalista, el pago de salarios en especie o con bonos, las "cantinas" patronales, el desconocimiento de los derechos civiles y sindicales más elementales en las grandes estancias y en las zonas arroceras, azucareras, etc., y las diversas formas de la explotación usuraria de los campesinos en las que, junto a los latifundistas, actúan grandes monopolios comerciales uruguayos e imperialistas. El latifundio erige la dominación del caudillo en las zonas rurales y sofoca la vida moral, política y cultural de los pobladores del campo y el desarrollo de la democracia.

El puñado de grandes terratenientes sustrae parasitariamente de la economía agraria, a título de arrendamientos, medianerías, intereses de préstamos usurarios, etc., enormes rentas que podrían ser aplicadas al desarrollo de las técnicas productivas; las formas del arrendamiento y la medianería desalientan también, por otro lado, la inversión de capitales por parte de quienes explotan las tierras del latifundista. La mecanización de la agricultura ha crecido, pero en la mayoría de los grandes latifundios, predominan los métodos arcaicos de producción y son muy exiguas las inversiones de capital en instalaciones, maquinarias, abonos praderas, etc., lo que determina índices bajísimos de productividad de la tierra, tanto en la ganadería como en la agricultura, y el avance incontrolado de la erosión, que la está privando de su fertilidad natural.

El latifundio y los resabios feudales, que se basan en él, son la traba fundamental que se opone al desarrollo de nuestra producción ganadera y agrícola. Determinan la vida miserable de la población del campo y constituyen una de las causas del éxodo rural. Condicionan la estrechez del mercado interno, que repercute en la endeblez de toda la economía nacional y en su enfermiza sensibilidad a las oscilaciones del mercado exterior, punto hacia donde confluyen todas las contradicciones de nuestra estructura económica.

4.- Una capa de grandes capitalistas reaccionarios

Durante la primera guerra mundial y, particularmente, en el transcurso de la segunda y después de ella, se produce en el seno de la burguesía un proceso de diferenciación. Por una parte, se perfila una capa de grandes capitalistas vinculados a la banca, a algunas poderosas industrias, al gran comercio importador y a las barracas de exportación, y que han invertido parte de sus ganancias en la adquisición de tierras. A su vez, grandes terratenientes invierten capitales en la banca, el comercio y la industria. El resto de la burguesía lo constituye la burguesía media, cuyos capitales están colocados principalmente en la industria y que busca ampliar el mercado interno y defenderse de los monopolios extranjeros, a fin de obtener una porción mayor de la explotación de las riquezas naturales y de la mano de obra.

Aquel puñado de grandes capitalistas concentra en sus manos la mayor parte de los capitales comerciales, industriales y bancarios. Junto con los latifundistas, han sido los responsables y ejecutores de la política del encuadramiento de la República en el marco de la preparación de la guerra, del reforzamiento de los lazos de sujeción al imperialismo norteamericano y del marasmo de la economía nacional que procuraron adecuar a la perspectiva de una tercera conflagración mundial capitaneada por los Estados Unidos. Aplicando esta política, utilizando en provecho propio el poder del Estado y sus vínculos con el impe-

rialismo, realizando toda clase de negociados, los grandes capitalistas y latifundistas han amasado en los últimos años inmensas fortunas, en tanto descargaban el peso de la miseria y la desocupación sobre las espaldas del pueblo uruguayo y amplios sectores de los industriales pequeños y medios cerraban sus puertas o reducían sus fábricas.

La agudización de la crisis económica y la brutalidad de la política norteamericana provocan una diferenciación en la gran burguesía, que permite distinguir dos capas. Una, de grandes capitalistas vendidos en cuerpo y alma al imperialismo norteamericano, que actúan como sus agentes directos y descarados, que han perdido todo rasgo patriótico y constituyen una fuerza antinacional cerradamente opuesta al progreso económico y social. La otra, está formada por grandes burgueses, que tienen sus capitales invertidos principalmente en la industria nacional y que, si bien están dispuestos a hacer concesiones al imperialismo norteamericano, se ven golpeados cada vez más en sus intereses por su política explotadora; ellos constituyen la gran burguesía conciliadora.

5.- La lucha opone a todo el pueblo uruguayo al latifundio, al imperialismo y a los grandes capitalistas antinacionales

La contradicción principal de la estructura económico-social del Uruguay es la contradicción entre las fuerzas productivas que pugnan por desarrollarse y las relaciones de producción, basadas en la dependencia del imperialismo y el monopolio de la tierra, que frenan ese desarrollo. Ella se expresa también en la contradicción entre el imperialismo, los latifundistas y los grandes capitalistas antinacionales, y todo el pueblo uruguayo, los obreros, agricultores y ganaderos pequeños y medios, los intelectuales y estudiantes, los empleados del Estado y privados, los jubilados y pensionistas, los artesanos y pequeños comerciantes, y la burguesía nacional, constituida, en lo fundamental, por la burguesía media. Aquéllos son los beneficiarios del actual orden de cosas, mientras que el peso de las dificultades económicas y de la miseria recae, en mayor o menor grado, sobre las capas populares. Subleva a toda conciencia honrada el contraste entre el lujo insultante y la vida fastuosa de los poderosos y la miseria y el hambre de vastos sectores del pueblo. Las clases dominantes en el actual régimen son los enemigos de la felicidad y el bienestar de nuestra patria, son los enemigos de la nación.

6.- Lineamientos programáticos de un régimen y un gobierno democráticos de liberación nacional

La situación nacional reclama un cambio radical de la estructura económica y política de la República. Este cambio es la revolución agraria ant imperialista que madura en el seno de la sociedad uruguaya. Ella constituye el tramo inicial del camino que recorrerá el Uruguay hacia el establecimiento del régimen socialista, primera fase de la sociedad comunista, objetivo histórico de la emancipación del proletariado y meta final del Partido Comunista. La revolución agraria ant imperialista se inscribe en el movimiento de liberación nacional que crece en América Latina y forma parte integrante de la revolución socialista mundial.

Los distintos gobiernos que ha tenido el país en los que han predominado unas u otras capas de los latifundistas y de la gran burguesía entreguista o conciliadora, han mantenido intocados los rasgos negativos esenciales de aquella estructura. En lo fundamental, esos gobiernos no han actuado en beneficio de

la nación y del pueblo, sino que han servido a los estrechos intereses de las clases dominantes que representaban.

La realización consecuente de la obra de liberación nacional y de profundas transformaciones agrarias y democráticas que la República necesita sólo será posible con un gobierno y un régimen de tipo enteramente nuevo. Es preciso que pasen a ocupar las posiciones dirigentes nuevas fuerzas sociales, ante todo, la clase obrera, que deberá asumir las principales responsabilidades del poder. Junto a la clase obrera, deben actuar en el gobierno otras capas populares: campesinos, capas medias urbanas y aquellos sectores de la burguesía nacional que quieran luchar por la independencia y el progreso.

Sólo un gobierno del pueblo así constituido, un gobierno democrático de liberación nacional, será capaz de llevar a cabo un programa avanzado de transformaciones sociales. Destruirá los tratados y convenios económicos, políticos y militares de sujeción del Uruguay al imperialismo y nacionalizará las empresas, bancos, capitales, tierras, plantaciones, etc., pertenecientes a los monopolios extranjeros, particularmente norteamericanos. Realizará una reforma agraria radical, expropiando las tierras de los latifundistas y entregándolas en propiedad, gratuitamente o con un módico pago, a los trabajadores sin tierra o con poca tierra y a todos los que deseen trabajarlas; abolirá la medianería y otros resabios precapitalistas. Aquellas haciendas técnicamente desarrolladas, que son propiedad de latifundistas, no serán divididas sino que pasarán a poder del Estado; a los peones y campesinos que trabajan en ellas se les entregará, si así lo desean, una parcela de tierra en carácter de propiedad personal. La propiedad de los industriales y comerciantes nacionales y de los campesinos y arrendatarios no latifundistas que no conspiren contra el poder popular, será respetada y defendida por la ley.

Sobre las nuevas bases económicas así creadas, el gobierno democrático de liberación nacional podrá impulsar un gran desenvolvimiento de la industria —estatal y privada— y de la producción agropecuaria, y fomentará ampliamente el comercio interior y exterior. Reducirá gradualmente los impuestos al consumo, reemplazándolos por impuestos fuertemente progresivos a las grandes fortunas y y rentas. La política internacional del país tendrá como norte la defensa de la paz mundial y de la soberanía y los intereses nacionales, y el desarrollo de las relaciones amistosas y de los intercambios comerciales y culturales con todos los países del mundo, particularmente con la Unión Soviética y demás países socialistas y con los pueblos hermanos de América Latina, a cuya lucha por la liberación nacional prestará su más activa solidaridad. En la política interior el gobierno asegurará el respeto y ampliación de los derechos y libertades democráticas, el sufragio universal y secreto y la libre actuación de los diferentes partidos políticos populares, con vistas a una larga y fecunda colaboración de esos partidos en la realización de los objetivos democráticos y liberadores. Todos los cambios en la vida del país deberá conducir al mejoramiento de las condiciones de vida económicas, sociales y culturales de los trabajadores y al florecimiento de la ciencia, la literatura y el arte nacionales.

7. La clase obrera, fuerza principal del movimiento y del gobierno democrático de liberación nacional

Tales transformaciones revolucionarias sólo podrán lograrse por el camino de una gran lucha popular. No pueden ser la obra de un caudillo ni de combinaciones políticas habilidosas, ni de golpes de audacia. Serán el fruto de la unidad y la lucha de la inmensa mayoría de nuestro pueblo, de todas aquellas clases y capas sociales que desean el progreso y la liberación nacional y cuyos intereses chocan con los del imperialismo y el latifundio. Esa vasta y poderosa coalición de fuerzas populares es el Frente Democrático de Liberación Nacional, instrumento que el pueblo deberá forjar para conquistar el poder.

La clase obrera está llamada a ser la fuerza principal y dirigente del Frente Democrático de Liberación Nacional y del nuevo poder estatal. La clase obrera es la más combativa, la única consecuentemente revolucionaria y ajena a toda tendencia al compromiso con los enemigos del pueblo, la más organizada y disciplinada la mejor pertrechada con la experiencia de todos los pueblos del mundo y con la teoría marxista-leninista que generaliza esa experiencia. Es la clase que sufre más duramente las consecuencias negativas del actual régimen económico-social. El proletariado aspira, por consiguiente, a la realización más radical y completa de la revolución agraria ant imperialista.

La dirección de la clase obrera en el Frente Democrático de Liberación Nacional, es la única garantía del triunfo pleno de los objetivos populares. Ella se expresa en el papel dirigente de su vanguardia organizada, el Partido Comunista, sobre el conjunto del movimiento. El desenvolvimiento ideológico y orgánico de un grande e influyente Partido Comunista es por ello la premisa insustituible para el triunfo cierto del movimiento de liberación nacional. El papel dirigente de la clase obrera se verá grandemente facilitado por la unidad sindical de los trabajadores.

Al proletariado se une, como su aliado más consecuente y natural, el campesinado, que está vitalmente interesado en la destrucción del latifundio. La alianza obrero-campesina es el núcleo central del Frente, su fuerza de combate decisiva. El proletariado deberá dedicar grandes esfuerzos a forjar esa alianza apoyando la lucha de los trabajadores del campo, ayudándolos a organizarse y a desempeñar un papel cada vez más activo en la vida política nacional. En torno a la alianza obrero-campesina se aglutinarán las capas medias urbanas, intelectuales y estudiantes, empleados y funcionarios, jubilados y pensionistas, artesanos y pequeños comerciantes. La fuerza y amplitud de masas del movimiento y sus objetivos nacionales y democráticos determinarán que en él participe incluso la burguesía nacional.

Las transformaciones económicas, sociales y políticas radicales que maduran en nuestro país y han de sobrevenir como una necesidad histórica, constituyen una revolución social. Ellas implican arrancar el poder a las actuales clases dominantes y colocarlo en manos de las nuevas clases y capas sociales encabezadas por la clase obrera. Tal cosa no puede hacerse de manera gradual, evolucionista, reformista.

Ello no significa, sin embargo, que sea obligatoria la vía de la guerra civil. En las actuales circunstancias internacionales favorables, y si el proletariado forja sólidamente su unidad, si agrupa en torno suyo y bajo su dirección a las grandes masas de los campesinos, a las capas medias y a todos los sectores patrióticos, si arranca a las masas populares de la influencia de las fuerzas más reaccionarias y

las libera de las concepciones reformistas y conciliadoras, si impulsa un amplio desarrollo de las luchas de clases de las masas, bajo estas condiciones, es posible conquistar el poder político por vías pacíficas y convertir al parlamento en un auténtico órgano ejecutor de la voluntad del pueblo.

El proletariado y el Partido Comunista están a favor de tales vías pacíficas de la revolución y desean que el camino que recorra el Uruguay en sus transformaciones sociales sea el menos doloroso. Si el imperialismo y las clases dominantes intentan recurrir a la violencia para oponerse a la voluntad de la nación y defender sus injustos privilegios, sobre ellos recaerá íntegramente la responsabilidad por los sufrimientos del pueblo. El proletariado y las demás clases populares deben prepararse siempre para enfrentar y derrotar tales intentos reaccionarios. Sean cuales fueren los caminos concretos del desarrollo de los acontecimientos históricos en nuestro país, la victoria estará de parte de las fuerzas populares, que son mucho más poderosas que los enemigos del pueblo, a condición de que fortalezcan su unidad, organización y movilización, bajo la dirección de la clase obrera.

* * * * *

La construcción del Frente Democrático de Liberación Nacional y el proceso que culmina con la ascensión al poder del movimiento liberador, abarca toda una etapa histórica. Esta etapa será cubierta por la profundización de las luchas de las masas por sus reivindicaciones, libertades y derechos, en el curso de las cuales el pueblo adquirirá experiencia política y desarrollará su conciencia social. La maduración ideológica de la mayoría de la clase obrera, el desarrollo de la lucha de clases en el campo y la formación de la alianza obrero-campesina, resultarán de esta experiencia. En este proceso, se producirá el deslinde obligatorio de posiciones políticas, en función de los objetivos del movimiento democrático de liberación nacional, de las distintas clases y capas sociales hoy confundidas artificialmente en el marco de los partidos tradicionales y se reforzará el papel del Partido Comunista.

Como parte de esta experiencia colectiva, y en marcha hacia los objetivos de fondo establecidos en su Declaración programática, el Partido Comunista lucha por un avance político inmediato que modifique la correlación de las fuerzas en el país en favor de los intereses de la paz, la soberanía nacional, la democracia y las reivindicaciones populares. La Plataforma política inmediata que se inserta a continuación define que pueden lograrse en el marco de la actual estructura económico-social, siempre que ellos se conviertan en la bandera de unidad y lucha de las más vastas fuerzas patrióticas, opuestas al imperialismo norteamericano y sus agentes.

II. PLATAFORMA POLITICA INMEDIATA

1.- La actual situación internacional favorece la lucha democrática de la liberación nacional

La pugna por la liberación nacional y por la transformación democrática de las relaciones de producción y de las condiciones sociales en nuestro país, se ve facilitada por los cambios sobrevenidos en el mundo.

La victoria y consolidación del sistema socialista mundial, encabezado por la Unión Soviética, que abarca ya más de una tercera parte de la población de la Tierra, ha demostrado la superioridad del socialismo sobre el capitalismo, y define el contenido fundamental de nuestra época, iniciada por la Gran Revolución de Octubre en Rusia. La caracterización de nuestro tiempo como la época del hundimiento del capitalismo y de la victoria del socialismo se expresa en los cambios que experimenta la correlación de fuerzas internacionales.

La formación del sistema socialista mundial ha estimulado el movimiento ant imperialista. La disgregación del sistema colonial del imperialismo se procesa velozmente y entra en su faz culminante. Además de las Repúblicas Populares de China, Viet Nam y Corea, otros 700 millones de personas, ayer pueblos sometidos, han constituido Estados soberanos. La lucha de liberación nacional se intensifica en Asia, Africa y América Latina.

La presencia de los Estados socialista y la ayuda que prestan en pie de igualdad, a los países que se han desprendido de la dominación extranjera, facilita la salvaguarda de su independencia política y el esfuerzo por lograr su emancipación económica.

En los hechos se ha creado un gran frente común internacional de defensa de la paz, la independencia y el progreso, que integran los Estados socialistas, los países liberados del colonialismo, el movimiento de liberación nacional de las colonias y países dependientes y la clase obrera y los pueblos del resto del mundo.

Estas fuerzas de la paz se enfrentan a la acción agresiva de los monopolios imperialistas, particularmente de los Estados Unidos, que procuran desarrollar sus planes de dominación mundial y colonización y desencadenar la guerra. Mientras subsista el imperialismo habrá terreno para las guerras de agresión. Pero hoy aquellas fuerzas interesadas en la paz son tan poderosas que, si se unen, podrán impedir el estallido de la guerra y asegurar la coexistencia pacífica de los dos sistemas, socialista y capitalista. Y si los imperialistas se atreven pese a todo, a desencadenar la guerra, les aparejará su propia muerte, pues los pueblos no tolerarán un régimen que les acarrea tales calamidades y horrores.

2.- Nuestra lucha se integra en la acción general de los pueblos de América Latina

La lucha por la paz mundial se entronca con la brega de los pueblos de América Latina por la emancipación económica y política y el progreso social.

La significación internacional de América Latina se ha acrecentado. Las modificaciones experimentadas en la situación mundial por un lado, aumentan la importancia que el imperialismo norteamericano asigna a nuestro continente en su estrategia bélica y en sus planes de absorción monopolista de nuestras riquezas y de expropiación de nuestros pueblos; pero, por otro lado, ensanchan las perspectivas de la lucha por una política exterior independiente, soberana, favorable a la paz y propicia a nuestro desarrollo económico.

Por lo mismo, dos derroteros se ofrecen en lo inmediato ante nuestros países. Uno, supone el enredo de América Latina en los planes bélicos norteamericanos, con sus distintos pactos de militarización continental, con sus bases estratégicas y el saqueo, al amparo de pretextos político-militares, de nuestras materias primas y recursos naturales. El otro camino, conjuga la defensa de la paz, con los intereses políticos y económicos de nuestros pueblos. Hacia él abren paso la acción

de la clase obrera y de las masas, el crecimiento de las luchas democráticas y de la conciencia patriótica. América Latina ve madurar en su seno las fuerzas de la liberación nacional.

La existencia del campo socialista facilita este camino. La experiencia de los países de Asia y Africa liberados del yugo colonial así lo demuestra. Es posible escapar a los dictados imperialistas y obtener maquinarias, instalaciones y ayuda técnica a cambio de la producción común de estos países, sin que ello signifique imposiciones de carácter político o militar.

La lucha por una política exterior independiente es un gran objetivo presente de nuestros pueblos. Este objetivo involucra, en las condiciones de la pugna histórica contra los monopolios imperialistas, las aspiraciones a un curso político democrático, al desarrollo industrial y agrícola y al progreso.

Los problemas de América Latina son comunes, pese a la multiplicidad de las situaciones nacionales. El enemigo fundamental, el imperialismo norteamericano, es también común. Es preciso que entre nuestros países se multipliquen los vínculos económicos, culturales y políticos para oponerse a la opresión imperialista. La unidad de la clase obrera de América Latina, de los campesinos, de su intelectualidad, de sus sectores patrióticos, de sus pueblos, está puesta en el orden del día por la historia.

3.- Por un cambio en la correlación de las fuerzas políticas, favorable a la paz, a la independencia nacional, la democracia y el bienestar del pueblo

Uruguay, como otros países del continente, afronta una difícil situación. A los males derivados de su estructura económica, se suman las consecuencias de la política de sometimiento del país a los planes norteamericanos seguida por los distintos gobiernos desde la última guerra, y que hoy está haciendo crisis ante los ojos de la mayoría del país. En esta política ha persistido, en lo esencial, el gobierno surgido de las elecciones de 1954, representante de la gran burguesía conciliadora.

Numerosas ramas de la industria se estancan o retroceden, la ganadería y la agricultura no progresan, la carestía y la desocupación azotan a los trabajadores. La inflación, el alza vertical de la deuda pública, la desvalorización de la moneda, el desquicio de las finanzas, se acentúan. Todas las contradicciones de la economía nacional se manifiestan vivamente. El punto de confluencia de éstas, por ser un país económicamente dependiente del imperialismo, es el comercio exterior: los déficits de la balanza comercial cubren la mayoría de los años de post-guerra, el descenso de las exportaciones agrava la situación y compromete el abastecimiento del país en combustibles, máquinas y materias primas.

Esta situación provoca un gran descontento, que se expresa en la combatividad de la clase obrera, en el despertar del campo, en las protestas y demostraciones de las capas medias y en la inquietud creciente de la burguesía nacional. La capacidad de la política que aplica el imperialismo norteamericano hace que las fuerzas patrióticas que se le enfrentan sean cada día más amplias, y que incluso algunos sectores de la gran burguesía y los latifundistas manifiestan, aunque inconsecuentemente, su oposición a esa política.

La existencia de relaciones diplomáticas y de corrientes de intercambio comercial y cultural con la Unión Soviética y otros países socialistas, los reclamamos a favor de la ampliación de dichos vínculos y, en particular, del establecimiento

de relaciones comerciales con China Popular, expresan tendencias profundas de la realidad de la República. Entre esas tendencias, se destaca la batalla que los obreros y el país libran contra los frigoríficos, particularmente norteamericanos, principal inversión imperialista. Pese a la actitud entreguista o conciliadora de la gran burguesía y los terratenientes, nuestro pueblo lleva a cabo una importante acción ant imperialista. Maduran las condiciones para una rectificación progresiva y patriótica de la política nacional.

Ante el país se abren así dos caminos opuestos de desarrollo: o la política de claudicación frente a los Estados Unidos, o un cambio expresado por una política exterior independiente, por la defensa y ampliación de las libertades democráticas, la satisfacción de las reivindicaciones de las masas trabajadoras y la defensa de la economía nacional frente a los monopolios norteamericanos. El primer camino significa no sólo continuar sino agravar en un sentido regresivo, antipopular y antinacional, la política aplicada por las clases dominantes y los distintos gobiernos de la República en la última década. Es lo que preconizan los representantes del gobierno de los Estados Unidos, los órganos de la gran prensa entregada al imperialismo y los grupos más reaccionarios de latifundistas y grandes capitalistas que ocupan posiciones destacadas en el seno de los partidos tradicionales.

Pero, cada vez más, avanza en nuestro pueblo, a través del creciente frente único de la clase obrera y de las masas, la exigencia de un nuevo rumbo en la vida del país. La movilización obrera y popular ha logrado victorias importantes, ha preservado libertades democráticas y derechos populares, ha obligado a los latifundistas y grandes capitalistas y al gobierno a ceder reivindicaciones, ha impulsado actos de una política exterior más independiente, ha infligido derrotas al imperialismo y a sus agentes.

Estas victorias pueden hoy ser más amplias. Es preciso imponer un cambio en la correlación de las fuerzas políticas, es decir, no sólo arrancar algunas conquistas a los actuales gobernantes, sino lograr el predominio de los sectores patrióticos en la vida nacional, en torno a postulados que modifiquen sustancialmente el actual estado de cosas en favor de la paz, la democracia, el progreso social y la soberanía nacional.

El logro de esta nueva correlación de las fuerzas políticas reclama el desplazamiento de las posiciones de gobierno de los agentes más descarados del imperialismo norteamericano, que deben ser combatidos y aislados en los partidos y en toda la vida pública; exige que se estimulen las tendencias patrióticas y democráticas que existen en los diversos partidos y en la actividad política y social; supone un amplio intercambio de opiniones entre todos los sectores patrióticos y, en particular, un fecundo diálogo entre comunistas y socialistas; implica acrecentar la gravitación de los movimientos democráticos, populares y obreros, en las decisiones políticas; significa ir conquistando, para la clase obrera y su Partido, un papel más destacado en la vida nacional; exige barrer por la vía de una reforma constitucional y de leyes apropiadas, los obstáculos legales al desarrollo y unidad de las fuerzas obreras y democráticas.

Tales cambios no se producirán sin lucha. Habrá que vencer la resistencia enconada del imperialismo norteamericano y sus agentes, así como las vacilaciones y las tendencias conciliadoras de la burguesía. A esos resultados sólo puede llegarse por la vía del desarrollo y ampliación de las luchas de frente único de las masas populares: obreros, campesinos, jubilados, empleados, estudiantes, intelectuales, jóvenes, mujeres y burguesía pequeña y media. Lucha que, partiendo de

la exigencia de la satisfacción de las reivindicaciones económicas y políticas inmediatas, vaya entrelazando los elementos de una plataforma de soluciones nacionales.

En el cuadro de esos avances democráticos, desempeñará un papel decisivo la conquista de la unidad sindical del proletariado en una Central Unica, que multiplicará la gravitación de la clase obrera en la vida nacional, así como el desarrollo de la lucha de clases en el campo, de la unidad obrero-campesina y de la radicalización de las capas medias urbanas. La unidad de acción de los partidos Comunista y Socialista reviste una gran significación para propiciar esos procesos y constituir un gran polo de atracción para las masas populares.

Por todo ello, el Partido Comunista somete a la consideración de la nación la siguiente Plataforma Política que, a su juicio, es capaz de concitar el acuerdo de los sectores patrióticos y democráticos.

4.- PLATAFORMA

A) Por la defensa de la soberanía y la economía nacionales

1) Política exterior independiente, favorable a la paz, a la distensión internacional y a la defensa de la soberanía e intereses nacionales, basada en los 5 Principios de la Coexistencia Pacífica: respeto de la integridad territorial y de la soberanía; no agresión; no ingerencia en los asuntos internos de los países por ningún motivo de carácter económico, político o ideológico; igualdad y conveniencia mutua; coexistencia pacífica. Apoyo en la ONU a una garantía eficaz de la seguridad colectiva, así como al desarme general controlado, comenzando por la suspensión de los ensayos de armas nucleares y la prohibición de su utilización y fabricación. Denuncia del Tratado Militar con los Estados Unidos y de todos los pactos que unan al Uruguay a bloques militares agresivos o que signifiquen menoscabo de la soberanía nacional. Apoyo solidario a todas las naciones que luchan contra el imperialismo y en particular, a los pueblos de América Latina en sus esfuerzos por liberarse de la opresión de los Estados Unidos.

2) Desarrollo de relaciones amistosas, comerciales y culturales, con todos los países del mundo. Ampliación del intercambio comercial con la Unión Soviética, China y los demás países socialistas, aprobando los convenios en gestión, cumpliendo los existentes y concertando otros nuevos y más amplios; colocación en esos mercados de nuestras lanas, carnes, cueros y productos industriales y adquisición en ellos de las materias primas, combustibles y maquinarias necesarios para el desarrollo de la producción industrial y agropecuaria, obtención de ayuda técnica en los países de América Latina. Control del comercio exterior que estimule el abastecimiento de las mercancías esenciales para la economía nacional y el consumo popular y defienda la industria nacional, la agricultura y la ganadería frente a las maniobras de los monopolios extranjeros. Estímulos a la exportación de productos elaborados y semi elaborados en el país.

3) Nacionalización de los frigoríficos extranjeros, particularmente norteamericanos; medidas que garanticen la materia prima para la industria frigorífica y el abastecimiento de carne a la población. Prohibición temporaria, mientras dure la crisis económica, de la exportación de los beneficios de las empresas imperialistas y del pago de los servicios de deuda exterior. Rechazo de todo nuevo empréstito extranjero que implique condiciones lesivas para la soberanía nacional o que condicione el desarrollo económico. Fomento a la industria nacional y a su

diversificación; hidroelectrificación de la República; desarrollo de la marina mercante; coordinación del transporte nacional.

4) Medidas de reforma agraria; expropiación de las tierras de los latifundistas, que son aptas para la agricultura o la ganadería y que los terratenientes mantienen improductivas, y entrega de las mismas, en calidad de propiedad privada, a los peones agrícolas, habitantes de los rancharíos, etc., a los pequeños y medios agricultores y ganaderos y a las cooperativas agrarias. Auténtica política de colonización agraria, que defienda los intereses de los modestos trabajadores del campo; participación de éstos en el directorio del Instituto de Colonización. Revisión de los contratos de arrendamiento y medianería; contra los desalojos; medidas que aseguren la estabilidad del campesino en la tierra, la congelación y rebaja de los arrendamientos y el aumento de los plazos de los mismos, para los agricultores, granjeros, tamberos y ganaderos pequeños y medios. Rebaja de los fletes, de los precios de los implementos agrícolas, combustibles y lubricantes, semillas y reproductores de raza, forrajes y concentrados para la industria lechera, abonos y otros productos químicos. Garantías de precios remuneradores para los productores pequeños y medios y medidas contra los monopolios, los acopiadores y acaparadores. Construcción por el Estado de cámaras frigoríficas, silos, etc. próximos a los centros agrícolas. Amplios créditos y rebaja de los intereses; anulación de los préstamos de carácter usuario. Apoyo a las cooperativas agrarias, especialmente en su lucha contra los terratenientes y los monopolios.

5) Política de precios de las subsistencias que detenga la elevación del costo de la vida; rebaja y estabilización de los precios de consumo de la leche, la carne, el pan y de los alquileres; creación de un fondo nacional de subsistencias y construcción de depósitos y otras instalaciones que capaciten al Estado para cumplir eficazmente esas funciones y combatir a los acaparadores y especuladores; representación de los trabajadores y consumidores en los organismos de subsistencias.

Suspensión de las compras de armamentos y reducción de los gastos de represión del Estado. Disminución de las cargas impositivas que pesan sobre la población trabajadora, los pequeños y medios productores agropecuarios, las pequeñas y medias empresas industriales y comerciales, los profesionales, etc. Establecimiento de impuestos fuertemente progresivos a las empresas imperialistas y mixtas, al latifundio y a las grandes fortunas, así como a las rentas elevadas. Defensa del poder adquisitivo de la moneda.

6) Gobierno representativo de las fuerzas democráticas y patrióticas; desplazamiento de toda posición de gobierno de los agentes del imperialismo norteamericano. Reforma constitucional que promueva un programa de realizaciones democráticas y progresistas, eleve el papel del parlamento, asegure la representación proporcional integral en todos los organismos, amplíe la participación popular en los organismos municipales y locales y su autonomía política y administrativa, incluya representantes obreros en los directorios de las empresas industriales del Estado, y derogue las disposiciones antidemocráticas vigentes: Ley de Lemas, Ley de Imprenta, Art. 165 del Código Penal, medidas antipopulares de pronta seguridad, etc. Disolución del Servicio de Inteligencia y Enlace, policía política antiobrera y antidemocrática; disolución y prohibición de toda clase de policías privadas y de bandas armadas al servicio de la reacción. Reconocimiento pleno del derecho de huelga para los funcionarios del Estado y los servicios públicos; ley de fueros sindicales que otorgue garantías contra despidos y otras

formas de represión patronal contra los trabajadores que ejercen los derechos de asociación y huelga y contra los dirigentes sindicales. Vigencia plena de los derechos civiles y sindicales en las estancias, en los poblados enclavados en las zonas arroceras, azucareras, etc. Prohibición por ley de toda discriminación política, económica o cultural y de todo menoscabo de los derechos democráticos, basados en motivos de raza o nacionalidad o de las opiniones políticas o filosóficas o de las creencias religiosas, en particular del antisemitismo, y castigo de los que cometieren tales discriminaciones. Prohibición de la propaganda de guerra.

B) Por la satisfacción de los reclamos populares

7) Aumentos de salarios y sueldos para los trabajadores de la industria y el comercio, los asalariados rurales, los funcionarios del Estado, los Municipios y los Entes Autónomos. A igual trabajo, igual salario sin distinción de sexo, edad, nacionalidad o raza. Defensa de la ley de Consejos de Salarios y extensión de sus laudos a los funcionarios del Estado, cuando sus sueldos sean inferiores a los de la actividad privada. Prohibición del pago de salarios con bonos y del sistema de cantinas patronales en las zonas arroceras, azucareras y otras. Presupuestos anuales en la Administración Pública; derogación de la disposición constitucional que prohíbe el aumento de sueldos en los años electorales.

8) Aumento de las jubilaciones y pensiones en relación a los salarios y sueldos de los trabajadores en actividad; establecimiento del carnet de trabajo y del carnet de previsión social y, mientras no entren en vigencia, reconocimiento de los servicios por el cómputo presuntivo; extensión de las causales jubilatorias de 50 años de edad y 30 de servicio para las Cajas Civil, Rural y del Servicio Doméstico, y de despido para estas dos últimas; régimen especial de jubilación para las actividades insalubres; cómputo de 3 años por cada dos de trabajo por la causal enfermedad, en todas las Cajas y reconocimiento del año calendario a los jornaleros del Estado o zafrales; prohibición del uso de los fondos de las Cajas para fines ajenos a la seguridad social; rescate progresivo de las sumas invertidas en títulos; representación de los trabajadores en actividad y de los jubilados en los directorios de las Cajas. Seguro de Paro general; aumento de las horas de compensaciones en las industrias de la carne y la lana. Bolsas de Trabajo en todos los gremios, controladas por los sindicatos. Presupuestación de los funcionarios eventuales del Estado que lo deseen; ingreso por sorteo para los puestos no calificados y por concurso para los que requieran calificación. Rebaja de la semana de trabajo a 40 horas como máximo, con pago de 48; jornada de 6 horas en las industrias insalubres y para los jóvenes aprendices con salarios de 8 horas; jornada de 8 horas y descanso semanal de 24 horas continuadas para los asalariados rurales; licencia anual paga para todos los trabajadores. Nueva ley de Indemnización por despidos que garantice a los trabajadores contra los despidos injustos. Seguro de enfermedad, accidentes e invalidez para los trabajadores, que comprenda asistencia médica, odontológica y farmacéutica gratuitas y cobro de los salarios perdidos por enfermedad profesional; representación sindical en los organismos dirigentes del seguro. Construcción de hospitales y policlínicas en los barrios obreros y poblaciones del interior. Extensión de la legislación social al campo, a los trabajadores a domicilio, al servicio doméstico, etc. Plan de edificación de viviendas baratas por el Estado y los Municipios y créditos liberales y a bajo interés a los trabajadores para la construcción de viviendas. Obligación de las estancias,

tambos, remolacheras y otros establecimientos de asegurar alojamiento higiénico a los asalariados y a sus familiares.

9) Igualdad plena de derechos de la mujer y el hombre y defensa de la efectividad de esos derechos. Protección del derecho al trabajo y contra los despidos de las mujeres, especialmente de las casadas y las madres. Licencia de maternidad, con un mínimo de 6 meses, distribuidos antes y después del parto según la necesidad de la mujer trabajadora, con mantenimiento del salario íntegro y del puesto de trabajo. Construcción de salas-cunas y jardines de infancia en los centros de trabajo que ocupan mujeres o cerca de ellos y en los barrios obreros. Escala móvil de las asignaciones familiares y elevación de los topes para la percepción de éstas, en relación a los laudos de los Consejos de Salarios; primas y préstamos especiales de casamiento y nacimiento a cargo de las Cajas de Asignaciones Familiares. Jubilación a los 25 años de trabajo, sin límite de edad, para las mujeres trabajadoras. Extensión de la causal maternidad a las Cajas Civil y Rural y del Servicio Doméstico.

10) Política educativa científica, de contenido humanista y base nacional y popular, adecuada a las necesidades del desarrollo económico y el progreso democrático del país. Extensión de la Instrucción Pública, defensa de su carácter laico y medidas que hagan efectivo el principio de su gratuidad (construcción y equipamiento de edificios apropiados y suficientes; becas para estudiantes de condición modesta; creación efectiva de hogares estudiantiles, etc.). Reforma general y coordinación de todas las ramas de la enseñanza con vistas a la unidad orgánica del proceso educativo. Representación estudiantil directa en los organismos dirigentes de la Universidad; representación directa de los docentes en la dirección de todos los Entes de la enseñanza. Elevación de los presupuestos de los Entes de la enseñanza que permita atender las necesidades crecientes de la enseñanza y, sobre esa base, defensa y fortalecimiento de la autonomía técnico-administrativa de los Entes de la enseñanza. Elevación de los sueldos de los educadores en todos los grados y estímulos efectivos a la dedicación exclusiva; estímulos al perfeccionamiento técnico y pedagógico; defensa de la libertad de cátedra. Reglamentación del aprendizaje; desarrollo de la enseñanza industrial y agraria; horarios reducidos de trabajo y becas para los estudiantes de las escuelas industriales. Fomento de la investigación científica, de la creación literaria y artística y su difusión popular; asignación de fondos para subvencionar las investigaciones, para la edición de libros, para aumentar el monto y número de los premios a la obra científica, literaria y artística y, en general, para facilitar y estimular la actividad de los trabajadores de la cultura. Estímulo de los intercambios culturales con otros países. Construcción de laboratorios, bibliotecas, museos, teatros, etc. Fomento de la educación física y el deporte popular; construcción de estadios, campos de deportes, etc.

5.- APOYAD AL PARTIDO COMUNISTA Y FORJAD LA UNIDAD COMBATIVA DE TODO EL PUEBLO URUGUAYO

Al promover públicamente esta Plataforma, el Partido Comunista espera que ella llegue a convertirse en la bandera de lucha de la clase obrera y del pueblo uruguayo. El Partido Comunista declara su disposición a luchar junto a todos los partidos y fuerzas políticas que se pronuncien en favor de la realización total de la plataforma o de partes sustanciales de la misma, así como a escuchar atentamente las opiniones programáticas de otros sectores políticos, que estén inspira-

das en los mismos ideales de liberación nacional, paz y democracia, con vistas a elaborar una plataforma para la acción común. El Partido Comunista declara también su disposición a apoyar a todo gobierno de carácter nacional, patriótico y progresivo que demuestre su decisión de aplicar estos principios y, en circunstancias apropiadas, podrá participar en un gobierno de esa clase.

Nos mueve únicamente el deseo de servir al proletariado y a todo el pueblo uruguayo. Somos el Partido de la clase obrera, de la cual formamos parte y de cuyo seno surgimos, la clase que conjuga el más auténtico patriotismo con la solidaridad más fraternal hacia los trabajadores de otras tierras, es decir, con el internacionalismo proletario. Recogemos las mejores tradiciones nacionales, que se integrarán en la vía que el Uruguay ha de recorrer hacia el establecimiento del régimen socialista: los principios republicano y de defensa de la soberanía nacional sustentados por Artigas y otros héroes de la Independencia, el sentido laico de la Reforma Vareliana, el amor a las libertades democráticas y el espíritu fraternal de nuestro pueblo. Somos el Partido más entrañablemente popular, unido por mil lazos a las multitudes del pueblo uruguayo, el Partido que consecuentemente lucha por la defensa y el perfeccionamiento de la democracia, que combate para que en nuestro país exista un auténtico gobierno del pueblo y para el pueblo. Somos el Partido de la Paz, que dedica sus mejores energías a luchar, junto a centenares de millones de hombres y mujeres de diversas tendencias de todo el mundo, para impedir el estallido de una nueva guerra. Somos el Partido del socialismo y el comunismo victoriosos, que se guía por la ideología científica del marxismo-leninismo.

El engrandecimiento de nuestro Partido, constituye la garantía fundamental del éxito de las luchas liberadoras del pueblo uruguayo. Por ello hacemos un llamado a los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, a todos aquellos que se inspiran en el bien de la patria, a apoyar al Partido Comunista en todas sus actividades y a ingresar en sus filas de combate.

El Partido Comunista llama fraternalmente a todos los hombres y mujeres de nuestro pueblo a hacer primar los intereses fundamentales comunes por sobre las discrepancias secundarias y a forjar una gran columna popular capaz de arrancar al imperialismo norteamericano y a las clases dominantes nuevas y decisivas conquistas en el combate por las diarias reivindicaciones inmediatas y por las soluciones fundamentales que asegurarán para la República la paz, la independencia, la democracia, el progreso y el bienestar.

XVIII CONGRESO DEL PCU JULIO de 1962

LA CRISIS ECONOMICA, POLITICA Y SOCIAL DEL PAIS

Fragmento del informe de balance del Cté. Central presentado por su Secretario General, Rodney Arismendi.

Si quisiéramos definir en pocos trazos cuál ha sido la característica político-social del Uruguay en los últimos diez años, tendríamos que describirla como una gran pugna, siempre más aguda, entre las clases dominantes —particularmente sus fuerzas más regresivas del latifundio y del gran capital al servicio del imperialismo yanqui— que han procurado imponer un rumbo cerradamente antide-

mocrático y antinacional a nuestro país, y la mayoría de la población —entre la que se destaca la clase obrera— que defiende su nivel de vida, el progreso social, la continuidad y ampliación de las libertades y derechos democráticos y busca abrir paso a un futuro mejor.

Esta lucha ha ido extendiéndose y abarcando, paulatinamente, todos los ordenes de la existencia material e ideológica de nuestro país. Ella proseguirá, en un grado superior, en la nueva etapa que recorrerá nuestra patria. Se marcará más la tendencia de los sectores sociales más regresivos —impulsados por el imperialismo yanqui—, hacia las medidas de fuerza contra el pueblo, pero se acumularán también en un plano mucho más alto la unidad, la combatividad y el poderío de la clase obrera y el pueblo en busca de una salida patriótica y democrática para el drama nacional. Esa salida será, en última instancia, un avance en la ruta de la revolución antimperialista y agraria, que es nuestro camino hacia el socialismo.

1.- La lucha de la clase obrera y el pueblo es un rasgo distintivo de la situación nacional

Nuestro XVII Congreso tuvo lugar en vísperas de las elecciones de 1958 en las que fue derrotado el gobierno de la "15", en el que predominaba la gran burguesía conciliadora. Asumió el poder el actual elenco gubernamental que representa primordialmente al latifundio, la gran burguesía intermediaria y sectores del capital financiero. Se acentuó así el contralor del imperialismo yanqui sobre la política exterior y se hicieron más descaradas su penetración en la economía y su ingerencia en la política interna.

Para el cronista desaprensivo, el episodio se reducía a un simple cambio de equipos dirigentes entre los partidos tradicionales, señalado esta vez, por un desplazamiento hacia la derecha en varios países sudamericanos.

Desde otro ángulo, incurrián en el mismo error de enfoque algunos intelectuales de la pequeña burguesía, que se desesperanzaban respecto al futuro del Uruguay y al desarrollo de la comprensión política de las masas, al advertir discordancia entre las huelgas de la clase obrera y las manifestaciones populares y un resultado electoral que permitía ascender al poder a un gobierno de carácter reaccionario.

Aún hoy, el Sr. Luis Batlle Berres explica su derrota con la frase: "el pueblo votó jugando". Pretende restarle trascendencia a los acontecimientos de noviembre de 1958; no estudiar sus causas, creer que la República pueda seguir manejándose con las mismas recetas que en el pasado. Así se procura olvidar que la acción del pueblo uruguayo no tiene por escenario sólo una elección cada cuatro años. Por el contrario, estamos ante una lucha múltiple —económica, social, ideológica y política— que va construyendo una fuerza social en la República. Esa fuerza se va agrandando y al hacerlo toma cada vez más conciencia de su poderío y de las posibilidades de su liberación. Este sigue siendo sin duda el carácter más significativo de nuestra realidad.

En los resultados electorales de 1958 se conjugaron dos tipos de fenómenos:

—por un lado, se reflejaron de un modo negativo tendencias profundas de la sociedad uruguaya en crisis, que pusieron en tela de juicio la política de los distintos gobiernos que tuvo la República desde el fin de la guerra;

—por el otro, el descontento popular, al no encontrar una nueva perspectiva política inmediata, pudo ser desviado en parte, a través de los canales fraudulentos de la Ley de Lemas, hacia una victoria de los grupos heterogéneos reunidos tras el rótulo de Partido Nacional.

Los hechos estaban promoviendo la cuestión política primordial de estos días: o la clase obrera y el pueblo se unen tanto en la lucha gremial como en la acción política, inclusive en el plano electoral, con vistas a abrir paso a una nueva correlación de las fuerzas, o la situación económica e institucional del Uruguay se irá deteriorando inflexiblemente.

Son los dos caminos que, según nuestra Declaración Programática, están abiertos como un dilema ante la República:

Uno, significa conquistar una política exterior independiente; llevar a cabo medidas de reforma agraria; preservar y ampliar las libertades democráticas; satisfacer las reivindicaciones materiales y culturales del pueblo y proteger la economía frente a los monopolios norteamericanos; el otro, significa hundir más el país en la dependencia de los EE.UU., en la crisis, el estancamiento y el retroceso económico-social y caer en el pisoteo creciente de las normas democráticas.

Los fenómenos que promovieron la derrota de los gobiernos del batllismo son los mismos que pusieron en jaque, aún más agudamente toda la política del actual gobierno al otro día mismo de la elección.

En la crisis de la estructura económico-social está su causa principal. Se basa en el dominio de latifundistas y grandes capitalistas y en la opresión nacional y la expropiación económica del imperialismo, particularmente norteamericano. Sin un cambio radical y revolucionario de esas relaciones sociales caducas, los males del Uruguay se irán agravando sin cesar.

Sobre esa crisis, que afecta las base materiales de la sociedad uruguaya, han incidido negativamente las consecuencias de las llamadas "recesiones" de los EE.UU. Estos las descargan particularmente sobre Iberoamérica y, al hacerlo, desorganizan nuestras economías, acentúan las fluctuaciones en baja de los precios de las materias primas y alimentos en el mercado mundial capitalista, hacen trepidar las estructuras económicas dependientes y aparejan las peores consecuencias de carácter financiero.

La política de supeditación a Washington —que practicaron desde un ángulo entreguista o conciliador los distintos gobiernos en toda la postguerra— fue sentada en el banquillo de los acusados por el proceso real, económico del país. Esa política que ató la orientación exterior a la estrategia bélica de los EE.UU., fue sometida a la presión de la crisis económica, al agotamiento de "divisas" por el saqueo norteamericano, a los desajustes de las balanzas comercial y de pagos, a la caída del signo monetario, a los déficits presupuestales, a la inflación y carestía desatadas. El descontento popular se extendió por todo el país, y en la víspera electoral estallaron todas las contradicciones que minan la sociedad uruguaya.

La hondura de las luchas de clases, el frente único de los obreros con los estudiantes, maestros, universitarios, jubilados, etc., que se precipitaron entonces, expresaban mucho más que un episodio circunstancial, la exigencia de algunas leyes o reivindicaciones, trasuntaban la presencia cada vez mayor de las grandes masas populares y, en primer término, del proletariado, en la escena uruguaya. Sin advertir este factor no es posible entender nada de lo que está pasando en nuestro país, y lo que ocurrirá sin falta en la etapa venidera.

Las modificaciones producidas en nuestra sociedad han elevado la importancia numérica de la clase obrera y su gravitación político-social. Con ello le han dado a la revolución uruguaya —que se abre paso como una gran corriente

que aún no alcanza suficiente estatura— su fuerza más combativa, y desde el punto de vista histórico, su dirigente potencial.

— Los procesos de desarrollo capitalista que se aceleraron en el período de la segunda guerra mundial, acrecentaron considerablemente el proletariado, industrial de la construcción y el transporte. Su cifra linda hoy en los 300 mil proletarios, de los cuales 200 mil viven y trabajan en Montevideo y constituyen el 20o/o de su población total. A ellos se suman más de 100 mil personas que viven de su sueldo o de sus salarios. Juntos integran casi el 70o/o de la llamada población "activa" de la capital. Sumados a la gama de las capas medias, a los estudiantes y a la intelectualidad constituyen una inmensa fuerza que se ha puesto en marcha socialmente y, en muchos aspectos, también lo ha hecho ideológicamente.

A la vez, el desarrollo capitalista en el campo, que se ha procesado dentro del marco de las relaciones sociales basadas en la propiedad latifundista, en una economía de exportación supeditada a los monopolios imperialistas y al mercado exterior, ha provocado grandes desplazamientos de carácter social. Tornó más profunda la crisis agraria, que es uno de los aspectos sustanciales de la crisis de estructura.

A los males de la opresión del latifundio se suman los peores aspectos de la explotación producto de un capitalismo deformado. En la explotación de las masas del campo, al terrateniente se agregaron el monopolio imperialista, el gran comerciante, el acopiador y el banquero, e inclusive, capas de grandes industriales.

El éxodo rural, las dificultades de cientos de pequeños y medianos ganaderos y agricultores, el empobrecimiento y la ruina de miles de pequeños campesinos, las contradicciones de las nuevas capas de capitalistas del campo que veían agravada su situación por el alza de la renta, del precio de la tierra, etc., crearon un clima de incertidumbre en la campaña. La misma composición del campo uruguayo otorga las bases para grandes desplazamientos sociales: sobre alrededor de 300 mil personas de población "activa", los guarismos hablan de más de 100 mil asalariados sometidos a las condiciones de la más negra y feroz explotación y de alrededor de otros 100 mil pequeños campesinos (minifundistas) que evolucionan masivamente hacia la condición de un semiproletariado rural. Y si por un lado, los cambios sociales en Montevideo desarrollaron la organización sindical de la clase obrera, su unidad y el frente único de ésta con las grandes masas trabajadoras urbanas, por el otro, en el campo, esta situación fue aprovechada demagógicamente por el chicotacismo.

La irrupción del movimiento ruralista comprendía un doble y contradictorio fenómeno: por un lado, el desplazamiento social de las masas del campo, la aguda lucha de clases, producto del desarrollo deforme del capitalismo, de la agudización de los antagonismos estructurales; por otro, el carácter antidemocrático y entreguista de su dirección, vinculada al imperialismo yanqui, a los latifundistas, a los grandes comerciantes, a los acopiadores y a los financistas, que ex-

plotaron políticamente el descontento contra los gobiernos de la gran burguesía conciliadora. Se puso de manifiesto la revuelta y confusa lucha de clases que estremecía el campo; pero también el mayor retraso en el proceso liberador uruguayo, la debilidad del trabajo entre las masas rurales, que es el punto más endeble del curso revolucionario uruguayo.

Estos son algunos de los factores sociales principales que se vienen marcando en toda la postguerra. Ellos condujeron a la derrota batllista de 1958, pero al otro día de la elección entraron en aguda colisión con este gobierno y han seguido amansando la historia uruguaya en los tres años transcurridos.

También en 1954 grandes masas buscaron tras las banderas de la gran burguesía conciliadora y el Sr. Luis Batlle Berres una solución inmediata, para ya en 1955 estar en la calle bregando por una plataforma de soluciones y un cambio progresivo para el país. El fraude de la Ley de Lemas desubicó electoralmente las salidas, pero en 1959, cuando este gobierno recién se instalaba, ya las grandes masas proseguían su acción combativa.

Al otro día de la elección, en diciembre de 1958, el Comité Central de nuestro Partido señaló los peligros provenientes de la posible política del nuevo gobierno, pero destacó en su análisis que lo más importante era advertir la continuidad del proceso social acumulativo de la experiencia y unidad de la clase obrera y el pueblo, en el marco de la crisis de estructura y de una situación económico-financiera que este gobierno sólo podría agravar. Si la lucha se planteaba sin tregua, y si no se promovían falsas expectativas, el pueblo podía enfrentar la orientación gubernamental, defender las libertades y los derechos sindicales, fortalecer su unidad y organización y crear así nuevas premisas de la lucha por una salida patriótica y democrática para nuestro país.

Todo el recorrido de estos tres años largos ha dado la razón a nuestro Partido, a su confianza en la clase obrera y el pueblo. Le hemos disputado palmo a palmo, día por día, a este gobierno cada conquista y cada libertad.

En esta gran lucha gravitó poderosamente la epopeya cubana con su ejemplo revolucionario. La Revolución Cubana que triunfa en el año 1959 —el primero del actual gobierno— se confundió con todas las vertientes de la acción popular, fue un estremecimiento vertebral de grandes masas que vivieron una efectiva experiencia antimperialista. Contribuyó así al proceso de la unidad de nuestro pueblo.

Los tres años transcurridos se han destacado por la combatividad obrera por la elevación de la conciencia antimperialista de nuestro pueblo, que han ido madurando las condiciones para la unidad política de las fuerzas de izquierda. La lucha huelguística y las acciones reivindicativas de los trabajadores han adquirido gran amplitud y profundidad. Huelgas y demostraciones, paros generales, de solidaridad o de apoyo a la Revolución Cubana, etc., hicieron del proletariado ostensiblemente, la fuerza más aguerrida contra la política llamada de "austeridad" y en defensa de las libertades y de la soberanía nacional. El resultado más importante ha sido la formación de la Central de Trabajadores y la unidad de acción de ésta con la Federación de la Carne y otros sindicatos clasistas.

En los últimos tiempos se destaca el ingreso a la acción de distintos sectores de la sociedad. Conjuntamente con la clase obrera lucharon los empleados públi-

cos y privados, los maestros y profesores, el estudiantado, y en particular, miles de jubilados y pensionistas. La Universidad de la República fue un punto de apoyo de la acción popular, una tribuna de la dignidad nacional, la cultura y la democracia. El frente único de la clase obrera, las capas medias urbanas, el estudiantado y la intelectualidad, ha sido el rasgo peculiar de la situación uruguaya. En esta lucha se distinguen ya los embriones de la alianza obrero-campesina.

"El balance de los últimos años conduce a afirmar —dice el Proyecto de Resolución— que estamos viviendo un período de acumulación de fuerzas, en que la clase obrera y el pueblo, en medio de las diarias batallas contra la reacción, cohesionan sus destacamentos fundamentales y avanzan hacia más elevados combates revolucionarios; es una etapa de ascenso del proceso democrático nacional. Esa valoración positiva no debe ocultar, sin embargo, las deficiencias, debilidades y desproporciones que todavía se arrastran. Entre ellas pueden señalarse como una de las más importantes: la desproporción entre el nivel de las luchas sociales en la ciudad y en el campo; entre el nivel de lucha y organización populares en la capital y en el interior; entre la altura alcanzada por el proceso social y el desarrollo del frente único de las masas, por una parte, y el proceso político, todavía atenazado por la Ley de Lemas y el predominio de los partidos tradicionales, que dificultan que aquéllos encuentren su expresión en el plano electoral, por otra; entre la gravedad alcanzada por la crisis de estructura y la conciencia política de las masas en cuanto a que sólo la salida revolucionaria permitirá resolverla; entre la capacidad del Partido Comunista para decidir grandes acciones de masas y su tamaño aún insuficiente. La superación de estas desproporciones es una tarea vital de las fuerzas avanzadas de la República en el próximo período".

2.- La quiebra de la política gubernamental.

Durante más de tres años el pueblo ha vivido, ha sufrido y ha enfrentado con vigor la política de este gobierno. Asistimos, en el momento actual, a la bancarrota de todas sus presuntas directrices económicas y financieras, y esa quiebra se produce al embate de los mismos factores que le permitieron cosechar un triunfo inesperado. Con el agravante de que la crisis estructural se hizo más profunda, las contradicciones de la economía industrial y agrícola más agudas, el desastre financiero más extremo y se han vuelto más crudas y esquiladoras sus consecuencias sociales descargadas sobre la gran mayoría de la población.

Ha sido lógico que así ocurriera. El actual gobierno, por su composición social, es decir, por las bases de clase que otorgan el contenido de su conducta política, expresa el predominio de los sectores de la sociedad uruguaya más estrechamente vinculados a las viejas relaciones de producción puestas en el banquillo por todo el desarrollo económico-social. Su asunción del poder sólo podía acarrear lo que ha sucedido: una agudización radical de todos los problemas, la acentuación de los más serios peligros de retrogradación social y la amenaza para la continuidad de las libertades democráticas y los derechos obreros y populares.

Pasaron con él a tener la mayoría del Poder Ejecutivo los políticos del latifundio, la gran burguesía intermediaria (importadores y exportadores) y de sectores del gran capital financiero. Los representantes quincistas —la gran burguesía conciliadora— integraron la minoría del Consejo de Gobierno con dos representantes. A la vez, la derrota del Partido Colorado facilitó la elección del Sr.

César Batlle —exhibiendo una vez más el contenido tramposo de la Ley de Le-mas. Con los Nardone, Harrison, Rodríguez Larreta y consortes, pasó al prosce-nio un típico mascarón de la línea más groseramente antinacional y antipopu-lar, cuya hazaña última es la defensa de Eichman.

El ala del Partido Nacional —llamada UBD— formada por la coalición de los apadrinados por “El País” y “El Plata” y los grupos reunidos en torno del Sr. Fernández Crespo, integran ministerios y han coparticipado desde el Poder Eje-cutivo, el Parlamento y sus poderosas empresas de prensa y radio, toda la res-ponsabilidad de este gobierno, desde las medidas económicas antidemocráticas hasta los negociados.

Parecería, camaradas, que la historia —con la astucia que Hegel le atribuye-ra— quiere desnudar el contenido del otro Partido tradicional, luego de haber verificado en toda la postguerra la impotencia de la gran burguesía conciliadora quincista, para enfocar de un modo nuevo (independiente en política exterior y transformador en lo social y económico) la gran crisis de la sociedad uruguaya.

Y lo ha mostrado en la sordidez de su contenido de clase, en su incapacidad para el progreso social, en la impudicia de un entreguismo que subleva, incluso en la ávida corrupción que impregna por todos los poros las viejas formaciones políticas en crisis.

Antes, los personajes de la actual situación podían desempeñar diferentes pa-peles: por un lado, desde “El País” y “El Plata”, postulaban la política yanqui de turno; por otro, desde el herrerismo vestían un “nacionalismo” de derecha, re-pudiaban la ignominia del panamericanismo y denunciaban muchos aspectos del saqueo del continente por los EE.UU.

Llegados al gobierno aplicaron, con la ayuda del Sr. Nardone, una política de abdicación nacional. En las relaciones exteriores transformaron aún más al Uru-guay en apéndice de la diplomacia norteamericana; en el comercio, nos encerra-ron en la órbita de intercambios de los monopolios de los EE.UU.; en política interior facilitaron la ingerencia de la Embajada yanqui en toda la vida institu-cional. Espionaje, bandas fascistas protegidas e impunes, pasaron a ser la otra ca-ra de la penetración del capital foráneo y de los negociados que han vuelto mi-llonario al Sr. Nardone y a sus amigos, avisados ordeñadores del anticomunismo, el anticubano y el antiartiguismo. Ya no denuncian —según frases de Herre-ra— a Rodríguez Larreta, como la “cotorra borracha de Washington” o a César Batlle como “traductor de inglés básico de las órdenes norteamericanas”; ahora se trata de emular con ellos; y de correr tras la zanahoria del empréstito, hollan-do con los cascos la soberanía, la independencia económica y las necesidades de nuestra patria.

Esta es también una dura lección política que el gobierno le da al país.

Algunos creen que la muerte de Herrera aparejó el tirar por la borda como un lastre inútil la literatura nacionalista y antiyanqui que éste profesara. La enseñanza es más profunda. Los dirigentes del herrerismo representaron siem-pre, primordialmente, la gran propiedad territorial y ciertas capas de la gran bur-guesía intermediaria, vinculadas en el pasado a Londres más que a Washington, en ciertos períodos a Berlín más que a Nueva York. Llegados al poder, se mani-festó lógicamente el contenido de clases, la expresión política de fuerzas sociales cerradamente adversas al interés popular y al desarrollo de las fuerzas producti-vas; es decir, su papel esencialmente negativo para el curso de la revolución uru-guaya. Más allá de ciertas actitudes personales, sostenedores inconsecuentes de

un nacionalismo de derecha, se abrió paso a la esencia social, arrojando a un costado el oropel de la literatura política. Se demostró una vez más que, en las actuales condiciones históricas, los personeros del latifundio y el gran capital serán, ineludiblemente, puntos de apoyo de la dominación norteamericana.!

Las contradicciones circunstanciales con el imperialismo yanqui deben ser tenidas en cuenta, pero el papel de cada clase social en la revolución condiciona, en última instancia, también su conducta respecto al imperialismo yanqui. La línea de los dirigentes herreristas en el gobierno —subrayada brutalmente por los Nardone y los Harrison— recuerda que, para no equivocarse en política, es preciso advertir siempre el interés histórico de cada clase social. Los que se negaron cuando eran oposición, a votar desde el pacto de Chapultepec hasta el Tratado Militar con EE.UU., los que repetían la frase de Herrera: "los coreanos del norte son los artiguistas de hoy", se alistaron para aprobar los convenios más vergonzosos. Pusieron aparatos del ejército y la policía bajo el contralor norteamericano cantaron con la misma voz de falsete y la misma unción que otros la "prosa crespá" del panamericanismo y el verbo de la entrega más descocada.

Sería muy largo enumerar todos los convenios antinacionales firmados: desde el decreto de abril del 59 hasta la Reforma Cambiaria y las Cartas de Intención; el uso de la ley de excedentes agrícolas; el pasaje —a través del empréstito— de los centros industriales o servicios del Estado como UTE, ANCAP, OSE, etc., al contralor del capital monopolista de estado yanqui; los negociados con las compañías petroleras, los frigoríficos imperialistas, los bancos y consorcios extranjeros.

La política exterior de la República se mediatizó aún más. En la ONU, en la OEA, en la Junta Interamericana o en las mascaradas de Punta del Este, los votos y discursos del gobierno se han vuelto un eco monótono de las indicaciones del Departamento de Estado. Y cuando no sucede así estrictamente, cuando algunos sectores pretenden hacer "su juego", aparecen entonces los entreguistas impúdicos como Nardone amenazando con el golpe de Estado, o ponen el grito en el cielo los Rodríguez Larreta y los César Batlle.

Puntos altos en esta conducta antiuruguaya han sido las provocaciones contra Cuba, la Unión Soviética y otros países socialistas, las amenazas a las relaciones diplomáticas y el entorpecimiento de aquellas de carácter comercial y cultural, o los atentados vandálicos que han merecido el enérgico repudio popular.

La entrega al imperialismo yanqui se acompaña de una orientación doméstica de la economía que acentúa la distribución de la renta nacional en beneficio del latifundio, de los sectores más regresivos de la gran burguesía y monopolios extranjeros. Esto no consiste sólo en el regalo de millones a las tres mil familias de la oligarquía dorada, sino principalmente en la expropiación sañuda en beneficio de estas capas y clases sociales parasitarias, de los salarios, sueldos, jubilaciones e ingresos de la mayoría de la población. La Reforma Monetaria y Cambiaria es su clara expresión.

En el plano político el entreguismo se traduce en la tendencia a reprimir el movimiento obrero y popular, a deteriorar los mejores aspectos del texto constitucional, a una permanente infralegalidad, a la agresión contra las libertades y derechos obreros y populares. La provocación, la burla al derecho laboral, el soborno y la corrupción (cuyos rostros más notorios son el Ministro Gianola y los empresarios que rodean al Sr. Nardone) dibujan una situación que es ya habitual en la denuncia popular, y parlamentaria. La agresión antidemocrática

financiada sin tapujos por la embajada de EE.UU., las bandas que asesinaron a Arbelio Ramírez, que hirieron a obreros y estudiantes, que quisieron asaltar la Universidad, la Casa del Partido Comunista y otros locales populares, las bombas que explotan sin que jamás sean hallados los terroristas, son nuevos ingredientes que han entrado en la vida de la República. Y ellos expresan la debilidad del entreguismo y de sus mandantes de los EE.UU., ante una América Latina que se rebela y un pueblo uruguayo que despierta. Muestran hasta que punto la lucha se ha ahondado y la gravedad actual de los peligros que acechan a la estabilidad democrática de nuestra patria.

En el plano cultural el signo distintivo ha sido la embestida contra la enseñanza pública laica y la cultura nacional y popular. La Universidad, la enseñanza media, la escuela pública, así como los profesores, maestros y estudiantes, han sido blanco de la negativa de recursos financieros, de la campaña calumniosa y del intento de revitalizar el cadáver corrupto del macarthismo.

De esta manera, han ido maculando ante los ojos del pueblo todas las grandes palabras con que revisten su sórdida política y sus intereses de clase: en nombre de la soberanía nacional y la hermandad americana se venden ministros como Clulow en las reuniones internacionales; en nombre de la democracia y de las instituciones atacan las libertades y pagan a los pandilleros fascistas; en nombre de la paz pública dejan un rastro de sangre y alquitrán desde el Cerro a la Universidad, desde Montevideo hasta Artigas o Minas de Corrales. Para completar el cuadro montan el tinglado de ciertos "padres demócratas" —ni demócratas ni padres, ha dicho alguien— contra los estudiantes y profesores, en verdad contra la democracia y la patria.

3.- La Reforma Cambiaria y la agravación de la crisis de la estructura económico-social

La Reforma Cambiaria y Monetaria se transformó en la piedra angular de la orientación económica de este gobierno.

La importancia histórica para el Uruguay, de esta experiencia gubernamental es muy grande. En verdad, los políticos y economistas del latifundio y el gran capital comercial y financiero —bajo las órdenes del FMI y de los EE.UU.— exhibieron ante el país, **su programa**, su receta para tratar las graves enfermedades de la economía uruguaya. La Reforma Cambiaria reproduce —como se sabe—, apenas si traducida del inglés, la fórmula aplicada por el FMI a otros países de América Latina. Esa orientación fue reiterada en la vergonzosa Segunda Carta de Intención firmada en estos días por el gobierno.

Proclamaron que estabilizarían las balanzas comercial y de pagos, que expandirían las exportaciones y la producción ganadera, que asegurarían el abastecimiento de la industria, y sanearían el difícil estado de las finanzas públicas.

Nuestro Partido calificó, con razón, todo este planteamiento como una utopía reaccionaria que acentuaría la crisis de estructura, la dependencia del imperialismo yanqui y la inestabilidad económica del país.

La crisis de estructura tiene por causa el desarrollo deforme del capitalismo.

Esta crisis traduce, en última instancia, la pugna entre el desenvolvimiento de las fuerzas productivas y las viejas relaciones de producción. El desarrollo de la industria, la formación de un importante sector estatal y la extensión de los procesos del capitalismo en el campo, se llevaron a cabo sin destruir la vieja estructura económica asentada en el latifundio explotador, en la sujeción al im-

perialismo, en la dependencia del mercado exterior. En el Uruguay no existe producción de máquinas, herramientas, industria pesada verdadera, yacimientos de minerales o combustibles en explotación. A la estrechez del mercado interno se sumó, pues, la dependencia de la industria de la importación de maquinarias, materias primas y combustibles producidos en el extranjero. El desarrollo de la agricultura y la utilización en ésta, de máquinas, herramientas y medios de transporte modernos, reproduce también, en cierto sentido, este fenómeno en el campo. En el comercio exterior se entrelazan todas estas contradicciones. Por un lado, el país depende de la exportación de productos primarios provenientes del campo, principalmente del latifundio; por otro, la industria y el sector estatal que abarca la producción de energía eléctrica, la refinación del petróleo, los medios de transporte y los principales servicios están subordinados al abastecimiento de maquinaria, materias primas y combustible del exterior, que constituye así parte sustancial de la importación uruguaya.

La dependencia del mercado exterior monopolizado por el imperialismo facilita el saqueo, a través del comercio desigual y de los precios monopolistas, de la economía de la República; la inestabilidad se acentúa con los fenómenos de crisis y la caída de los precios de la exportación.

Fueron agudizándose así todos los antagonismos.

La Reforma Monetaria y Cambiaria dio más pesos a cambio de sus productos a los latifundistas exportadores y a los grandes intermediarios y permitió a los imperialistas pagar menos dólares por la lana, la carne y los cueros uruguayos, pero ello a costa de encarecer la vida, de crear dificultades a la industria y precipitar todas las contradicciones de la economía nacional. Se encareció así la materia prima y la maquinaria importada y el abastecimiento del sector estatal de la economía. Este encarecimiento del consumo productivo de la industria, la suba del precio de los combustibles la maquinaria agrícola y los fertilizantes, etc., aparejó de rechazo, un nuevo impulso al encarecimiento del consumo popular, ya golpeado por la política gubernamental que regaló millones a latifundistas y especuladores a través de las subas de precios de los alimentos de origen agrario.

El dictado del FMI de liquidar el comercio con los países socialistas y los convenios bilaterales agravó la dependencia de los monopolios imperialistas, facilitando el abatimiento de los precios de exportación uruguayos y el estrechamiento de las posibilidades del mercado exterior.

La desvalorización monetaria aceleró el proceso de la carestía.

Ha quedado a la vista la receta del latifundio, la gran burguesía intermediaria y el imperialismo yanqui para tratar los males económicos del país. Los déficits del comercio exterior que han predominado en casi toda la postguerra, se repiten año tras año. Los stocks de divisas y el respaldo de oro de la moneda, se han encogido drásticamente. La situación del Banco República es difícil. La balanza de pagos refleja la grave situación. Los millones dados al latifundio no han significado ningún avance a la producción agraria y a la exportación; por el contrario, la crisis agraria se ha profundizado. Las cifras absolutas de la ganadería siguen girando en torno a los guarismos de 1908; con un agravante como índice económico: desde entonces el país pasó de un millón a tres millones de habitantes. El área sembrada que oscilaba hace años sobre un índice fluctuante, estancado, de 1 400 000 Hás. a 1.700.000 Hás., cayó al millón de Hás. Frigoríficos, barracas de lana, industrias textiles y del cuero semiparalizados, son la otra cara de este índice crítico de la producción.

Este gobierno —que pretendió hablar en nombre de las masas rurales— agravó toda esa situación. Acentuó la concentración de la tierra en beneficio de latifundistas y grandes capitalistas, elevó el papel del acopiador, el usurero, el gran comerciante y el monopolista extranjero, en la economía agraria; acentuó la miseria del peón, el éxodo de las familias campesinas, la pauperización del agricultor y ganadero pequeño y mediano, la diferenciación entre el gran capitalista del campo y el pequeño agricultor y ganadero. Con la carestía, la ausencia de precios estables para la agricultura y el abandono de la protección estatal encadenó más al pequeño y mediano agricultor y ganadero al capital usurario y a los monopolios. Subió el precio de la tierra y los arriendos, provocó la degradación de la agricultura pequeña y media por el encarecimiento de la maquinaria; arrojó una lluvia millonaria de impuestos sobre las masas trabajadoras rurales. Consolidó la política burocrática y anticampesina del Instituto de Colonización.

Maduró así las condiciones para una nueva diferenciación social en el campo y para una más aguda lucha de clases.

La estrechez del mercado interno —que se acentúa por la miseria de las masas y el encarecimiento del consumo productivo de la industria— coloca al país ante agudos fenómenos críticos. La desocupación, total o parcial, alcanza a decenas de miles de obreros, a los que se suman las masas sin trabajo o desalojadas del campo. Las penurias de la industria nacional acrecientan el papel del capital extranjero que penetra en sus ramas más rentables, acelera el proceso de concentración en favor de la minoría regresiva de grandes capitalistas y abulta la acción del capital bancario y usurario, de una burguesía financiera que acumula millones.

El altísimo presupuesto de la Administración Central y la multiplicación de los impuestos se acompaña con la irresolución de los problemas que la carestía crea a los funcionarios del Estado y el deterioro de los fondos asignados a la Enseñanza y a la Salud. El alza astronómica de la Deuda Pública es un instrumento de saqueo de las Cajas de Jubilaciones y otros institutos de previsión social hoy amenazados en su existencia.

La situación golpea duramente no sólo a la clase obrera, a los asalariados, a los jubilados y pensionistas, a las masas de empleos públicos y privados, sino que empobrece a grandes sectores de la pequeña burguesía urbana y hace crítica la situación de la burguesía nacional.

El descontento y la protesta se extienden por todo el país.

Este descontento traduce los años de dura lucha de la clase obrera y el pueblo que han enfrentado cada paso de este gobierno.

Si la vida de nuestro pueblo no es peor, si la República no se ha precipitado en una situación de fuerza, si se han arrancado conquistas en materia económico-social y se han impedido los peores aspectos de una política exterior de sumisión al imperialismo como la ruptura con Cuba, la Unión Soviética y otros países socialistas, si el gobierno no se atrevió a intervenir la Universidad, cercenar la laicidad de la Escuela, reglamentar los sindicatos y proseguir con las medidas prontas de seguridad, ello se debe a la firmeza y profundidad de la acción obrera y popular.

“La quiebra de la política de las clases dominantes —dice bien el Proyecto de Resolución— puesto de manifiesto en el fragor de estas luchas, está alumbrando en la conciencia de vastos sectores la idea de un viraje radical que inaugure un nuevo camino para la República. . .”

“ . . . La formación de una fuerza política unitaria, con una clara definición

antimperialista y democrática, se convierte, de tal modo, en condición imperativa para que el proceso democrático y revolucionario uruguayo pueda avanzar en el plano político inmediato. Las premisas para dar ese paso ya han sido creadas con la unidad de la clase obrera, el desarrollo del frente único de obreros y estudiantes y otros sectores de las capas medias, la influencia de ese catalizador político que es la solidaridad con Cuba. Pero el proceso únicamente podrá culminar si se logra la unidad de las fuerzas de izquierda también en el plano de la acción política propiamente dicha, incluso en la disputa electoral de posiciones parlamentarias y de gobierno al margen de la alternativa tradicional".

En lo más inmediato, la clase obrera y el pueblo se preparan a derrotar en noviembre electoralmente a este gobierno, a aislar a los agentes más descarados del imperialismo yanqui, a repudiar la política de la entrega, la antidemocracia y el hambre.

Pero no podemos aceptar que los problemas nacionales puedan quedar otra vez en manos de la gran burguesía conciliadora, o que el pueblo pueda ser encerrado sin obstáculos por la ley de lemas, en las falsas alternativas de los acuerdos colorados. Es necesaria una gran victoria de las fuerzas antimperialistas y avanzadas y una importante victoria de nuestro Partido en esta elección. Esta es la tarea más destacada hasta noviembre. Y esa victoria es también un avance en la senda de la revolución uruguaya.

4.- Problemas y caminos de la revolución uruguaya

Este gobierno se ha encargado, justamente, de exhibir en profundidad la crisis estructural de la sociedad uruguaya, pero también la incapacidad —de naturaleza histórico-social— de los partidos tradicionales para encarar los problemas cardinales del país. Es evidente que sólo una transformación que concluya con el dominio de las viejas clases sociales y lleve al pueblo al poder permitirá destruir las caducas relaciones de producción y desenvolver ampliamente las fuerzas productivas. Sólo un gobierno democrático-nacional será capaz de llevar a cabo las transformaciones radicales que se necesitan. Sus objetivos consistirán en la liberación económica y política de nuestra patria del yugo imperialista norteamericano, asegurando de este modo firme la base a una política exterior favorable a la paz, a la independencia de los pueblos y a relaciones soberanas con todos los países. Se liquidarán así los pactos militares y de otra índole que EE.UU. ha impuesto al país. Estos objetivos antimperialistas de la revolución se entrelazan con los objetivos agrarios. Postulamos una reforma agraria radical que liquide al latifundio y los resabios precapitalistas, dé tierras a quienes deseen trabajarlas y asegure una efectiva propiedad individual del trabajador del campo, junto a la existencia de un importante sector agrario nacionalizado y el estímulo efectivo y responsable a las cooperativas agrarias. Se dará un poderoso impulso a las fuerzas productivas; se incrementarán la industria, la agricultura y la ganadería y se modificarán las condiciones de miseria y atraso social en que vive nuestro pueblo. El gobierno revolucionario llevará a cabo una amplia política de bienestar, de ascenso del nivel material y cultural de las grandes masas.

Para conquistar este gobierno es necesario un gran frente que agrupe a la mayoría de la población: la clase obrera, los campesinos, las grandes masas trabajadoras, la pequeña burguesía urbana, la intelectualidad, la burguesía nacional. La unidad de estas clases y capas sociales en un gran bloque dirigido por la clase obrera en alianza con los campesinos es el Frente de Liberación Nacional.

En torno de esta tesis referente a las fuerzas sociales en estado potencial de participar en la revolución agraria y antimperialista, se han producido diálogos entre nuestro Partido y otros sectores. Unos conciben el proceso revolucionario desde un ángulo nacionalista que rebaja la función histórica de la clase obrera en América Latina; otros contraponen falsamente el papel de las masas del campo o de la pequeña burguesía intelectual al del proletariado. También otros, a la vez de sostener la adopción de una ideología nacionalista burguesa por el movimiento revolucionario, niegan toda posibilidad de ganar a los sectores avanzados de la burguesía nacional para la revolución o de neutralizarla en su conjunto.

Sobre este tema los revolucionarios cubanos, protagonistas de una revolución señalada, precisamente, por una dura lucha de clases han confirmado en su mensaje programático a América Latina, nuestro punto de vista.

"En la lucha antimperialista y antifeudal —dice la Segunda Declaración de La Habana— es posible vertebrar la inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan los esfuerzos de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la pequeña burguesía y las capas más progresistas de la burguesía nacional".

Si afirmamos que la revolución madura objetivamente en las entrañas de la sociedad uruguaya y en toda América Latina, el más importante problema consiste en construir la fuerza social capaz de llevarla a cabo; es decir, forjar el movimiento de todas las clases y capas sociales nacionales y populares, que, en última instancia, será capaz de conducir a las grandes masas a la lucha por el poder. Ello nos reclama no sólo una estrategia acertada, sino también una táctica justa, más amplia y flexible que esa estrategia; pero, en última instancia, subordinada a ella. Es necesario saber unir una clara perspectiva revolucionaria con la conciencia de la etapa político-social que se está viviendo. Dicho de otro modo, se trata de advertir por qué caminos avanzará desde hoy nuestro pueblo si quiere acercarse a la hora revolucionaria. Y estos temas, camaradas, no son ahora, en nuestra América Latina, meros problemas teóricos. La revolución latinoamericana ha entrado en un estadio superior con la hazaña cubana; este hecho tiene que ver con todos los pueblos del continente. Reafirmamos hoy un concepto que debe comprenderse con toda responsabilidad. En los últimos tres años, a medida que ascendía la combatividad antimperialista, hemos venido recordando el célebre planteamiento de Lenin cuando sostenía que para que una revolución se produzca se necesitan por lo menos determinadas condiciones:

"1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis de las "alturas", una crisis en la política de la clase dominante que origina una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no suele bastar con que "los de abajo no quieran", sino que hace falta además que "los de arriba no puedan" seguir viviendo como hasta entonces. 2) Una agravación, superior a la habitual, de la miseria y los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de "paz" se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de crisis como por los mismos "de arriba", a una acción histórica independiente.

Sin estos cambios objetivos, no sólo independientes de la voluntad de los distintos grupos y partidos, sino también de la voluntad de las diferentes

clases, la revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se denomina situación revolucionaria"

La revolución no puede ser nunca el producto —como se piensa en algunos sectores de las capas medias— de un impacto genial que despierte súbitamente la emoción del pueblo o de ciertas acciones individuales o de grupos aislados de las masas. Comprenderá siempre y antes que nada, además de los procesos objetivos, la capacidad de movilizar, organizar y conducir a la lucha a las multitudes populares. Entre otras cosas, el marxismo se diferencia del "blanquismo" y del anarquismo, por la valoración del papel de las masas en todos los aspectos de la acción revolucionaria, inclusive en los planteamientos tácticos inmediatos. El revolucionario que prescinde de las masas, de su movilización y educación, le facilita a la contrarrevolución —más allá de intenciones— la tarea de aislar a los combatientes de la clase obrera, a sus partidos o grupos.

No queremos decir con ello que exista una pared demarcatoria entre las distintas formas de la lucha revolucionaria; proclamamos solamente que la edificación de la fuerza social de la revolución es siempre la tarea fundamental y decisiva. Cuando la revolución madura objetivamente, dos peligros acechan al luchador de la clase obrera y el pueblo: uno, puede ser el del aventurerismo pequeño-burgués, la creencia de que tal o cual receta, tal o cual acto aislado y estridente, siempre y en cualquier circunstancia hará avanzar el curso de la revolución; y otro (que es para el revolucionario una vergonzosa enfermedad), el perder de vista las perspectivas de la revolución, el no percibir el trueno subterráneo que viene anunciando la hora del destino para la clase obrera y las masas populares. Para uno u otro mal (que en jerga de tesis podríamos definir, en un caso, como extremismo pequeño-burgués o infantilismo revolucionario y, en otro, como oportunismo y amoldamiento a tal o cual forma de lucha apropiada a los períodos de lento desarrollo social), no puede haber otro remedio que la construcción sistemática, en el marco de la lucha de masas y teniendo en cuenta todas las formas posibles del movimiento, de la gran fuerza social de la revolución. Quiere decir que la edificación del frente de liberación nacional, la estimación de la etapa en que se plantea la lucha revolucionaria y la elección de los métodos a emplear poseen una gran importancia para el movimiento obrero y liberador de nuestro país.

Dentro de esta perspectiva ha trabajado incansablemente nuestro Partido desde su XVI Congreso. Lo hemos hecho dándole a la clase obrera y el pueblo uruguayos un programa certero basado en el análisis científico de la sociedad uruguaya. Lo hacemos bregando por unir y educar a la clase obrera, por forjar la alianza obrero-campesina, por incorporar a la acción a las capas medias, a la intelectualidad y a todas las fuerzas patrióticas. Lo hacemos cuando hemos contribuido a que nuestro pueblo transformara la solidaridad con Cuba no sólo en un deber internacionalista sino en una tarea patriótica uruguaya, entrelazada a los mejores anhelos de nuestro pueblo. Lo hacemos cuando procuramos fomentar el diálogo y la unidad de acción de las fuerzas antimperialistas, la unión con el Partido Socialista para marcar un nuevo rumbo al Uruguay. Lo hacemos cuando forjamos ideológica y orgánicamente un gran partido de la clase obrera uruguaya, el Partido Comunista.

Recientemente el diario entreguista "El País" —entre editoriales redactados en la Embajada de EE.UU. y esparcimientos de la "dolce vita"— decidió filoso-

far acerca de la revolución y los revolucionarios, con motivo del interesante diálogo que "El Popular" mantiene con Vivián Trías, secretario del Partido Socialista. Para ese papel dolarizado, discutir sobre la revolución es incurrir en una polémica casi teológica sobre el mundo de la utopía. Todas las clases condenadas siempre han sido miopes frente al paso inflexible de la historia. La revolución uruguaya está en marcha porque así lo exigen los problemas de la sociedad uruguaya. Se equivocan los oligarcas de "El País" cuando espantan su miedo al pueblo, excluyendo para el Uruguay la perspectiva de una revolución patriótica, democrática y popular que abra el camino hacia el socialismo.

También se equivocan o mienten cuando ellos, empresarios de todas las violencias contra el pueblo, nos describen como complotistas o conspiradores sin pueblo.

Acierta el Proyecto de Resolución cuando afirma:

"Nuestro país se encamina, en el marco de una América Latina convulsionada, hacia la definición revolucionaria, en un futuro que puede ser cercano, de su luminoso destino histórico. Ello sólo podrá realizarse por la vía de una vasta y dura lucha popular. Si bien ella puede, en condiciones favorables, desarrollarse por cauces pacíficos, sin guerra civil; si bien el proletariado prefiera utilizar, si ellas se presentan, estos cauces y aprovechar estas circunstancias favorables, no es posible olvidar que el endurecimiento de las luchas en América Latina, provocado por el imperialismo yanqui, el latifundio y la gran burguesía antinacional, que se aferran a la defensa feroz de sus privilegios y recurren a los medios represivos más crueles, exigen que la clase obrera y las demás capas populares se preparen para hacerles frente y derrotarlos en todos los terrenos. La previsible dureza de las luchas no disminuye sino que, al contrario, realza la importancia que adquiere la defensa de las libertades democráticas y de las conquistas y aspiraciones económicas, sociales y políticas de las masas en las etapas inmediatas de la vida nacional; y reclama forjar, cuanto antes mejor, la más amplia unidad de las fuerzas populares para enfrentar a la reacción en las mejores condiciones y en todos los planos de la lucha".

5.- Maduran las condiciones para la unidad de nuestro pueblo también en el plano político

Es natural, pues, que en el documento preparatorio hayamos asignado tanta atención a definir el alcance y la nueva etapa que este Congreso debe inaugurar. Para su correcta estimación los comunistas poseemos una guía certera, el marxismo-leninismo, y una organización combativa que lo encarna, nuestro Partido, pero, no poseemos fórmulas mágicas, ni recetas prefabricadas; es la práctica social y política de nuestro país en relación con el proceso de Latinoamérica y el mundo, la que debe darnos la respuesta. De ello dependen las tareas fundamentales que el Partido se fijará al salir del Congreso.

¿Qué momentos vivimos en Uruguay? ¿Es una hora de acumulación de fuerzas o estamos en las vísperas inmediatas de la toma del poder por el pueblo uruguayo?

¿Cómo encontrar en el presente del que somos actores, la semilla del futuro de la independencia económica y política de nuestra patria y de la felicidad de nuestro pueblo?

El Proyecto de Resolución propuesto al Congreso califica como de **acumula-**

ción de fuerzas el período que vivimos, es decir, de desarrollo, profundización y maduración ideológica de las luchas de la clase obrera y el pueblo; de asimilación de experiencias y de transformación de éstas en conciencia militante de miles y cientos de miles de hombres del pueblo; de edificación —por todas las vías— del frente único de las masas; de elevación del papel de la clase obrera y de la forja de la alianza obrera— campesina; de concreción en el plano político (partidista) de una nueva fuerza antimperialista, democrática, avanzada, capaz de agrupar también aquí a las clases y capas sociales llamadas a intervenir en el frente o movimiento democrático nacional; y la formación de un gran Partido de la clase obrera. Es una etapa de construcción de la fuerza social de la revolución uruguaya, tanto por la movilización de las grandes masas populares como por la elevación del grado de su conciencia, ideológica y política.

Claro está, camaradas, que la acumulación de fuerzas, el trabajo sistemático y múltiple de todos los días tienen límites y su ritmo puede medirse partiendo obligatoriamente de grandes plazos. Este puede precipitarse en el cuadro de agudización de las luchas de un modo increíble en épocas normales, o retrasarse por los errores sectarios y oportunistas o por la falta de decisión y perspectivas de las fuerzas revolucionarias. Lenin decía —recordando a Marx— que el movimiento obrero acumulaba las fuerzas durante veinte años que luego desembocaban en un año de avance revolucionario efectivo. Hoy vivimos un proceso de **acumulación de fuerzas**, pero “nuestro año” puede estar en el período histórico próximo, si sabemos resolver las grandes tareas que la vida ha puesto ante nosotros.

Ellas surgen directamente de todo el desarrollo de la situación económico-social y política del Uruguay que hemos venido examinando. La etapa que iniciamos reclama elevar a un plano superior todo el proceso de unidad de la clase obrera y el pueblo, que se lleva a cabo tanto en el plano de los movimientos gremiales y de masas como en las organizaciones y grupos de carácter político. Desde el punto de vista de sus objetivos estos distintos destacamentos del pueblo uruguayo tienen finalidades específicas y bien diferenciadas, pero todos ellos confluyen en la batalla común por alumbrar una situación en toda la República, una nueva correlación de las fuerzas políticas más favorable a la paz, a la independencia nacional, a la democracia y el progreso social, en la marcha hacia la revolución agraria y antimperialista. Desde este punto de vista integran todos ellos los caminos de la formación del movimiento de liberación nacional.

Surgen así nítidamente las tareas principales de la nueva etapa que inicia este Congreso. Ellas pueden resumirse del siguiente modo:

a) consolidar y ampliar la unidad sindical de la clase obrera, facilitando la elevación del papel del proletariado en toda la vida nacional; llevando a un grado más alto la maduración de su conciencia de clase, y paralelamente, desde el punto de vista de nuestro Partido, fijarse por objetivo conquistar ideológicamente a la mayoría del proletariado para las ideas del marxismo-leninismo;

b) desarrollar el frente único de la clase obrera, de los empleados y otros asalariados con las capas medias urbanas, en particular con el estudiantado y la intelectualidad;

c) formar y desarrollar los movimientos específicos de nuestro pueblo por la paz, en solidaridad con la Revolución Cubana y con la lucha de todos los pueblos que, como el paraguayo y el español, luchan duramente por su libertad;

d) dar un vuelco radical en el conjunto de la labor de todas las fuerzas patrióticas y democráticas con vista a encarar frontalmente el problema de la incorporación de las grandes masas rurales a la lucha general de nuestro pueblo.

Los problemas relacionados con la formación de la alianza obrero campesina están exigiendo un viraje radical en todo nuestro trabajo;

e) eleva el trabajo entre las mujeres, los jóvenes y los intelectuales, como lo detalla el proyecto de resolución general de este Congreso.

* * * * *

Pero, camaradas, del conjunto de las tareas, se destaca especialmente la imperiosa necesidad de la unidad en el plano político de los sectores patrióticos y democráticos.

Nuestro Partido ha venido planteándose especialmente este tema desde su XVI Congreso. Pero este planteamiento cobra hoy una importancia primordial. En primer término, porque han ido madurando en nuestro país las condiciones para forjar la unidad de las fuerzas avanzadas del antimperialismo, en particular la unidad de los comunistas con los socialistas y otros grupos políticos que se van desprendiendo de los partidos tradicionales.

Esta es hoy una tarea inmediata.

Los factores principales que han ido madurando las condiciones para esa unidad son fáciles de advertir: en primer término, el proceso acumulativo de unidad y lucha de la clase obrera y las grandes masas; en segundo, la repercusión de los acontecimientos internacionales, en particular, la influencia de la Revolución Cubana; en tercero, los procesos objetivos críticos de la sociedad uruguaya que corren la estructura de los partidos tradicionales, acentuando las tendencias al desprendimiento de éstos de los grupos avanzados; en cuarto, la evolución del Partido Socialista, desde las posiciones de clásico reformismo socialdemocrático y anticomunismo a ultranza, hacia la coincidencia con nuestro Partido en varios campos de lucha; este fenómeno se subraya por la existencia en diversos países de América Latina de la alianza de los socialistas con los comunistas, cuyo ejemplo más notorio es Chile; y, quinto, por nuestra consecuente línea política que ha buscado sistemáticamente la unidad con el Partido Socialista y otras fuerzas de izquierda, asignándole a esa unidad un gran significado como núcleo aglutinador del movimiento popular.

Todo ello colocó imperiosamente en el orden del día el dar un importante paso hacia la formación del frente antimperialista y democrático. Se crearon condiciones concretas para unir a los partidos Comunista y Socialista, a los militantes del movimiento obrero y popular, a los universitarios y ciudadanos que, al conjuro de Cuba, levantaban en el país nuevas esperanzas, a los hombres o grupos que se desprendían o podían desprenderse de los partidos Nacional o Colorado, entre ellos el MRO, los grupos reunidos en torno al semanario "Marcha", los batllistas de Avanzar, 26 de Octubre y otros. Esa unidad de los grupos avanzados no se contrapone a nuestra concepción más amplia de un movimiento democrático y antimperialista, cuyas fuerzas integrantes ya analizamos.

La importancia de la unidad se mide desde el punto de vista inmediato, para las elecciones próximas, y se proyecta como un gran paso para hacer avanzar el proceso revolucionario en nuestro país, es decir, para impulsar en el futuro inmediato, las condiciones de una nueva correlación de las fuerzas políticas nacionales.

Desde el punto de vista electoral es evidente que la división de la izquierda facilita la polarización tramposa de los grandes partidos tradicionales, y la irresolución, cada vez más dolorosa y más cargada de peligros, de los problemas críticos

de la sociedad uruguaya.

Al otro día de las elecciones, como en 1954 y en 1958, la lucha proseguirá, pero aún mucho más duramente.

La conquista de firmes posiciones antimperialistas en el Parlamento y en los municipios, y un gran avance electoral de nuestro Partido y las fuerzas unitarias del antimperialismo, es una contribución importantísima a la acción que, en el plano sindical, gremial y político, deberá librar nuestro pueblo.

Desgraciadamente, la resolución del Partido Socialista, negándose a un frente sin exclusiones, obliga a nuestro pueblo a dar la batalla electoral en otras condiciones. El Partido Socialista tomó sobre sí la pesada responsabilidad de dividir la izquierda, ya unida prácticamente en la actividad gremial, en la solidaridad con Cuba y en el corazón de los grandes sectores populares.

Invocando la necesidad "táctica" de excluir a los comunistas para facilitar la captación de otras fuerzas, redujo su concepción de la unidad al acuerdo con el diputado Erro y algunos otros pequeños grupos. Excluyó así no sólo a los comunistas, sino al MRO, a los sectores batllistas Avanzar y 26 de Octubre, a los movimientos Izquierda, de Maldonado, Paysandú y otros Departamentos, a los diversos agrupamientos de universitarios, estudiantes, artistas y militantes sindicales y a millares de personas desprendidas de los partidos tradicionales que buscan su camino.

Esta decisión no modificó la posición de nuestro Partido de luchar por la unidad en todos los terrenos. En primer término, procurando no comprometer —pe-se a la errónea posición del PS— todo lo que nuestro pueblo avanzó en el terreno de la unidad: tratamos de mantener la unidad de acción con los militantes socialistas en el movimiento sindical y de masas, y si bien criticamos su decisión errónea en el plano electoral, seguiremos predicando la unidad y manteniendo el diálogo polémico en términos constructivos, sin facilitar el juego de aquéllos que desean agriar nuestras relaciones; en segundo término, hemos establecido contacto con todos los sectores partidarios de la unidad sin exclusiones, dejados al margen por la decisión del Partido Socialista y el diputado Erro, proponiéndoles participar en la elección próxima bajo un lema accidental, con un programa que contenga los postulados por los que han combatido la clase obrera y el pueblo en todo este período.

Esta decisión —que cuenta con grandes posibilidades de éxito— deberá ser refrendada por este Congreso.

Un gran avance electoral del frente de los partidarios de la izquierda sin exclusiones, contribuirá a esa unidad más amplia que la vida está reclamando.

Este XVIII Congreso pasará a la historia por haber considerado el primer paso concreto de unidad político-electoral de las fuerzas de izquierda, con vistas al amplio frente futuro de todo el movimiento antimperialista y democrático.

¡Viva la unidad de las fuerzas antimperialistas y avanzadas!

¡Viva la unidad de la izquierda sin exclusiones!

• • • • •

LA SITUACION DEL PAIS Y LA LINEA POLITICA DEL PARTIDO

**Fragmento del Informe de Balance del Cté. Central del PCU
dado por su Secretario General Rodney Arismendi**

Camaradas:

Nuestro Congreso dedicará una atención preferente a la táctica del Partido, es decir, a su conducta política.

Esta no se rige por apreciaciones caprichosas; obedece al estudio científico de la correlación de las clases sociales y de los diversos factores políticos que se enfrentan en la sociedad uruguaya, desde el punto de vista de la clase obrera y de su objetivo supremo, la liberación nacional y social de nuestro pueblo.

El programa del Partido sintetiza este punto de vista concretado como consecuencia de la fusión de las tesis generales del marxismo-leninismo con tareas que emanan de nuestra peculiar evolución histórica.

Partimos obligatoriamente del plan estratégico que supone este programa pero buscamos situarlo en cada variación del curso político, adecuarlo a las batallas o escaramuzas que la lucha patriótica y de clases nos obliga a librar, en fin, al momento político concreto en sus relaciones con la circunstancia latinoamericana y mundial.

Podemos definir, pues, nuestra línea, como la iniciación de los caminos que conducen a la liberación nacional; un diario transitar por la ruta que nos acerca a ese porvenir.

Nuestra conducta política no debe pagar tributo al éxito inmediato si éste nos aleja de la perspectiva revolucionaria, ni someterse a las impaciencias de la imaginación, ni restringirse según una óptica doctrinaria; debe construir con realidades la unidad del pueblo para la revolución.

1. A la crisis estructural se suma la política nefasta de los últimos gobiernos

La situación uruguaya se caracteriza por la agudización de todas las contradicciones económicas, sociales y políticas.

La base objetiva de este estado de cosas reside en la crisis estructural de la sociedad uruguaya que se ahonda a impulsos de sus leyes internas e ineluctables de desarrollo; pero también como consecuencia de la política de los últimos gobiernos de entrega al imperialismo yanqui y de expropiación rapaz de la mayoría de la población por un puñado de latifundistas y grandes capitalistas.

Estos integran una pequeña pero ultrapoderosa capa social de las clases dominantes, enlazada en los directorios de los bancos, en los grupos que controlan el comercio exterior, en algunas fuertes industrias, y en la gran propiedad territorial.

La evolución política y social ha comprobado la previsión de los últimos Congresos del Partido. Estos advirtieron que Uruguay penetraba en un período de polarización de las luchas nacionales y de clases, sobre el fondo de la crisis de la estructura económico-social. Por un lado, se acentuaría la tendencia de las clases dominantes a andar por los derroteros de la reacción represiva, en forma

simultánea y a veces alternada, con la demagogia y el engaño a fin de desviar o poner a su servicio a grandes masas que entraban torrencialmente a la arena política. Por otro lado, se aceleraría la acumulación de las fuerzas del movimiento obrero y popular.

Si nuestro país no se ha despenado a más bajos niveles de regresión, si las clases dominantes no han abatido aún más las condiciones de vida de los trabajadores, ello se debe a la energía con que supieron enfrentarlas el proletariado y amplios sectores del pueblo, agrupados en un poderoso movimiento sindical y por el destacado papel desempeñado por nuestro Partido, por el F.I. de L. y otras fuerzas democráticas avanzadas.

2. Signos premonitorios de una nueva realidad

Los méritos de una línea táctica no se deben valorar a la luz de un combate parcial (1). Debemos aquilatarlos durante un lapso más prolongado, en el que predomine una determinada correlación de fuerzas que deseamos modificar.

Los fundamentos de la táctica de Partido fueron echados teniendo en cuenta cuidadosamente la realidad objetiva.

Lenin escribió que las "discusiones sobre táctica son vanas, si no se apoyan en un claro análisis de las posibilidades económicas" (2)

Justamente partimos de ese análisis. Vivimos todavía el período histórico que, para la sociedad uruguaya, arranca de mediados de la década del 50. Entonces, luego del fracaso de la agresión yanqui a Corea, se hace ostensible la crisis de la estructura económico-social, evidenciada a golpes por la depresión económica de los EE.UU. Los factores económicos pusieron también en tela de juicio la política de las clases dominantes de sumisión a Washington.

Las contradicciones de la economía nacional precipitadas por las peculiaridades del desarrollo deforme del capitalismo, que conservó las relaciones de propiedad latifundista y la dependencia al imperialismo norteamericano, fueron adquiriendo un carácter nuevo. Ya no son fenómenos de coyuntura o meras flexiones de algunos índices económicos que no alteraban el crecimiento irregular, pero relativamente impetuoso del capitalismo; ahora se deterioran las bases mismas de la economía.

Las relaciones de producción que se han creado entran cada vez más en violenta contradicción con el desarrollo de las fuerzas productivas.

La tendencia a la agravación de la situación económico-financiera se vuelve entonces irreversible. Decaen los ritmos de la producción industrial que en un instante determinado fueron importantes. Se manifiestan vivamente los desajustes del comercio exterior y la acentuación de la crisis agraria; la paralización de la industria frigorífica controlada por el imperialismo, conectada a la ganadería y uno de los soportes del comercio exterior, evidencia la agudización de todas las contradicciones de la economía nacional. Crujen y revientan las disposiciones legales y los contralores comerciales y cambiarios establecidos antes y durante la guerra, por la gran burguesía conciliadora a través de los gobiernos colorados, con miras a estimular la industria y a utilizar, para su política interna, una masa

(1) Un combate parcial puede ser una victoria táctica. Aquí, empero, nos referimos a una línea táctica, concebida con una mayor latitud; asimilamos la expresión a "conducta política" (Lenin).

(2) V.I. Lenin Obras Completas. Ed. Cartago, Bs. As. T. 16, p. 88.

de maniobra de capitales extraídos de la exportación. La inflación, que se unió a la acentuación del desarrollo capitalista en la segunda guerra, asume ahora otro carácter. Ya no es el fenómeno que acompañó a las peculiaridades del desarrollo capitalista deforme de la guerra y la inmediata postguerra; ahora como una fiebre maligna y devoradora, se nutre del ahondamiento de la crisis de estructura, de la producción industrial y agrícola que decae, de las fluctuaciones negativas del comercio exterior, del endeudamiento externo y la mayor dependencia a los monopolios imperialistas cuando se trata de abastecer de utilaje y materias primas a la industria y al sector estatal. La carestía, el envilecimiento de la moneda, el alza sistemática de los gastos presupuestales corroídos internamente por el déficit, el crecimiento de la emisión de la deuda interna hasta el borde de tornar ficticios el valor de los títulos, pasan a ser índices habituales en el cuadro económico y financiero.

El margen de maniobra de las clases dominantes se estrecha aunque se mantengan a través del aparato de Estado sus formas clásicas de dominación.

Uruguay comienza a procesar una situación cualitativamente nueva. Esto ocurría también en otros países de América Latina, pese a que, en cada uno de ellos se marcaran diferencias originadas, ya en el grado de desarrollo del capitalismo, ya en condiciones políticas acuñadas por la desnuda dominación norteamericana y el imperio de sangrientas tiranías. Empero, la base material es aproximadamente la misma: el agudo conflicto entre el crecimiento de las fuerzas productivas contenidas por relaciones de producción atrasadas, latifundistas o cargadas de reminiscencias precapitalistas, enlazadas al contralor económico y político de los monopolios yanquis. En la agudización de esa contradicción residen las bases objetivas de la revolución uruguaya tal como lo definiera nuestro programa elaborado entonces, precisamente en tales circunstancias.

Era de prever un auge revolucionario en el continente. Este advino, en verdad, a fines del 50, con el derribamiento de varias tiranías y fue coronado luego, por la victoria de la revolución cubana.

Los problemas promovidos por la crisis de estructura ya no podían encontrar "solución" verdadera y de fondo, sin una revolución agraria y antimperialista sin quitarle el poder a las clases dominantes para establecer un gobierno del pueblo y para el pueblo, que aplicara un programa nacional-liberador.

No decimos que se debiera asistir a un derrumbe automático, o una cabalgata "revolucionaria" en cada país, tanto más si se tiene en cuenta que Uruguay no es Centro América, ni siquiera Brasil o Argentina. Además, como nos lo enseñara Lenin: en términos más o menos inmediatos, nunca hay "situaciones sin salidas" "para las clases dominantes". Sin embargo, las citadas condiciones, seguirían madurando, marcando la tendencia preponderante de esta etapa histórica.

Los planes tendientes a "sanear la economía" o a recomponer la línea de un desarrollo acelerado de las fuerzas productivas, estaban, pues, condenados al fracaso en plazos más o menos perentorios.

Como es natural, la lucha de clases se agudiza en estas condiciones. Las masas trabajadoras ingresan a la arena política de un modo continuo. En particular lo hacen las nuevas fuerzas del proletariado.

El movimiento sindical que fuera dividido en el período de la guerra fría, se pone a andar otra vez. El incremento de las luchas sociales, surgidas espontáneamente unas veces, otras contenidas por agentes de las clases dominantes, son, sin embargo en su mayoría encaminadas por el movimiento sindical clasista y obedecen también a los cambios ocurridos en la composición social de la pobla-

ción con el crecimiento del peso específico del proletariado. El desarrollo del capitalismo en el campo, testimoniado, entre otras cosas, por la formación de un numeroso proletariado rural, más que reflejarse podemos decir que se refracta en el fenómeno del "ruralismo": expresa la agudización de la lucha de clases, pero desviada y aprovechada por Nardone en nombre de un sector de terratenientes y especuladores. Sin embargo, es el síntoma de que también las masas del campo penetran con un nuevo signo en el escenario político. El nativismo de oropel y la demagogia de su difunto líder no deben oscurecernos el análisis y la definición social del acontecimiento.

La situación que se iba perfilando contrastaba, sin embargo, con la marcada debilidad de las fuerzas revolucionarias. Esta endeblez se originaba en primer lugar, en la división de la clase obrera y en el retraso de su conciencia política; segundo, en su aislamiento respecto a otras clases sociales, particularmente de las del campo y las capas medias urbanas, y tercero, en el débil peso político de la izquierda frente a la estructura bipartidista, que permite el contralor de las clases dominantes sobre la vida nacional.

A estos factores negativos se agregan otros, de carácter ideológico: la incidencia del nacional reformismo —sistema de ideas dominantes en la sociedad uruguaya— engendrado por las peculiaridades de nuestra historia reciente, influida poderosamente, en el primer tercio del siglo, por la burguesía nacional. Agregado al peso de la inercia histórica, el "tradicionalismo político", interponen trabas ideológicas a la elevación de la clase obrera y de las masas populares a una conciencia revolucionaria.

Completaba el cuadro, entonces, la pequeñez del Partido Comunista, acentuada por su aislamiento de las grandes masas. La crisis del Partido de 1955 tuvo por causas objetivas la aguda contradicción entre esta situación y los deberes emanados de su condición revolucionaria. Las fuerzas fundamentales del Partido, con su dirección, dieron una adecuada respuesta.

Este gran contraste, (producto de las urgencias del desarrollo histórico y del retardo de otros factores) puso al Partido ante tareas que no era posible cumplir de la noche a la mañana. Debimos fijarnos objetivos bien delimitados para todo un período y procurar cumplirlos sin apaciguamientos del ánimo ni de la severidad exigente hacia nosotros mismos. Los ritmos no podían ser los comunes hasta no haber fundado las premisas para una modificación en la correlación de las fuerzas; aunque para esto fuera preciso montar el edificio ladrillo a ladrillo.

El Partido aprobó entonces su programa, se trazó una línea política, elaboró un sistema de relaciones con las masas y se impuso un ambicioso plan para su propio desarrollo ideológico y orgánico.

De nuestro programa se desprenden las directrices de una estrategia y una táctica acertadas. Estratégicamente, nos propusimos un frente de liberación nacional, apuntando contra el imperialismo yanqui y las clases dominantes, entregadas o cómplices del opresor extranjero; tácticamente, teniendo en cuenta las condiciones uruguayas regidas en lo político por el bipartidismo, debíamos transitar hacia ese frente por múltiples y peculiares caminos. De manera resumida, podemos decir que la vida nos exigía movilizar, organizar y, a la vez, educar política e ideológicamente a la clase obrera, promover la unidad multiforme de las grandes masas urbanas y rurales con el proletariado, echar las bases políticas del frente liberador a partir de lo existente en materia de agrupamiento de fuerzas antimperialistas y avanzadas. Entonces, sólo fue posible proponer la unidad al Partido Socialista.

Como tarea central nos planteamos concluir con el estado de división de la clase obrera y forjar su unidad sindical; aislar y erradicar de los sindicatos a los agentes del imperialismo y la burguesía; establecer sólidos vínculos partidarios con las concentraciones del proletariado y transformar a nuestro Partido en un auténtico partido obrero de masas, por su raigambre y la composición social de sus afiliados.

Los Congresos sucesivos del Partido subrayaron que el ascenso de las masas era, en términos de presente y futuro, el rasgo más importante de esta hora de transición. Los pilares de nuestra táctica se asentaron sobre estas previsiones. La fueron enriqueciendo las vicisitudes de la lucha, la creadora acción popular y la generalización teórica, verificada por la práctica del movimiento; hoy ella contribuye a formar las premisas de una nueva correlación de las fuerzas políticas que deberá producirse inexorablemente. Se anuncia ya en el vigor reivindicativo del pueblo, en la unidad casi total de la clase obrera y en su conexión con importantes sectores de las capas medias, en la irreversible tendencia a la cohesión de toda la izquierda —anticipada por la fértil experiencia del F.I. de L.— y en el crecimiento sin pausa del Partido.

Nuestra orientación se ha comprobado a lo largo de todo un período, en contraste con otros enfoques teóricos y tácticos del proceso social y político uruguayo. Estos no soportaron la prueba de la vida, fueron llevados a la crisis por la práctica multiforme de la lucha nacional y de clases, o se han transformado en actitudes políticamente inoperantes. Nuestras ideas influyen hoy el pensamiento de los cuadros y partes de avanzada del movimiento obrero y popular y encarnan en la militancia de muchos millares de trabajadores por la soberanía nacional, la democracia y una transformación social y económica.

Los cambios sobrevenidos en el movimiento de masas, en la gravitación política del F.I. de L. y en la influencia y tamaño del Partido, son signos premonitorios de una nueva realidad. Se están creando condiciones para una fase histórica superior, para una hora cualitativamente distinta, que advendrá, seguramente, si nuestro Partido y las demás fuerzas patrióticas y avanzadas somos capaces de coronar los objetivos de la etapa en que estamos viviendo. En una palabra, si nos transformamos en una “fuerza política real” —gloso a Lenin— capaz de llevar tras de sí a sectores fundamentales del pueblo.

En el lapso entre uno y otro Congreso, hemos cometido diversos errores; unos, producto de una aplicación parcial de nuestra línea; otros, como resultante de la apreciación unilateral hecha por algunos cuadros, de aspectos de situaciones cambiantes; otros, por debilidades ideológicas y organizativas; a veces, por ser todavía insuficientes los medios necesarios para cosechar los frutos de nuestra propia siembra.

Hemos efectuado discusiones autocríticas sobre debilidades en la aplicación de nuestra táctica, sobre retardo en la elaboración ideológica de ciertos temas y sobre la débil inserción de elementos ideológicos en la acción económica y política del proletariado; asimismo, acerca del atraso de nuestro trabajo en el campo, en las capas medias y la intelectualidad, o en tareas de organización y formación de cuadros, etc.

Estas debilidades no invalidan, empero, el balance exitoso del trabajo general del Partido, que ha permitido modificar con relativa velocidad, fuertes factores negativos de la lucha económica, social y política de nuestro pueblo y acumular importantes triunfos.

3. La práctica social verifica la justeza de nuestra táctica

Hemos dicho que vivimos un instante de agravación de la situación económico-social, con grandes repercusiones en el plano político, que se ha acompañado por el ascenso del nivel de las luchas del pueblo y del papel de vanguardia de nuestro Partido.

Este proceso ha cruzado por algunas etapas fundamentales. Para su análisis podemos circunscribirlas a dos, coincidentes, ambas, con la cronología prácticamente establecida por los dos gobiernos del blanquichicotacismo que soporta el país.

En las elecciones del 58 se crearon condiciones para desplazamientos políticos significativos; empero, las insuficiencias del movimiento obrero y popular y el bipartidismo, facilitaron el triunfo de la coalición blanquichicotacista. El eje social y político del gobierno sufrió una traslación hacia la derecha.

El nuevo gobierno —bajo influjo de los grandes terratenientes y los grupos más regresivos de la gran burguesía vinculada al imperialismo yanqui— agravó abruptamente la situación económica, imponiendo la Reforma Cambiaria y Monetaria y las directrices del F.M.I. La crisis de estructura se profundizó. Recrudescieron los ataques a las instituciones democráticas. Se afirmó la penetración yanqui en el aparato de Estado. Desde el gobierno se pretendió crear un movimiento reaccionario de masas, apoyado por bandas de criminales fascistas, y enrolar a la población del campo y a los sectores marginales urbanos en la campaña anticomunista.

Ello fue enfrentado por el movimiento obrero y popular con acciones de masas de diversa índole. Durante casi 4 años se libró esta lucha a brazo partido de la clase obrera, los estudiantes, las capas medias urbanas, la intelectualidad avanzada y algunos sectores de asalariados rurales por reivindicaciones económicas, por las libertades democráticas y la soberanía nacional, por cerrar el paso al fascismo y bloquear la consolidación política de la reacción.

La combatividad obrera y popular contrastó con la postura vacilante hasta la complicidad, propia de la gran burguesía conciliadora, que adoptaban los grupos más importantes del batllismo, conducta timbrada por un receloso temor al despertar multitudinario del pueblo.

Sin ese despliegue de la iniciativa popular, sin ese continuo accionar que encabezara el proletariado, apoyado en particular por los universitarios, el Uruguay se hubiera precipitado entonces en una hora de sombría represión, de cruda dominación yanqui, o en un gorilismo más o menos disfrazado de legalidad, apoyado peligrosamente por importantes masas del campo.

El movimiento reivindicativo, patriótico y democrático se entrelazó vivamente a la solidaridad con la revolución cubana. Paros generales, manifestaciones, enérgicas acciones callejeras, demostraciones contra las agresiones yanquis y la Conferencia de Punta del Este, caracterizaron este momento uruguayo.

La solidaridad con Cuba elevó la conciencia antimperialista; a su calor maduraron nuevas generaciones del movimiento obrero, estudiantil e intelectual. En sectores de las capas medias, se esclarecieron numerosos problemas ideológicos referentes a la revolución mundial y latinoamericana. En tales luchas —anunciadas ya por las grandes acciones que van de 1956 a 1958— se echaron nuevos cimientos a la unidad del movimiento sindical y popular. Nació la Central de Trabajadores, y el proletariado y las capas más esclarecidas de la pequeña burguesía urbana hallaron en los Plenarios de la Cultura y el Pueblo Trabajador, una forma

peculiar de entendimiento con proyecciones de futuro.

Con la vida y la sangre de numerosos mártires de los sindicatos, del movimiento antimperialista, del Partido y de la U.J.C. pagó nuestro pueblo su fervor solidario y su sensibilidad democrática. Evocamos a los caídos del Cerro, a Olivio Píriz, Arbelio Ramírez y otros.

Situado en el centro de la acción obrera y popular, el Partido fortaleció su influencia política y ensanchó marcadamente sus filas. Millares de trabajadores, estudiantes e intelectuales entraron en contacto con el Partido, reconocieron su devoción revolucionaria y el acierto de su concepción teórico-política del proceso uruguayo y latinoamericano. Se disiparon prejuicios, se hicieron confrontaciones ideológicas que esclarecieron diversos temas; nuestro concepto del internacionalismo y el patriotismo, respecto a la definición, el carácter, las fuerzas motrices y el curso posible de la revolución latinoamericana, a sus relaciones históricas y políticas con el sistema socialista mundial y la Unión Soviética y a tácticas y métodos que el impetuoso caudal de la unidad obrera se iba encargando de verificar. Nuestro Partido fue surgiendo, claramente, como una fuerza seria, dispuesta a hacerse cargo de sus responsabilidades ante el proletariado y el pueblo. Pasamos así a ser un factor primordial en todos los avances del movimiento obrero y popular.

Todo esto creó ya entonces, condiciones para forjar la unidad total de la izquierda uruguaya como núcleo inicial de un poderoso frente antimperialista.

Las premisas para esa unidad habían madurado en la calle y en los más amplios agrupamientos políticos de la izquierda que vivían la coincidencia cotidiana de la lucha antimperialista y antifascista, de la solidaridad con Cuba, de la acción reivindicativa o contra el gobierno regresivo.

El XVIII Congreso del Partido nos encomendó concretar esa unidad.

Desgraciadamente, la dirección del Partido Socialista y algunas otras organizaciones que la acompañaron, conformó otro agrupamiento —Unión Popular— con exclusión de nuestro Partido. Los sectores unitarios constituimos entonces el Frente Izquierda de Liberación. Se nos impuso prácticamente un plebiscito dentro de la izquierda.

El triunfo y la consolidación posterior del F.I. de L. significaron una gran conquista para nuestro pueblo. Su fértil experiencia, a la que alude extensamente el Proyecto de Resolución General, vale no sólo para sus integrantes sino para toda la izquierda nacional.

Su ejecutoria de cuatro años ha desmentido a quienes escribieron, al otro día del acto electoral, un fúnebre “Requiem para la Izquierda”, pretextado en el fracaso de la Unión Popular.

¿Qué queda, en cambio, de aquéllos que se frotaron las manos clausurando por anticipado toda perspectiva transformadora en la República? ¿O de los que, desde la “derecha”, o la “izquierda”, ostentaban como blasón su falta de fe en el pueblo o nos arrojaban el proyectil de su desprecio por la faena cotidiana de forjar el arma social de la revolución, de unir al pueblo contra sus enemigos dotándolo, a la vez, de las herramientas ideológicas, políticas y organizativas para su liberación?

La respuesta está escrita por estos cuatro años de luchas y avances del movimiento obrero y popular.

4. La corrupción de las clases dominantes se expresa en la conducta gubernamental.

Las elecciones de 1962 dieron el triunfo a la U.B.D., aliada con un sector del ex-herrerismo; mostraron, sin embargo, un debilitamiento de las posiciones electorales de las corrientes más derechistas, aunque el gobierno permaneció en manos de un sector del latifundio y la gran burguesía vinculados al imperialismo norteamericano.

En la integración del nuevo gobierno se agrupaban —a pesar de sus naturales contradicciones internas— hombres representativos del latifundio ganadero de más alta inversión capitalista (junkers) con típicos exponentes de la gran burguesía (financiera, comercial, industrial, agraria).

Desde el punto de vista publicístico, la prensa más encenegada y cipaya, directamente escrita muchas veces en la embajada de los EE.UU. —tal *El País* y *“El Plata”*— pasa a ubicar sus hombres en el aparato gubernamental.

Luego de la muerte de Fernández Crespo —líder de un grupo político relativamente obligado por sus nexos con el electorado popular montevideano— se perfiló más el papel regresivo del nuevo gobierno. Enfrentado y simultáneamente abrazado por la ley de lemas, con el otro grupo herrerista que hoy encabeza el Dr. Echegoyen, y sin un sostén organizado de masas como fuera el nardonismo para el gobierno anterior, este elenco gubernamental ha agravado la situación económica, ha recorrido a grandes trancos la ruta del entreguismo a los EE.UU., ha arrojado sobre nuestra bandera la ignominia de la ruptura con Cuba, ha atacado las libertades democráticas y sindicales y, nuevamente hace correr hoy a nuestra patria, el peligro del golpe de Estado.

Por su composición de clase, por ser continuador y en buena parte cómplice de la política económica del anterior, este gobierno se atuvo a las directrices de la Reforma Cambiaria y Monetaria dictadas por el F.M.I. y continuó sus líneas fundamentales. Ello sólo podía conducir —tal como ha ocurrido— a una precipitación de los fenómenos económicos y financieros más negativos generados por la agudización de la crisis de estructuras. Se manifestaron, e inclusive, llegaron hasta sus consecuencias extremas, fenómenos incubados por el anterior gobierno.

La Reforma Cambiaria y Monetaria homologada a través de nuevas “Cartas de Intención”, se llevó a cabo enarbolando banderas que todavía se atreven a hacer flamear sus principales voceros: **“aumentar la producción”**, en particular la **“agropecuaria”**, **“aumentar la exportación”**, **“equilibrar la balanza comercial y de pago”**, **“estabilizar la moneda”** y **“contener la hoguera inflacionaria”**.

Vale la pena compulsar algunos guarismos para exhibir la quiebra de toda esta literatura de ocasión, a la que nadie toma en serio.

En 10 años, la producción industrial fue afectada seriamente sin que la ganadería emergiera de la aguda crisis que sufre la estructura agraria. El producto interno por habitante ha seguido una línea de estancamiento y retroceso: en 1965 está en un 110/o por debajo de 1955.

**Producto bruto interno por habitante a precios
constantes de mercado:**

1955	7.125
1956	7.148
1957	7.120
1958	6.770
1959	6.486
1960	6.626
1961	6.723
1962	6.479
1963	6.324
1964	6.343
1965	6.323

Estos índices comprueban la tendencia de todo un período; excluyen pues la posibilidad de ser explicados por factores ocasionales o de coyuntura. Justamente comprueban la crisis, la contención del desenvolvimiento de las fuerzas productivas por las relaciones de producción. Y es lógico que la situación se agrave.

Los números son elocuentes si los situamos en los últimos años. El aumento del producto global fue en los años 64 y 65 aproximadamente del 1o/o, es decir, no alcanzó siquiera a equilibrar la tasa, siempre baja, de crecimiento de nuestra población, apenas del 1,2o/o. Se produjo un nuevo estancamiento de la producción industrial. En 1965, el producto total agropecuario se mantuvo estancado, aunque con una contracción del 7,4o/o precisamente de la producción ganadera.

Como síntoma definidor de los resultados de la política económica, cabe subrayar que esta producción agropecuaria —crónicamente estancada— empero, ha sobrepasado en ritmos a la industria en los últimos años. El Uruguay, que surgiera de la segunda guerra mundial como un país industrial-agrario, ve distorsionar así violentamente su economía, en una de las manifestaciones más dramáticas de su crisis de estructura.

Como contracara, la desocupación anota cifras increíbles: a fines de 1965, los parados sumaban 177.298, de los cuales 86.709 —el 8,5o/o de la población activa— sufrían la desocupación total; 42.500 de ellos en Montevideo. Lo característico es que esta desocupación no surge principalmente como consecuencia del éxodo rural no absorbido (flotante), sino que afecta especialmente al proletariado de la industria, de la construcción y los servicios.

La balanza comercial acumuló déficit impresionantes en todo el período. Sólo en el año 1965, el gobierno logró un consolador superávit a costa del cierre total y por varios meses de las importaciones, pero sin conseguir que la exportación excediera cifras mediocres, lejanas, por cierto, de la medida necesaria para reabastecer el país. La balanza de pagos acumuló desde 1960, 244 millones de dólares de déficit (151 millones corresponden al lapso 1963-1965).

Agréguese el envilecimiento de la moneda. En su relación con el dólar, en 1962, se situaba en los cambios a 11 pesos. Su desvalorización fue contenida de modo artificioso, con miras a las pasadas elecciones, a costa de millones en oro y divisas extraídos del Banco de la República. Luego experimentó una caída vertical hasta los actuales \$ 64.00 por dólar, cotización que, a su vez, se mantiene

transitoriamente, para evitar el efecto psicológico que sobre las próximas elecciones significaría una nueva y obligatoria precipitación.

En todo el período se efectuaron 3 revalúos y 7 devaluaciones. A mediados de 1965, el gobierno dispuso otra devaluación que abatió en un 2,7 el tipo de cambio oficial, en beneficio de los latifundistas, de los grandes capitalistas exportadores y financieros y de los monopolios norteamericanos.

La carestía de la vida otorga quizá el índice más impresionante del desfrenado inflacionario. Como registra la C.I.D.E.: "Los precios habían tomado diez años para duplicarse, entre 1945 y 1955; se volvieron a duplicar en cuatro años, desde entonces a 1959, y luego en tres años, en 1959-62. Volvieron a duplicarse desde el promedio de 1962, que se considera centrado a mediados de año, hasta diciembre de 1964, es decir en dos años y medio". En 1965 los precios vuelven a duplicarse; ahora ¡en un año! ¡Y en lo que va de 1966 experimentan ya una suba superior al 40o/o!

Ello aparece el descenso drástico del nivel de vida del pueblo. La clase obrera, pese a haber combatido duramente en defensa de sus salarios y otras reivindicaciones, se hunde en la depauperación ya no relativa sino absoluta.

Si se toma como base 100 los sueldos y salarios del año 1957, en 1965 los índices respectivos de precios y salarios eran de 1.085 y 940. Se había producido un descenso de los salarios al 87, o sea entre 1957 y 1965 ha habido una rebaja de la capacidad adquisitiva del salario del obrero industrial en un 13o/o.

En la administración central, tomando el índice 100 en 1961, los salarios reales estaban en 71,5 en 1964. Es decir que se había producido una rebaja del 28,5o/o, o sea casi la tercera parte del sueldo se había rebajado al trabajador de la administración central. Pero además, ¿a qué ritmo se produce ese descenso?

Entre el 1o. de enero de 1964 y el 30 de junio de 1966, ese decrecimiento del sueldo y del salario de la administración central fue del 42o/o.

Para los jubilados y pensionistas, el descenso del valor real de sus ingresos desde el 1o. de agosto de 1962 al 30 de junio de 1966, fue del 44o/o. Adviértase: casi la mitad de la jubilación y la pensión rebajada a pesar de los dos aumentos experimentados en función de la llamada revaluación de pasividades.

¡Cuál no será la suerte de sectores importantes de las capas medias, con entradas fijas, inclusive la de decena de miles de trabajadores del campo!

Otro rasgo de la presión inflacionaria, pero también de la honda crisis financiera, es el ascenso de los gastos públicos, acompañados por abultados déficit. El presupuesto se sitúa hoy alrededor de los \$ 8.700 millones, con un déficit previsto para 1966 de \$ 2.700 millones.

El gobierno ha endeudado sideralmente al país a corto plazo, ha hipotecado las reservas de oro del Banco República, ha suscrito las condiciones ignominiosas de la Carta de Intención, ha facilitado la penetración de los empréstitos en el sector estatal, mediatizándolo y sometiéndolo a la intervención del capital financiero de los Estados Unidos.

En el marco de la agudización de la crisis estructural, se acentúa la acumulación de la riqueza en manos de una oligarquía cada vez más estrecha, de la tierra, la banca y el gran capital, personalmente representada en el propio gobierno.

¡Nunca como ahora se han acumulado tantos millones en manos de los terratenientes! Son el fruto de una política gubernamental que empobrece a toda la población y que beneficia a algunos de los propios gobernantes.

La crisis bancaria que reventara estrepitosamente mostró la corrupción de

las clases dominantes; pero también el grado de concentración de los capitales, que hoy se acelera por la fusión de nuevos bancos y una mayor penetración del sistema bancario por los monopolios internacionales con la complicidad de los directores bipartidistas del Banco República.

A la entrega económica, el gobierno sumó la abdicación de lo nacional en otros terrenos: puso la policía en manos del F.B.I.; perfeccionó la censura telefónica con ingerencia de EE.UU.; afirmó diversas "misiones" en las fuerzas armadas y admitió establecer una doctrina de guerra —elaborada en la Junta Interamericana y en las Escuelas de EE.UU., Panamá, etc.— que presupone que **nuestro pueblo es el enemigo**.

Se llegó al colmo de que el siniestro MacNamara, con motivo de las huelgas de obreros y funcionarios, declarara ante el Senado de los EE.UU.: "... en Uruguay el estancamiento económico ha contribuido a una inquietud popular que recientemente culminó en una grave ola de huelgas. . . **Nuestra ayuda al Uruguay está orientada hacia el mejoramiento de las pequeñas armas, municiones, comunicaciones y equipos de transporte de las fuerzas de seguridad**".

El Sr. MacNamara afirma, sin que les repugne a los señores gobernantes, que ha dispuesto medios para asesinar a un pueblo que reclama, dentro de las normas constitucionales y legales, un nivel de vida decoroso. ¡Y ello fue dicho poco después de la intervención en Santo Domingo y bien cerca, por cierto, de la cínica proclamación de la Cámara de los EE.UU. y de las amenazas de Costa e Silva y Onganía!

Como ilustración de su peligrosidad antidemocrática, el gobierno proclamó Medidas de Seguridad varias veces, siempre vinculadas a las gestiones ante el F.M.I. y a la infamante mendicidad de un puñado de dólares.

5. Difíciles pruebas ha sorteado el movimiento obrero y popular

La profundización de la crisis, el calculado despojo de las masas por las clases dominantes, la abdicación de la soberanía nacional, la ruptura de relaciones con Cuba, las agresiones reiteradas a las libertades democráticas y las amenazas de golpes regresivos, conmovieron profundamente a nuestro pueblo, en particular a la clase obrera.

Todos estos cuatro años fueron jalonados por los más amplios, enérgicos y multiformes combates de las masas.

El movimiento huelguístico abarcó al conjunto de la clase obrera, se extendió a los trabajadores del sector estatal, a los funcionarios públicos, a los bancarios, a los maestros, profesores, estudiantes y nuevos grupos de asalariados rurales. Las acciones reivindicativas de cada gremio o su enfrentamiento a las medidas represivas fueron acompañados por la asistencia y la solidaridad activa de todos los sindicatos, expresada en numerosos paros generales o en grandes demostraciones colectivas.

Es característico que movilizaciones que comienzan por reivindicaciones inmediatas, se transformen en imponentes acciones de índole política, ya sea por tratarse de gremios del Estado, o por enfrentar la represión, los despidos o prisiones de militantes y las campañas sañudas de la "gran prensa", o porque los trabajadores exigen leyes sociales u otras medidas. A su vez, las manifestaciones, paros y huelgas de clara iniciación política, sostienen siempre reivindicaciones económicas, nunca abandonadas por los gremios.

Esta combinación ensanchó el movimiento y fue enrolando naturalmente a nuevas capas de trabajadores. Se multiplicaron la riqueza y variedad de las formas de lucha: paros generales, huelgas, manifestaciones, ocupación de fábricas, marchas a pie a lo largo del país; desarrollo masivo de la solidaridad material con los huelguistas; ayuda a la agremiación de los asalariados agrícolas; coordinación de las acciones de masa con la actuación parlamentaria a efectos de conquistar reivindicaciones y de la experiencia política de los trabajadores; adopción de los métodos obreros por los empleados públicos, maestros y profesores; demostraciones de los obreros del transporte urbano con sus vehículos; afirmación de la disciplina gremial y la solidaridad a la altura de cada fábrica u oficina pese a las medidas de represión.

Dos rasgos se destacan especialmente: el ingreso a los primeros puestos de la acción sindical de los obreros y empleados del sector estatal (electricidad y teléfonos, refinación de petróleo, ferrocarriles, aguas corrientes, bancarios, etc.) y de los funcionarios públicos (nacionales y municipales); y la conformación de un vasto frente de la clase obrera con las capas medias en torno a los más variados temas de interés general (defensa de la Escuela y la Universidad, del régimen de previsión social, etc.). Así se han ido reuniendo los diversos afluentes de la lucha popular: desde los obreros y la muchachada estudiantil hasta el poderoso movimiento de jubilados y pensionistas que encabeza don Paulino González.

La clase obrera ha mantenido una línea de coordinación con las capas medias impulsada especialmente por la Central de Trabajadores que se transformara así en un eje del movimiento progresista y nacional. Para ello se basó en una justa plataforma que comprende, entre otras, las aspiraciones primordiales de las capas medias.

Postula a la defensa de la soberanía nacional y la democracia, medidas de reforma agraria, de progreso industrial y agrícola, soluciones sociales populares. En torno a ella se han ido conjugando todas las luchas. Fue sostenida por la huelga general que en junio del 64 paralizó al país al grito de "¡soluciones sí, golpes no!" El 6 de abril de 1965, fue bandera de medio millón de trabajadores que efectuaron un paro nacional de 24 horas en repudio de la política gubernamental, convocados por la C.N.T. y acompañados por buena parte del pequeño comercio. Sus directrices reúnen luego, a mediados de 1965, al Congreso del Pueblo, vasto conglomerado de 700 organizaciones del proletariado, de la intelectualidad, de las capas medias, entre ellas sectores de campesinos.

El movimiento obrero y popular debió cruzar por duras pruebas. Por tres veces en los últimos años, se han aplicado Medidas de Seguridad; más de una vez, pero especialmente en junio de 1964, pendió sobre nuestra patria la amenaza del golpe gorila. También en estos años el gobierno rompió relaciones con Cuba y fue enfrentado duramente por las acciones del pueblo.

En esta difícil escuela, la mayoría de la clase obrera e importantes capas populares recogieron grandes enseñanzas.

El año 1964 comenzó por acciones reivindicativas de los trabajadores del Estado. Empero, muy pronto se fueron marcando amenazas cada vez mayores a las libertades democráticas.

La conspiración golpista —luego del gorilazo brasileño— se acelera, facilitada por la incapacidad y la menuda puja politiquera del gobierno, insensible a las reclamaciones de miles de trabajadores del Estado.

En junio, el pueblo recibe informaciones acerca de la precipitación de la amenaza golpista. El F.I. de L., nuestro Partido, los líderes de las organizaciones sindicales, populares y estudiantiles llamaron de inmediato al pueblo a combatir el golpe por todos los medios.

Las organizaciones sindicales —a pesar de estar entonces enfrentando al gobierno en defensa de reivindicaciones— distinguen perfectamente el peligro y unen esas reivindicaciones a la defensa de las libertades democráticas. (De ahí el grito de “¡soluciones sí, golpes no!”). En menos de una semana, se efectuaron cientos de asambleas en fábricas, sindicatos y centros de estudio. Se votaron clamorosamente resoluciones de luchar en todos los terrenos. Días después, la gran huelga general exhibía la voluntad combativa del pueblo. Los golpistas —colocados a la defensiva— debieron retroceder y guardar sus planes para mejor oportunidad.

El movimiento obrero y popular debió afrontar nuevas responsabilidades apenas terminada esta acción. En julio de 1964, la O.E.A., —la gran celestina— vota la orden yanqui de romper relaciones con Cuba. Desde julio a octubre nuestro pueblo debió defender sin interrupción esas relaciones. Se efectuó un paro de la clase obrera y los estudiantes, tuvieron lugar decenas de demostraciones de repudio vigoroso al imperialismo yanqui, a sus empresas, a sus representantes, y valerosas acciones juveniles que culminaron con el cerco policial a la Universidad y el enfrentamiento diario del pueblo a los apaleos, gases y persecuciones policiales. Más de 40 días de lucha callejeras enérgicas e ininterrumpidas culminan las demostraciones de repudio a la traición gubernamental y su acatamiento a la O.E.A.

Una tercera prueba de fuego fue la lucha contra las Medidas de Seguridad. De octubre a diciembre de 1965 —por dos veces consecutivas— el gobierno suspendió las garantías constitucionales encarceló a cientos de militantes sindicales, clausuró órganos de prensa y radio, persiguió a los militantes de nuestro Partido y el F.I. de L. y a otras personalidades sociales y políticas.

La clase obrera respondió con acciones múltiples: desde el paro general por 24 horas a los paros por 72 horas de los funcionarios de los Entes Autónomos y de la administración central, desde actos y paros sorpresivos en los propios lugares de trabajo de bancarios y empleados del Estado, y a los paros y otras formas de lucha de los ferroviarios, desde las manifestaciones en los barrios y los mitines en las fábricas, a las acciones generales de masas en defensa de las libertades y derechos y en pro de las reivindicaciones exigidas. A la clausura de la prensa como “El Popular” y “Epoca” y la censura de “Marcha”, periodistas, gráficos, y vendedores de diarios respondieron paralizando por 48 horas —en dos oportunidades— la salida de los diarios de las clases dominantes o adictos al gobierno. Las acciones y métodos de lucha de los trabajadores correspondieron en muchos casos a formas superiores de la lucha de clases.

Impotente para romper la unidad, firmeza y disciplina de los trabajadores, el gobierno recurrió a burdas provocaciones que pretendían involucrar a la Embajada soviética con el movimiento sindical. Estas fracasaron cubiertas de ridículo, y concluyeron con la renuncia del Ministro del Interior y de los principales jerarcas policiales de Montevideo.

Este duro enfrentamiento finalizó con la victoria de los trabajadores. El movimiento sindical se unificó más profundamente; forjó nuevas generaciones de cuadros, recogió otras experiencias y enseñanzas. Ello le ha posibilitado subir a escalones más altos de su organización. A iniciativa de la C.T.U. se formó hace

algunos años la Convención Nacional de Trabajadores, plenario de todo el movimiento gremial. Sobre este cimiento, en el próximo setiembre se efectuará el Congreso de unificación total de los trabajadores. La nueva Central se basará en un programa clasista y en una concepción justa de la misión de la clase obrera en el proceso liberador. Con el Congreso del Pueblo y otras organizaciones, algunas formadas recientemente como la Federación Agraria Nacional, integrará el más amplio campo de la acción popular.

Saludamos este Congreso como la culminación de una etapa del movimiento sindical, como una victoria augural de todo el pueblo. Lo celebramos conscientes de haber contribuido a ello a través de toda esta década, con la labor ahincada y lúcida de miles de nuestros militantes inspirada por la línea del Partido.

6. Se gesta un cambio cualitativo en la conciencia de los trabajadores

Nuestro país vivió horas de intensas luchas, en el breve período que evocamos. Se desvaneció la imagen del Uruguay "quieto", de la presunta "Suiza de América", presentada a dúo tanto por ciertos comentaristas de "izquierda" como por otros, de derecha, propagadores de leyendas edificantes. Y en su lugar emergió la figura de una clase obrera y un pueblo combativos, protagonistas de esta gran pugna patriótica, democrática, de clase.

A pesar de este auge, se conservan en el movimiento obrero y popular en su conjunto, desproporciones e inarmonías que ya fueron señaladas por nuestro XVIII Congreso, y que cabe recordar:

"... es una etapa de ascenso del proceso democrático-nacional. Esa valoración positiva no debe ocultar, sin embargo, las deficiencias, debilidades y desproporciones que todavía se arrastran. Entre ellas pueden señalarse como algunas de las más importantes: la desproporción entre el nivel de las luchas sociales en la ciudad y en el campo; entre el nivel de lucha y organización populares en la capital y en el interior; entre la altura alcanzada por el proceso social y el desarrollo del frente único de las masas, por una parte, y el proceso político, todavía atenuado por la Ley de Lemas y el predominio de los partidos tradicionales, que dificultan que aquéllos encuentren su expresión en el plano electoral, por otra; entre la gravedad alcanzada por la crisis de estructura y la conciencia política de las masas en cuanto a que sólo la salida revolucionaria permitirá resolverla; entre la capacidad del Partido Comunista para decidir grandes acciones de masas y su tamaño aún insuficiente" (3).

Pasos importantes han sido dados con miras a superar estos desniveles; pero ellos se conservan aunque ahora deben ser estimados según otras medidas, en el plano de un movimiento que se ha extendido y profundizado.

Los problemas políticos e ideológicos a resolver en un movimiento obrero ya altamente desarrollado en Montevideo, se combinan con la urgencia de su extensión a todo el país en forma metódica y tenaz, así como con la preocupación militante por conformar un sistema de alianzas más sólido, más amplio y más organizado del proletariado con las capas medias urbanas y la aplicación de una línea consecuente hacia el campo con miras a forjar la alianza obrero-campesina. Por otra parte, nosotros concebimos el proceso social y político uruguayo que conduce a la formación del Frente de Liberación, como un entrelazamiento

(3) ESTUDIOS, No. 25, p. 149.

del movimiento de las masas —unidas en un complejo de organizaciones y lanzadas a la lucha por un programa— con la edificación simultánea de la unidad de la izquierda y el también simultáneo desarrollo del Partido

Reflejamos gráficamente esta idea cardinal de nuestra táctica, con la imagen de tres círculos enlazados. el más amplio supone el vasto movimiento reivindicativo de las masas; el segundo, la formación del núcleo antimperialista y avanzado del Frente de Liberación Nacional. el tercero, la construcción del partido del proletariado, conectado estrechamente al proceso de unidad social y política

El F.I. de L. nació como el núcleo del Frente de Liberación, raíz de una alianza más amplia de clases y capas sociales antimperialistas y antioligárquicas, llamada a expresar, en el plano político, el vasto agrupamiento ya concretado, antes que nada, en el plano gremial.

El engrandecimiento del F.I. de L. (ampliándolo desde arriba por la inclusión de otras fuerzas, y desde abajo a través de cientos de comités de barrios y fábricas, pueblos y centros rurales, facultades, medios intelectuales y oficinas, que faciliten la militancia de hombres de los partidos tradicionales, de católicos o sin partido, junto a los comunistas y otros grupos revolucionarios) se conjuga con la labor de profundizar y extender el movimiento gremial y de frente único de las organizaciones del proletariado y las capas medias hacia batallas reivindicativas y políticas cada vez más elevadas.

Ambas tareas se complementan y se enlazan por múltiples nexos: a) por el carácter común de su plataforma, por la coordinación en la vida de las diversas formas de la acción económica, política, parlamentaria, propagandística y organizativa; b) por el hecho característico de que tanto nuestro Partido como el F.I. de L. estén enclavados en el propio centro aglutinador de las masas y que miles de cuadros que constituyen la espina dorsal del movimiento gremial posean una conciencia política avanzada. Este es un mérito histórico del movimiento gremial uruguayo y una palanca poderosa para un cambio cualitativo en la conciencia de los trabajadores.

Las posibilidades de la unidad política no se agotan, sin embargo, con el Frente Izquierda, y deben explorarse con audacia todos los caminos que puedan contribuir a ensancharla. Uno de esos caminos es la Mesa por la Unidad del Pueblo, convocada a iniciativa del Frente y que integran, además, el Partido Socialista y un numeroso y calificado grupo de ciudadanos independientes. Por su actual composición y por su capacidad para atraer a multitud de fuerzas de la izquierda, auténticamente unitarias, dispersas en todo el país, la Mesa está llamada a ser un importante instrumento positivo en favor de la unidad política de esas fuerzas.

El ingreso tumultoso de las masas a la arena social y política hoy ya se ha encauzado orgánicamente, ha cumplido vastas experiencias y chocado con las caducas estructuras del partidismo tradicional y con la ineptitud de las clases dominantes para ofrecer un cambio renovador al país. Ello nos sitúa justamente en un momento de transición: la nueva conciencia política que apunta en las grandes masas —particularmente obreras, estudiantiles, intelectuales, etc.— aún no ha madurado plenamente: pero ya existen premisas para esta gran transformación que nuestro trabajo puede acelerar, a la vez que puede ser precipitado por un anudamiento de las propias contradicciones sociales y políticas. Las grandes confrontaciones de 1964 y 1965, las intentonas golpistas que hirieron la conciencia de la mayoría del país, el actual pacto antidemocrático de la reforma constitucional repudiado unánimemente por la Asamblea Nacional de todos los

sindicatos y enfrentado por 200 sindicatos con un proyecto de Reforma Popular, son hechos que, aunque de índole diversa, confluyen todos hacia un punto nodular: **la gestación de un cambio cualitativo en la conciencia política de los trabajadores.**

¿Cuándo, cómo y dónde, culminará esta transformación? ¿Hasta dónde se reflejará este fenómeno en la elección, en las inevitables y duras batallas de otra índole, en defensa de las reivindicaciones económico-sociales, de la democracia y la soberanía, que sobrevendrán inevitablemente?

Es difícil responder ahora: la previsión científica no puede ser suplantada por augurios a plazo fijo; pero sí podemos responder sin vacilaciones, que en esa dirección se encamina el desarrollo social y político uruguayo. Y en este sentido cualquier idea esquemática sobre el proceso puede conducir a graves errores en cuanto a pérdida de perspectivas, o a estimar el desarrollo según una concepción voluntarista. Refiriéndose a Inglaterra, Lenin escribía: **"No podemos saber. . . cuál será el motivo principal que despertará, inflamará y lanzará a la lucha a las grandes masas"**. Y se preguntaba: **¿Quizás sea una crisis parlamentaria la que rompa el hielo**" o **"una derivación de las contradicciones coloniales e imperialistas?"** Y luego previene que en Francia un asunto **"tan limitado como el caso Dreyfus"** condujo **"al pueblo a dos dedos de la guerra civil"** (4).

Frente a la intentona gorila en junio del 64, o ante las Medidas de Seguridad en octubre-diciembre del 65, y en otro plano en las acciones solidarias con Cuba, gran parte del pueblo uruguayo vivió instantes críticos de aguda tensión. Surgido apenas de esos combates enfrenta otras luchas, de distinta característica, algunas manejadas en el amplio campo de la acción legal, pero de audaz perspectiva, pues supone fijarse objetivos políticos para grandes masas. Se promueve así, el proyecto de Reforma Popular de la Constitución, que reúne los postulados de las últimas luchas, y por su parte, la Asamblea Nacional de Sindicatos —en decisión unánime— llama a votar contra los proyectos regresivos de las clases dominantes. Así como Lenin en materia de "motivos" capaces de "romper el hielo" no oponía las crisis parlamentarias a las explosiones en las colonias, los trabajadores tampoco oponen metafísicamente su lucha por la Reforma a su huelga general contra el gorilismo y por la democracia, o a su voluntad de combatir en todos los terrenos contra el golpe.

En verdad, se refleja aquí la rica dialéctica de la lucha social y política que en este instante de transición, repetimos, lleva ya en su seno premisas para la maduración de una nueva conciencia política.

Promover la experiencia que acelere el proceso sin hacerlo abortar; utilizar los métodos adecuados para su desarrollo; corregir las debilidades y barrer las adecuaciones a procedimientos e ideas que pudieron corresponder a otras etapas de lucha, o tolerarse en ellas, es el quid de la cuestión. Debemos responder a imperiosos interrogantes que la propia vida nos arroja al rostro: **¿cómo moviliz**ar más extensa y profundamente a esta multitud puesta en marcha? **¿Cómo cohesionarla** y conducirla en pos de un programa concreto? **¿Cómo educarla** a través de una experiencia de cientos de miles de personas? **¿Cómo facilitar** el alumbramiento de una conciencia ant imperialista, avanzada, y el propio pasaje primario de miles de trabajadores a una concepción ideológica marxista-leninista?

(4) V.I. LENIN. OBRAS. Ed. cit., T. 31, p. 92

El logro de tales objetivos forma un eslabón primordial para pasar del período de acumulación de fuerzas a fases más avanzadas en el curso de la revolución uruguaya.

Sobre esta base ha estado trabajando tesonera, audaz, a la vez que sensatamente, nuestro Partido. Esta concepción táctica ha ido triunfando y su victoria ha significado, también, tanto la derrota del oportunismo reformista como la del verbalismo infantil. La acumulación de fuerzas por el movimiento obrero y popular no se ha interrumpido un solo instante.

Importantes lecciones se desprenden de este proceso. La primera y principal, consiste en saber armonizar una línea de extensión y amplitud, de incorporación cada vez más amplias de masas lanzadas a la lucha, con la profundización, con la creación escalonada y permanente de nuevas condiciones para su elevación ideológica y su maduración política. Se toma en cuenta así, de un modo concreto, la situación uruguaya y se procura responder a las principales desproporciones ya señaladas del desarrollo social revolucionario.

El eje de la táctica consiste, pues, en conducir a la lucha a las masas populares, en primer término a la clase obrera, ahincándose la vanguardia profundamente, en su seno. Exige una línea política clara, dirigida a todo el pueblo, no sólo a los sectores más avanzados, limpia de formulismo y de fraseología radical, pero auténticamente revolucionaria por su aptitud para unir y lanzar a la lucha a las más amplias masas; en una palabra, una línea capaz de transformar **las ideas en fuerza**, para repetir a Marx. Reclama unir, organizar y combatir, y no quedar sólo en declaraciones propagandísticas; aunque —claro está— la eficiencia de nuestra propaganda debe ser mucho mayor. Nos exige, en esencia, promover la experiencia de las masas, y no sólo esperar sus explosiones más o menos espontáneas.

Todo el curso de las acciones de nuestro pueblo ilustra la fertilidad de esta directriz táctica y metodológica. En el transcurso de sus múltiples luchas, las masas han acuñado un programa positivo que resume ante sus ojos el sentido de una alternativa popular frente a las clases dominantes, una perspectiva de soberanía nacional, democracia, progreso social y bienestar popular.

Este programa que está al nivel de la comprensión de los sectores más amplios, ya que involucra sus reivindicaciones inmediatas, inserta, a la vez postulados democráticos avanzados: una política exterior independiente, medidas de reforma agraria, de nacionalización de la banca, los frigoríficos y otros monopolios extranjeros, liberación del comercio exterior del control imperialista, defensa de la economía nacional frente a los monopolios extranjeros y la oligarquía, salvaguardia y ampliación de las libertades y derechos populares, liquidación de la corruptela de las Cajas de Jubilaciones y establecimiento del Estatuto exigido por jubilados y pensionistas, defensa, mejoramiento y democratización del sector estatal de la economía, incremento de la cultura, defensa de la escuela pública y laica, de la Universidad y otros centros de enseñanza, atención a la salud del pueblo y leyes sociales avanzadas.

En lo esencial, este programa positivo ha sido transformado en plan de acción de los sindicatos, del Congreso del Pueblo y de otras organizaciones, e incorporado al proyecto de Reforma Popular que patrocinan 200 sindicatos y sectores populares.

Es un programa muy amplio. Comprende reivindicaciones que pueden ser admitidas inclusive, por la burguesía media, nacional —industrial o agraria—

aunque sus ejes movilizadores corresponden a las aspiraciones del proletariado, de las capas medias urbanas y rurales, de la intelectualidad avanzada, es decir, el núcleo potencial —para expresarnos en términos sociales— de un frente liberador. En verdad, en los postulados de esta plataforma coinciden en una síntesis superior, la experiencia de las masas y nuestra línea política.

Esta plataforma se ha vuelto patrimonio de las grandes masas. Esta programa —modesto y en apariencia carente de frases y definiciones revolucionarias— ha sido capaz de llevar a la lucha a cientos de miles de trabajadores en junio del 64 o en abril del 65, y de transformarse en una contraseña del movimiento popular. O sea, ha sido capaz de concitar las más grandes batallas políticas y sociales que el país recuerda.

Para luto de oportunistas que conciben esta plataforma como herramienta de un diálogo adormecedor con las clases dominantes, y desesperación de los especialistas en gargarismos radicales, puestos al margen de los grandes combates, la vida ha demostrado una vez más la fertilidad revolucionaria —con una erre pero auténtica— de esta línea del movimiento obrero y popular.

La experiencia de las masas, claro está, no se inventa, y no siempre las vanguardias están en condiciones de promoverlas. Empero, toda la historia reciente de estas luchas patrióticas, democráticas y de clase, configura un ejemplo categórico de como la promoción de la experiencia obrera y popular es capaz de conducir, aun a las capas más atrasadas, a altos niveles, inclusive a "formas superiores" de lucha. Desde luego, ello exige una sensibilidad muy viva respecto a las necesidades de los trabajadores, a la vez que un sistema de relaciones con las masas mejorado constantemente; una idea táctica definida de las relaciones entre la ofensiva y la defensiva, y una visión multilateral, pero al día de los acontecimientos. Cientos de miles de obreros, empleados universitarios, intelectuales, jubilados y pensionistas, han luchado en los últimos años tras este programa; sus dirigentes supieron calibrar las formas organizativas y los métodos en correspondencia con el estado de ánimo de las masas y el grado de agudeza de las contradicciones sociales y políticas. En general, predominaron métodos legales sin atarse a ellos; las acciones de las masas alcanzaron muchas veces formas superiores sin caer en el aventurerismo ni arriesgar irresponsablemente la derrota. En un palabra: **un programa justo, formas de organización múltiples y eslabonadas, y la utilización de métodos adecuados según la tensión de la lucha y el ánimo de las masas, condujeron a nuevas victorias al movimiento obrero y popular, fortaleciendo en todos los sentidos por este duro pero flexible aprendizaje.**

Frente al reformista que se adecúa al marco ideológico y político burgués y que se justifica invocando el atraso de las masas, como a las charangas aburridoras del "blá-blá" revolucionario, los dirigentes del movimiento obrero y popular han sabido combinar —en plena coincidencia con nuestras ideas tácticas— la amplitud del movimiento con la profundidad. Ni han pretendido "politizar" abruptamente "sindicatos" para darles el gusto a los "pequeños burgueses frenéticos" (Lenin), que los agravian llamándolos "economistas", ni han restringido las posibilidades de maduración del movimiento, inclusive en las confrontaciones con la intentona gorila o en defensa de las relaciones con Cuba, cuando los mismos "extremistas" declaraban que era fatal el golpe de Estado o que carecía de importancia revolucionaria defender las relaciones con la Isla heroica.

Por el contrario, cuanto más alto era el nivel de la lucha contra las clases dominantes, más flexibles han sido sus métodos, justamente para llevar al combate

a masas más amplias. Inclusive cuando se definían, en junio del 64, los problemas de "democracia" o "dictadura regresiva", enarbolaron con firmeza las reivindicaciones económicas junto a las políticas, conscientes de ensanchar el campo de las masas cuyo "empuje" —justamente como lo enseña Lenin—, es "lo único que asegura la victoria de las "formas superiores de lucha" (5).

Camaradas:

A través de este proceso se han creado otras condiciones en el movimiento de masas y se han sentado premisas para una mejor correlación de las fuerzas. Estamos, pues, en una etapa nueva que proponemos definir como **una fase de lucha por dirigir a las grandes masas y promover el advenimiento de una nueva conciencia política, en particular, por la conquista ideológica y política de la mayoría de la clase obrera.**

Al plantear el problema de las masas, es útil definir este concepto político-social. Esta categoría —las masas— no se debe estimar estáticamente. Lenin la explica cuando comenta la lucha contra las corrientes oportunista e izquierdistas (6). En una etapa determinada del movimiento, ganar las masas significa lograr que todas las fuerzas de vanguardia, inclusive miembros y amigos del Partido, se definan por una orientación determinada. Para nosotros esa etapa transcurrió del XVI al XVII Congresos del Partido, llegando hasta la elección de 1958. Fue una demostración de la unidad esencial del Partido, de sus simpatizantes y de su aptitud para ganar influencia sobre nuevas y nacientes fuerzas del movimiento obrero.

En la etapa siguiente, la conquista de las masas se define como el esfuerzo por unir los caudales fundamentales de la izquierda, por acercar los cuadros de avanzada del movimiento obrero y popular a aquéllos que en varias instancias, conducen los sindicatos, el medio estudiantil e intelectual y las principales batallas democráticas y reivindicativas. Aunque restan problemas referentes a la unidad total de la izquierda, esta etapa se ha cumplido en lo sustancial. La gran tarea que ahora tenemos por adelante, ya esbozada por el XVIII Congreso y que éste ha heredado en un plano superior, apunta a la conquista de la mayoría de la clase obrera (7); a la conducción e influencia sobre las capas fundamentales del pueblo.

Ahora que el Partido ha crecido hasta ser la principal corriente del movimiento sindical y popular, y que se ha definido en la izquierda otra correlación con la vigorosa presencia del F. I. de L. y otros avances de la unidad, cuando hablamos de **masas** nos referimos precisamente a estos, en alcances y dimensión. Este es el cogollo de nuestra táctica.

Por ello debemos tener en cuenta que sin descuidar el reformismo (ideología dominante en el país), la incompreensión de la flexibilidad de nuestra táctica se puede perfilar como un peligro. Debemos superar todo resto de esquematismo, de doctrinarismo, o de dureza ante la frescura y los matices de la táctica.

Estamos contra toda forma de oportunismo, de derecha y de izquierda. Es-

(5) "... las formas superiores de lucha, que jamás y en parte alguna del mundo, tuvieron éxito sin el empuje directo de las masas"

V. I. Lenin, OBRAS, t 16, p. 25 y 26

(6) OBRAS, ed. cit., t. 32 p. 469.

(7) "Quien no comprenda que en Europa —donde casi todos los proletarios están organizados— debemos conquistar a la mayoría de la clase obrera, está perdido para el movimiento comunista, jamás aprenderá nada.. V. I. LENIN OBRAS, ed. cit. t. 32 p. 464

tamos contra aquellos que nos plantean la adecuación a las estructuras políticas del bipartidismo, contra los que reducen la labor de educación del movimiento obrero y temen la agudización de la lucha de clases; contra toda idea de gremialismo estrecho y prosternación ante las clases dominantes. Pero una táctica que se dirige a las masas, **a las grandes masas**, se basa fundamentalmente en la aptitud para conducir las y hacerse entender políticamente por ellas. Lenin habla de ese momento de la política en que se cuenta por millones. Nosotros diríamos por muchos miles, según las medidas uruguayas.

Desde este punto de vista, nuestra táctica se atiene a los objetivos estratégicos; pero parte de la construcción real, inmediata, concreta, de la fuerza social de la revolución.

Vivimos un instante que nos obliga a evocar otra vez a Lenin: **"masas que el desarrollo de los acontecimientos empuja objetivamente hacia nosotros, pero nos temen"** (8). Sí, son cientos de miles de obreros, empleados, intelectuales, jubilados, campesinos y pequeños burgueses, empujados objetivamente hacia nosotros por la crisis, por el fracaso de los viejos partidos y por nuestra acertada política, inclusive que están combatiendo por soluciones patrióticas y democráticas que nosotros hemos promovido, pero que todavía son contenidos por dudas, tradiciones y prejuicios.

Nuestra gran tarea actual es ayudarlos a saltar esos muros, a encontrarse a sí mismos, uniendo su militancia social y política (en la acepción más amplia del vocablo) con su conducta partidista e ideológica.

Nuestra táctica debe dirigirse, pues, a facilitar ese pasaje y no ayudar al enemigo (por la fraseología barata y las actitudes insensatas) a empantanar en sus vacilaciones a vastos sectores del pueblo. El prestigio de nuestros cuadros es muy amplio: por nuestra acción sindical, parlamentaria y de masas; por la firmeza de los comunistas y de nuestros aliados del F.I. de L., en la defensa del pueblo y del país. Por ello decenas de miles de hombres del pueblo miran hacia nosotros; pero esto no alcanza, es menester que crucen una frontera ideológica y política, o simplemente la zanja que la prédica mentirosa del enemigo ha ido excavando.

En el momento actual, **aquello que facilite y apresure ese pasaje es revolucionario**; lo que retrase es objetivamente un regalo a la reacción, un factor de alejamiento de la hora revolucionaria.

7. El bipartidismo: una traba y un peligro para la evolución democrática

Hemos estado exhibiendo a grandes trazos la dialéctica interna de la situación uruguaya.

La libre expresión de la lucha social y nacional, el enfrentamiento de las clases y capas sociales progresivas y patrióticas con los sectores regresivos y proimperialistas, están trabados por una superestructura caduca, el bipartidismo tradicional.

Como se sabe, la legislación que hoy sostiene esta armazón artificiosa —luego constitucionalizada— fue planeada en su tiempo por las alas de ambos parti-

(8) V I LENIN, ACERCA DE LA UNIDAD DEL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL. Ed Progreso, Moscú, 1966, p. 269.

dos que apoyaban la dictadura de Terra, para prohibir el frente popular. Con el tiempo, el bipartidismo se adecuó como superestructura política al desarrollo capitalista deforme, pasando a expresar el entrelazamiento de la gran burguesía financiera, comercial e industrial y los grandes terratenientes aburguesados, con vistas a absorber o enmarcar las contradicciones en el seno de las clases dominantes y a mantener una línea de política interior que oscila entre la entrega y la conciliación con el imperialismo norteamericano. Así las contradicciones derivadas de los intereses de la burguesía nacional industrial o rural, o de amplias capas de la pequeño-burguesía, lesionadas por la oligarquía y los imperialistas, son encauzadas políticamente o enmarcadas por esta conformación bipartidista.

Sin embargo, esta armazón político-legal entra cada vez más en conflicto con la nueva realidad estremecida por la crisis. Justamente, las dos polarizaciones económicas y sociales en torno a las cuales gira el drama uruguayo —la crisis de estructura y la profundización de la lucha patriótica y de clases— la están cuestionando agudamente.

A ello se alude, ante todo, cuando se habla de la crisis de los partidos tradicionales que, por ese margen de azar implícito en el curso de la historia, se acentúa eventualmente debido a la desaparición de sus principales caudillos.

Esa crisis —reflejo de la otra, económica y social— reaccúa sobre la base que la genera, y se vuelve un factor de agravación de todas las contradicciones. A contrapelo con las exigencias del desarrollo económico, e inepto para promover un cambio político de alcance, que le reclamaría apoyarse de un modo duradero en el movimiento obrero y popular, el bipartidismo marcha inexorablemente hacia la crisis política.

Sobre este terreno crece como un hongo venenoso la conspiración golpista o se procura amañar soluciones constitucionales antidemocráticas.

Ninguna de estas fórmulas —regresivas y antipopulares— podrán detener la marcha ineluctable de la crisis de estructura y el despeñadero económico y financiero. Pero el peligro existe y ya en dos ocasiones, bajo este gobierno, se buscó concretarlo.

La amenaza se nutre —pese a todo lo dicho— más de causas externas que internas. Entramos en los planes continentales del imperialismo yanqui, con su gorilismo metódico, que edifica el aparato golpista como un arma inmediata o potencial mientras proclama —indecente y cínico— el “derecho de intervención” de nuestras patrias, ejercido por sus tropas agresoras o por interpósita persona, los Onganía y Costa e Silva de turno.

Así han montado una maquinaria policial y militar que responde al Pentágono, a la CIA y al FBI —y que actúa coordinadamente dentro de las fuerzas armadas y los servicios de inteligencia—, servicios éstos que infiltran, entrenan y controlan al margen de la Constitución uruguaya y, en general, hasta de las disposiciones ministeriales. De este modo, arman un poder oculto, en acecho, que registra la filiación ideológica de todos los ciudadanos, y que se agranda por la frivolidad y cobardía política de hombres de las viejas estructuras partidistas, muchos de ellos víctimas potenciales de las represiones del mañana, como lo ilustran hasta el hartazgo los ejemplos de Brasil, Argentina y otros martirizados pueblos latinoamericanos.

La campaña sistemática efectuada en la prensa de los EE.UU. respecto a Uruguay, insiste en la consabida fórmula de que existe “demasiada democra-

cia", de que el movimiento sindical es poderoso, de que el Partido Comunista es combativo y "se hace oír" (9).

Pese a este manejo pérfido y a sus planes conspirativos de largo alcance, el gorilismo es, en nuestro país, intrínsecamente débil. Por un lado, choca con el categórico repudio popular y la denuncia militante de los trabajadores; por otro, tropieza con las tradiciones democráticas de buena parte de las fuerzas armadas. Bastaría la actitud firme de un gobierno dispuesto a defender las instituciones para que fuera erradicado de las zonas en donde nutre su peligrosidad.

Sin embargo, la conducta gubernamental acrecienta el riesgo y sería suicida subestimarla. La lucha por las libertades democráticas debe vincularse estrechamente a todas las acciones sociales y políticas de la clase obrera y el pueblo. Sólo la vigilancia alerta del movimiento popular y su disposición de combatir enérgicamente las intenciones golpistas, podrán salvar a nuestro país de una hora de sombría regresión.

El imperialismo yanqui estimula la conspiración gorila y la mantiene como un arma amartillada de coacción sobre ciertos gobernantes, pero teme a nuestro pueblo; por lo tanto, presiona simultáneamente sobre los dirigentes blancos y colorados —aunque en particular sobre los políticos de la gran burguesía conciliadora— con el propósito de imponerse a menor costo.

Dicho de otra manera: patrocina el entendimiento entre los distintos grupos de las clases dominantes con miras a una "salida antidemocrática". La elaboración de un acuerdo para reformar la Constitución equivale a este programa de cercenamiento de las libertades y derechos, de restricción vertical de la democracia.

Con indignación patriótica, nuestro pueblo se enteró de la ingerencia abierta de Mr. Hoyt, embajador de EE.UU. en favor de ese pacto.

El pacto reformista sirve a los gobernantes como un herramienta de confusión y como una forma de debilitar el impacto opositor en plena campaña electoral. Esto desde el punto de vista táctico, ya que desde el ángulo de interés de clase, esa reforma les significa mucho más: concreta el programa antidemocrático que el pueblo más de una vez derrotó.

Otra debiera ser la conducta del Partido Colorado; sin embargo, tanto el pacto como su proyecto particular de reforma han descarnado sus más íntimas contradicciones. Estas reflejan la actual composición de clase que amalgama capas de grandes ganaderos y burguesía entreguista con la alta burguesía conciliadora de influencia primordial en la lista "15". Históricamente, el batllismo alistó en sus filas a la burguesía nacional y a capas importantes de la pequeño burguesía urbana.

Esta composición social lo incapacita para sostener un programa de independencia nacional y cambios económicos democráticos.

Su conducta en materia de política exterior se resume en la línea clásica de la gran burguesía conciliadora: con el "corazón en Washington aun teniendo el bolsillo en Montevideo".

De ahí nace su blandura frente a este gobierno.

Tironeando entre los grupos entreguistas y reaccionarios y las tendencias democráticas de la burguesía media y la pequeño burguesía, oscila de continuo; pero esa oscilación lo aleja de las metas de avance transformador.

(9) Artículos del NEW YORK TIMES, del WASHINGTON EVENING STAR y otros.

La política gubernamental que golpea a los trabajadores, perjudica también a los industriales medios y a los pequeños y medianos capitalistas de la ciudad y el campo que tradicionalmente dieron su apoyo al batllismo. Sin embargo, entre combatir enérgicamente a este gobierno o aliarse con él, los dirigentes batllistas resbalan hacia esta última posición.

Poseen una conciencia de que un golpe regresivo o gorila, los aventaría del escenario político, como ocurriera con Kubischek y otros en Brasil, o con los radicales argentinos, pero temen apelar al pueblo y permiten pasivamente nuevos avances de la conspiración.

Todos estos factores están condicionando el abrazo actual de los dirigentes batllistas con el gobierno, sobre la base de uno o más proyectos reaccionarios de reforma constitucional.

Ellos exhiben también la claudicación de las alas de "izquierda" de esos partidos: la alianza del sector Michelini con el ex-riverismo, la derecha colorada y el Gral. Gestido y su intervención activa en el pacto, ilustran acabadamente acerca de hasta dónde la conformación de los partidos tradicionales es ahora, no sólo una traba, sino además, un peligro para la evolución democrática del país.

8. Impedir cualquier intento de golpe de estado y derrotar la reforma pactista

Es posible distinguir dos líneas principales dentro de las clases dominantes: una, de los grupos más regresivos y aventureros que desearían precipitar nuestro país en el abismo de una dictadura abierta; otra, predominante hoy en las direcciones de los viejos partidos, que procura adecuar la estructura constitucional a las condiciones de ascenso del movimiento obrero-popular, con vistas a cerrarle el paso por la restricción de libertades e instituciones democráticas.

No debemos confundir ambas tendencias, però tampoco perder de vista que la segunda facilita la primera y puede ser su prólogo. Por ello, la repulsa actual al pacto liberticida de paso arma al pueblo contra la intentona golpista.

Ambas tareas —enfrentar la amenaza golpista o gorila y derrotar en las elecciones próximas la reforma reaccionaria— son objetivos actuales para todo el movimiento.

Sólo a través de una poderosa acción de las masas se logrará la victoria. Las declaraciones que el conjunto de los sindicatos han ido votando —en reiteración de su consigna: "soluciones sí, golpes no!"— deben ser llevadas en profundidad a todo el pueblo. Es necesario arraigar en la conciencia de las masas la necesidad de una réplica inmediata a toda pretensión golpista.

Dueño de una comprensión clara, el pueblo será invencible; salvará a la patria de la tiranía y será firme sostén para todos aquellos que estén dispuestos a ofrendar su vida en defensa de la libertad.

En marzo del '64 escribíamos: "La lucha actual por las libertades democráticas... por frustrar, aislar y aplastar las tentativas de golpes reaccionarios, ensanchar y vigoriza la acción popular y prepara, inclusive, condiciones para derrotarlos en otros terrenos si ellos imponen al pueblo la violencia regresiva".

Y agregábamos: "La batalla entre la reacción y el imperialismo por un lado, y el pueblo por otro (oscurecida y entreverada por el carácter heterogéneo de los partidos tradicionales que no permite delimitar nítidamente los bandos) **se gana o se pierde por cada bando**, de acuerdo a la actitud de las grandes masas. Es indudable que a la **violencia desatada de la reacción (al golpe o al alzamiento gorila)**

el pueblo deberá reponder con todas las armas, inclusive con las variadas formas de la violencia popular. Pero la cuestión del uso de la violencia no es para el marxismo-leninismo un problema en sí, es un derivado de la cuestión político-social”.

“...Lenin decía con razón que la clase obrera debe saber utilizar todas las formas o aspectos, sin la mínima excepción, de las actividad social... debe estar preparada para sustituir una forma por otra, del modo más rápido e inesperado”.

La experiencia de junio del 64 y octubre-diciembre de 1965, han demostrado el acierto de esta afirmación.

Potencialmente, el campo de las fuerzas que por muchas razones se oponen a una intentona golpista es el más amplio que existe en el país; pero la suerte de la lucha y la victoria dependerán siempre de la **iniciativa y combatividad de la clase obrera y de la disposición de los mejores del pueblo de vencer o morir, en defensa de la democracia y la libertad.** En esa decisión se insertará la capacidad de las fuerzas de vanguardia seriamente dispuestas a derrotar al enemigo.

La acción de las masas puede frustrar los planes del enemigo, e inclusive, transformarse en una contraofensiva del movimiento patriótico, democrático y obrero si es menester cruzar por las horas críticas.

La acción popular —señalando los caminos de la salvación nacional— puede enfrentar y aislar a los golpistas y reaccionarios, y abrir paso a un poderoso movimiento antimperialista y democrático, acrecentar el poderío de las fuerzas de avance, el F. I. de L., el Partido Comunista y otras, y modificar radicalmente la actual correlación de los factores políticos.

Lenin destaca que “...a veces se dan condiciones históricas en que las instituciones que falsean la constitución atizan la lucha por una verdadera constitución y son una etapa en el desarrollo de nuevas crisis revolucionarias” (10).

Los proyectos bipartidistas de reforma han vuelto más compleja la situación política, al facilitar el juego de las fracciones más regresivas y aumentar los peligros.

Nos obligan a una doble tarea que enreda ciertas líneas y que hubiera sido preferible enfocar separadamente. Nos referimos a la perentoria necesidad de aislar toda intentona golpista reaccionaria y a la necesidad, también perentoria, de derrotar la reforma constitucional regresiva de las elecciones próximas.

De cierta manera, ambos objetivos se refunden en uno solo: **lograr que el pueblo tenga conciencia de la indispensable lucha por la democracia y la soberanía nacional.**

Las dos batallas nos reclaman ir a las masas a fin de que éstas sellen el acto electoral con su voluntad democrática y sus anhelos de cambios. **Una gran responsabilidad reposa sobre la clase obrera y sus organizaciones. Ellas poseen ya poderes de decisión en esta lucha.**

La Asamblea Nacional de Sindicatos denunció el pacto regresivo y los peligros de golpe. Más de 200 sindicatos han resuelto enfrentar en la elección a las clases dominantes; no sólo denunciando sus proyectos, sino también, postulando la Reforma Popular. La cuestión consiste en que estas decisiones calen en las grandes masas.

El plebiscito por la Reforma Popular no choca con la lucha de todas las fuerzas sindicales y populares unidas contra el pacto regresivo. Por el contrario,

(10) LENIN OBRAS, ed. cit., t. 15, p. 256.

se integra en ella, planteándose objetivos mayores, no sólo negativos, sino positivos, la plebiscitación de su programa.

Nos otorga así una poderosa herramienta política para disputarle el campo a la reacción.

La elección es así, por múltiples vías, una gran batalla que librará el conjunto de la clase obrera y el pueblo contra la reacción, en lucha por sus propios objetivos de clase, por el programa que elaboró, por la solución de sus acuciantes problemas. Es una batalla por la derrota del gobierno y contra el pacto bipartidista. Deberá señalar un gran progreso electoral de la izquierda, ante todo del Frente Izquierda de Liberación, y un nuevo pronunciamiento a favor de la unidad sin exclusiones de todas las fuerzas avanzadas.

Por desgracia, todavía —hasta la hora de pronunciar este informe— no hemos podido concretar totalmente esa unidad. Desde su convocatoria la Mesa por la Unidad del Pueblo consideró que uno de sus objetivos inmediatos era la concreción de una forma electoral unitaria en 1966. Se tropezó con dificultades, entre ellas la decisión del Partido Socialista que invoca la necesidad de conservar su lema electoral ante la extensión del derecho de uso de ese lema también al Movimiento Socialista.

El Partido Socialista y el Movimiento Socialista ya anunciaron su propósito de concurrir al acto electoral exclusivamente bajo su propio lema. Es decir, que sólo admiten el entendimiento si éste se lleva a cabo bajo su lema particular.

El Frente Izquierda ha procurado consecuentemente hallar fórmulas de unidad. Ofreció primero la utilización de su lema a toda la izquierda, sin que ello significara la condición de ingresar a sus filas. Pensaba con razón, que un lema de Frente servía con más propiedad y amplitud a la misión de congregar a hombres de distintas filiaciones ideológicas y políticas que una denominación estrictamente partidaria. Admitió, sin embargo, que se buscaran otros caminos. Y todavía hoy, en contacto con personalidades del movimiento sindical y popular, trabaja con empeño hasta agotar las posibilidades del acuerdo con miras a la próxima elección.

El pacto antipopular ha timbrado dramáticamente esta elección al introducir en ella una amenaza cierta para las libertades democráticas. Pero esto puede volverse contra sus autores y provocar un importante desplazamiento electoral hacia la izquierda.

Ese desplazamiento se logrará si somos capaces de salir al paso a la campaña engañosa que ya se lanza con el fin de polarizar las elecciones entre los partidos tradicionales y cada uno de sus grupos. Primero, si damos a los trabajadores y amplios sectores populares la conciencia de que la unidad efectiva en el plano gremial debe traducirse también al plano político y que esto significa su intervención decisiva en los acontecimientos del futuro inmediato. O sea, darles una perspectiva acerca de su papel en la elección como continuidad de todas las luchas y un jalón más hacia las que vendrán.

Desde este ángulo, la campaña electoral se deberá definir primordialmente en las fábricas y centros obreros. Y en segundo término, en los empleados, universitarios, intelectuales, estudiantes, en la masa de jubilados, en los trabajadores del Interior.

El nexo cultural de sus luchas con la elección lo otorga el programa. Nuestro programa electoral coincide con la plataforma del Congreso del Pueblo, de la Convención Nacional de Trabajadores y el movimiento popular en general.

Solo la izquierda sostiene este programa y a su servicio pone el F I de L todas sus energías.

Lograremos así derrotar la reacción gubernamental y las reformas regresivas, obtener una gran votación por la Reforma Popular y un avance significativo del F I de L en el marco de una izquierda ampliada y unificada.

9. Algunos problemas teóricos, estratégicos y tácticos.

El avance que se ha producido en el desarrollo social y político, nos ha exigido una faena regular de elaboración teórica y táctica.

Muchas de nuestras concepciones se han generalizado en el conjunto del movimiento obrero y popular. Inclusive partidos o grupos que todavía nos atacan muestran en su pensamiento huellas positivas dejadas por la frecuentación de nuestras tesis.

Hemos avanzado combatiendo. La lucha ideológica fue muchas veces un factor en las definiciones políticas, o en el encauzamiento hacia fases más altas de la lucha social.

Si nos detuviéramos a contemplar la ruta transcurrida, podríamos comprobar cuántas opiniones —arraigadas o de moda— acerca de la revolución socialista, latinoamericana y uruguaya, se marchitaron. Y, en cambio, como proliferaron nuestras tesis, confirmadas sin levante por la vida.

Vencimos, incluso, las dificultades suplementarias que a todos los partidos nos crearon los hechos de división del movimiento comunista internacional, con su secuela de ideas y métodos erróneos, a que se aferran todavía los compañeros chinos y albaneses.

No queremos decir que un éxito o una derrota puedan ser pruebas definitivas del acierto o del error teórico y político. No somos pragmatistas. Sin embargo, la práctica —en la acepción más universal del concepto— es el criterio de la verdad. Y, en última instancia, cuando nos manejamos con realidades de todo un período, ellas sí testimonian acerca de la concepción teórica y de la óptica política empleadas. La unidad y el desarrollo de nuestro Partido, forjados en la fértil elaboración interna y en la relación de masas, son la más alta verificación de nuestra línea.

Cuando hablamos de la lucha ideológica nos estamos refiriendo no sólo a la contrastación de las ideas, sino también a los métodos.

Las pugnas ideológicas, con sus derivaciones políticas, reflejan la dialéctica social. A veces, son contradicciones entre clases y capas sociales llamadas a unirse contra el imperialismo y la oligarquía; otras, son antagonismos irreductibles entre los campos de la revolución y la contrarrevolución. Los métodos a usar en cada uno de estos casos son claramente distintos y opuestos. En una situación nos hallamos entre aliados potenciales, en otra, frente a un enemigo irreconocible al que deseamos destruir.

Queremos referirnos sólo al primer caso.

En verdad, junto a la implacable lucha ideológica contra el imperialismo y la reacción, se desenvuelve otra, que se refiere a los caminos de la revolución, a la concepción teórica y a la metodología de las fuerzas sociales llamadas por la historia, a unirse en un cauce liberador común.

El método para enfocar estas contradicciones fue definido por Marx en sus opiniones acerca de las revoluciones europeas del siglo XIX y por Lenin en su ge-

nial obra "Dos tácticas..", entre otras. Habitualmente se lo denomina de "unidad y lucha" Alude en esta categoría también a los enfrentamientos de carácter social; aunque nosotros aquí nos estamos refiriendo a aquéllos de índole ideológica.

Cuando las contradicciones corresponden a diferencias entre la clase obrera y otras fuerzas sociales potencialmente aliadas, deben encauzarse de manera que sirvan a la unidad. Si no se procede así, si se la destruye, si se impide la acción común o se dificulta el agrupamiento estratégico de todo el movimiento, se puede servir objetivamente al enemigo. Tanto más graves pueden ser las consecuencias si en vez de afectar la actividad de un campo de fuerzas aliadas, se resiente; se hiere o se destruye la unidad de partidos que poseen un ideal revolucionario común, el marxismo-leninismo, o de todo un movimiento cuya suerte define el curso de una época, tal el movimiento comunista internacional.

En ambas situaciones (tanto en las cuestiones referentes a la lucha nacional y latinoamericanas, como a aquellas tan serias que inciden en la unidad del movimiento comunista internacional) nuestro Partido procuró actuar con un método correcto, sin enturbiar por ello, la pureza de sus concepciones ideológicas y tácticas.

Este método se puede reconocer en algunos rasgos principales:

- a) tenderá a desenvolver la unidad de acción de las fuerzas revolucionarias.
- b) sin soslayar la pugna ideológica ni resbalar al eclecticismo procurará encauzar los planteamientos hacia la faena diaria de forjar la unidad.
- c) tratará de crear relaciones limpias, y evitará por lo tanto, las asperezas de lenguaje, la exacerbación polémica y las intemperancias,
- d) se basará en el respeto mutuo y en la igualdad de tratamiento.

Cuando se trate de aliados, el carácter de vanguardia de la clase obrera y nuestro Partido, debe de surgir de la vida y no de un "status" que establezca la hegemonía. Cuando se refiere a relaciones entre partidos comunistas y obreros, este método responde a nuestra fraternidad de principios, el internacionalismo.

En el plano nacional, esta nuestra manera de actuar, ha coadyuvado a la unificación del movimiento obrero y popular, a mejorar las relaciones en la izquierda, a elevar el prestigio del Partido. En el plano internacional contribuimos en nuestra medida, al empeño común por la unidad del movimiento comunista internacional y de los sectores antimperialistas de América Latina.

El XVIII Congreso llamó nuestra atención sobre tres cuestiones relacionadas: una de índole estratégica (**el frente de liberación**) y dos de carácter táctico: establecer la etapa y definir los **métodos y las formas de lucha**. Acerca del frente de liberación no cabe efectuar muchas puntualizaciones más allá de lo ya dicho por nuestros documentos; empero, es necesario insistir acerca del carácter de la etapa y en cierto sentido, respecto a las formas de lucha.

El XVIII Congreso caracterizó la etapa revolucionaria uruguaya como de **"acumulación de fuerzas"**, o sea de construcción de la herramienta social de la revolución a través de la lucha de las masas populares y la elevación de su conciencia política e ideológica.

En estos últimos cuatro años, los procesos característicos de una tal etapa recibieron —lo hemos visto— un impulso poderoso. Y si bien esta fase no ha concluido, ni mucho menos se han agotado las tareas que a ella corresponden, sí se puede afirmar que el movimiento social transita en su conjunto, en medio de desniveles y atrasos, hacia escalones más altos.

Jamás concebimos la etapa de acumulación de fuerzas como un prolongado período "pacífico", de ritmo obligatoriamente lento. Por el contrario, la conmovida situación del continente y la agudeza de los procesos mundiales, conjugándose con nuestras realidades, tienden a introducir factores críticos, que pueden actuar como aceleradores del desarrollo social. Hablando de los períodos de "acumulación de fuerzas" recordábamos ya entonces —en el XVIII Congreso— que ellos pueden precipitarse, de un modo increíble en épocas normales, al influjo de la agudización de las luchas, o retrasarse por errores sectarios u oportunistas, o por falta de decisión o perspectivas de las fuerzas revolucionarias.

Por otra parte, nunca imaginamos que nuestro país y América Latina —cuyos destinos en buena parte son inseparables— pudieran esperar un recorrido idílico de su revolución. Pensamos por consecuencia, las cuestiones referentes a las vías de la revolución, según la correlación dialéctica que, como Lenin nos enseña, existe entre las formas "superiores" e "inferiores" de la lucha y acerca de lo cual tanto se ha escrito. Proclamamos —en glosa de conocidas palabras de los maestros del marxismo-leninismo— que preferimos para nuestro país el camino menos doloroso para la revolución; pero hemos dicho siempre que no se debe olvidar y menos oscurecer, que pertenecemos a una América Latina dominada ferozmente por el imperialismo yanqui, empresario del intervencionismo y gendarme mundial, y que una larga huella de sangre señala su paso monstruoso por nuestro continente, en alianza con oligarquías antinacionales y feroces tiranías. Preveíamos que el curso revolucionario continental —que en cierto modo nos engloba a todos— sería duro, difícil y en general sangriento. La clase obrera y el movimiento liberador deberán estar preparados para afrontar grandes pruebas en el cumplimiento de su destino histórico de redimir a nuestras patrias de la dominación imperialista y a nuestros pueblos de la opresión social y nacional.

Los acontecimientos se han encargado de acentuar dramáticamente estas previsiones, subrayadas en cuanto a nuestro país, por su ubicación geográfica y la proclamada disposición intervencionista de los imperialistas y las dictaduras que les sirven.

¡Cómo no tener en cuenta todo ello, cuando se trata de estimar nuestras directivas tácticas y nuestras previsiones de futuro!

Ante el movimiento liberador uruguayo se marca una gran responsabilidad: el saber unir a todo el pueblo en salvaguardia de la soberanía y de nuestro derecho —autodeterminado— a la libertad, y el ser aptos para combatir dura pero firmemente en todos los campos donde la contienda pueda entablarse.

* * * * *

ES PRECISO DISTINGUIR LOS PROCESOS QUE SOCAVAN LAS BASES DE LA ACTUAL SOCIEDAD

Lenin en su "Carlos Marx" (11) resume en cuatro puntos las directrices tácticas del marxismo, es decir, del proletariado y su partido:

1) La táctica reclama siempre un enfoque concreto, la consideración objetiva del conjunto de las relaciones mutuas de todas las clases, sin excepciones, el

(1) OBRAS, ed. cit., t. 21, p. 70 y 71

grado de desarrollo de cada sociedad y las relaciones mutuas con otras sociedades;

2) Este enfoque debe ser dinámico, mirar no solo al pasado y al presente, sino también al futuro;

3) No debe ser el enfoque de los evolucionistas que solamente ven los cambios lentos; debe ser dialéctico: en los grandes procesos del desarrollo histórico, veinte años equivalen a un día, pero hay días que condensan esos veinte años;

4) Debe tener en cuenta. esa "dialéctica objetivamente inevitable de la historia humana"; por una parte, "aprovechando las épocas de estancamiento político" o de desarrollo "a paso de tortuga" llamado "pacífico", "para elevar la conciencia, la fuerza y la capacidad combativa de la clase de avanzada, y por otra parte, encauzando toda esta labor de aprovechamiento hacia el "objetivo final" del movimiento de dicha clase, capacitándola para resolver prácticamente las grandes tareas de los grandes días "en que están corporizados 20 años".

Estos supuestos teóricos y metodológicos son de gran utilidad para la determinación de la línea política.

Siguiendo estas ideas de Marx, hemos procurado distinguir los rasgos de la situación concreta que vive nuestro país a fin de establecer tareas y consignas adecuadas; objetivos políticos posibles, que sirvieran para vincularnos a las masas y conducir las a la lucha. Y lo hicimos mirando no sólo el "presente", sino "el porvenir".

Dicho de otra manera: realísticamente supimos distinguir que Uruguay vive en un "período de acumulación de fuerzas" y aún no en una "situación revolucionaria"; que la correlación favorece todavía a las clases dominantes, tanto más en un país pequeño con un enclave geográfico como el nuestro; país que, por otra parte, posee peculiaridades marcadas dentro de la América Latina: la más notoria, su tradición institucional democrática y ciertas concepciones intelectuales e ideológicas que se fueron matizando a lo largo de este siglo. En consecuencia, la directriz táctica exige ceñirse a esta realidad y construir con firmeza pero con sensatez la fuerza social de la revolución uruguaya.

Pero, éste fue el pasado y es todavía, en buena parte, el presente de nuestro país; sin embargo, los contornos del futuro ya asoman como reflejo de los procesos objetivos y de nuestro trabajo. Y es esencial advertir este futuro; distinguir los procesos que socavan las bases de la actual sociedad burguesa-latifundista, apreciar con satisfacción y optimismo el avance **acumulativo** de la experiencia de las masas, y el vigor creciente de la clase obrera y su vanguardia, los resultados del trabajo revolucionario concreto, real y no palabrero, en fin, la faena del "viejo topo de la historia" (Marx).

Esto, camaradas, es lo que se denomina tener perspectivas revolucionarias.

Y, justamente, la ausencia de esa perspectiva extravía a oportunistas e infantistas. Esta gente no ve que se aprovechan estas condiciones para acumular fuerzas, sin pensar en una marcha inalterable y obligatoriamente prolongada, sino en la preparación del cambio cualitativo, del salto revolucionario. Con Marx decimos: nuestro enfoque no es el de los evolucionistas, es dialéctico; preparamos el día que sintetizará 20 años y nos preparamos para asegurar —en toda circunstancia— su advenimiento. El papel de la vanguardia revolucionaria se inserta no sólo en una fase preparatoria del desarrollo social, actúa para acelerarlo, aun para precipitarlo, en circunstancias propicias.

La práctica del movimiento obrero y popular uruguayo es ilustrativa en

algunos aspectos acerca de esta fundamentación teórica de nuestra táctica.

a) Partimos siempre rigurosamente de la realidad objetiva, pero los procesos revolucionarios pueden y deben acelerarse por el activo papel de la vanguardia, es decir, por la promoción sistemática y audaz de la experiencia de las masas.

b) Los acontecimientos de junio del 64 y otros, pusieron a pruebas estas ideas directrices; nos exigieron responder en el accionar político acerca de la relación existente entre los períodos de "acumulación de fuerzas" y de utilización de **formas superiores**, incluida la lucha armada (12). Y en cierto modo, acerca de la relación existente entre los períodos de "acumulación de fuerzas" y las "situaciones revolucionarias". Como se sabe, a pesar de no existir una situación revolucionaria en el país, el movimiento obrero y popular, llamó en junio de 1964, a enfrentar el golpe gorila por todos los medios. Partió de la base de que en aquella circunstancia éste hería los sentimientos de la mayoría de la población y tropezaba en su camino con miles de trabajadores activamente movilizados. En tales condiciones, entre otras, el golpe represivo podía actuar como un coagulador de la crisis política, como un precipitante de una nueva fase social. La lucha del pueblo en defensa de sus libertades y derechos es inicialmente mucho más amplia en cuanto a las alineaciones de las clases en presencia y al grado de conciencia ya existente en las masas, que en las condiciones a darse en una situación revolucionaria. El problema es siempre primordialmente político; la iniciativa de la violencia por la reacción no faculta por sí sola a la adopción de tal o cuál método, a la práctica inmediata de tal o cual vía de acción. Depende, en primer término, del ánimo de las masas, el que según todo lo dicho, puede ser también función de la iniciativa combativa de la vanguardia, de su preparación, voluntad y aptitud para arrastrar al pueblo tras de sí. La respuesta nunca debe separarse de la consideración del papel de las masas, pero debe englobar obligatoriamente las posibilidades de luchar en todos los terrenos a que nos lleve el enemigo. El caso dominicano es aleccionador.

Por otra parte, la vida —siempre más rica según Goethe y Lenin que la mejor teoría— ejemplifica con muchas situaciones de otros países, en los cuales se han originado casos históricamente peculiares; en donde no han coincidido en el tiempo, los momentos de pasaje a las formas más elevadas de lucha, entre ellas, la acción armada de tipo guerrillero, con la maduración plena de situaciones revolucionarias. En casos notorios —Cuba y Argelia, principalmente— ello ha conducido a grandes triunfos. En nuestro continente se libran otras luchas heroicas que no han seguido un canon clásico; por ejemplo, en Colombia, Guatemala, Venezuela, etc. con una brillante participación de nuestros queridos partidos comunistas hermanos.

Sobre todas estas cuestiones, más otras que promueve la realidad de un continente en ebullición, las determinaciones sólo pueden corresponder de una manera concreta a las fuerzas revolucionarias de cada país, que tomarán en cuenta, sin duda, el conjunto de los factores nacionales e internacionales.

c) El tema de la relación dialéctica entre períodos de acumulación y fases más altas de la lucha, se promueve también en cuanto a otras posibilidades, por ejemplo, la aceleración, en otros terrenos, de la actividad social, de la conciencia política: cuando 200 sindicatos lanzan la idea de la Reforma Popular también procuran, esta vez en el plano de la acción legal, encontrar un precipitador del

(12) Ver análisis de los acontecimientos de junio de 1964 en ESTUDIOS No. 30, p. 1 y siguientes.

curso político, o sea, promover, a partir de premisas objetivas ya maduras, un cambio en la conciencia política de los trabajadores.

Los casos referidos confirman la concepción teórica que es la raíz de nuestra línea táctica: una visión dialéctica del desarrollo y una comprensión del papel dinámico de la vanguardia en el curso revolucionario.

* * * * *

Camaradas:

Durante todo este período enriquecimos el acervo de nuestro Partido con valiosas contribuciones recogidas al estudiar la labor teórica y práctica de los partidos hermanos y, en particular, la experiencia histórica del Partido de Lenin.

Buscamos trazar una línea justa, sin oportunismos ni aventurerismos. Procuramos recoger toda la gama de experiencias y formas de lucha que aporta la marcha revolucionaria del continente. Estudiamos atentamente las originales enseñanzas cubanas y seguimos de cerca las contribuciones tan fértiles de los partidos comunistas que luchan hoy en todos los países. Inclusive, miramos sin preconceptos la acción de los movimientos antimperialistas de América Latina, ya que procuramos la fraternidad y no la división de todos los patriotas y combatientes revolucionarios.

El continente hoy ofrece la más rica variedad de formas de lucha y de experiencias de combate. De todos ellos puede y debe aprender nuestro Partido.

No oponemos nuestra experiencia a otras. Recordamos el método de Lenin. Este señala que todos los países hacen su contribución al acervo común (13), aunque en cada país —por ejemplo, en el nuestro— pueda haber tal o cual insuficiencia. Estos “exclusivismos” —para repetir puntualmente la expresión del genial jefe revolucionario— pueden obedecer y muchas veces así ocurre, al peculiar desenvolvimiento histórico de cada país. Marx, en su tiempo, aconsejaba a unos partidos ir a los sindicatos para lograr la fusión del movimiento obrero y el socialismo, a otros acentuar los elementos teóricos y tácticos revolucionarios —cuando habían construido amplios sindicatos, cooperativas, etc. Esta experiencia colectiva será la tierra nutricia de nuevos y grandes triunfos.

ES REVOLUCIONARIO TODO LO QUE FAVOREZCA EL AVANCE DE LA REVOLUCION

La justa táctica del Partido —compartida en lo sustancial por el F.I. de L. y la inmensa mayoría de las direcciones del movimiento sindical y popular— enfrenta argumentos a veces derechistas, otras ultraizquierdistas.

La más importante de las concepciones derechistas postula la “renovación por dentro de los partidos tradicionales”, la adecuación de nuestra línea al bipartidismo. No somos indiferentes a los matices políticos; no colocamos en la misma bolsa a los hombres de la gran burguesía conciliadora, la burguesía nacional y los terratenientes, o simplemente el gran capital conectado al imperialismo. Y menos cuando se trata de la política concreta. Lenin decía gráficamente que

(13) OBRAS, ed. cit., t. 15, p. 177.

en política no son lo mismo Lloyd George que Churchill (14), el problema es saber distinguir a tiempo y utilizar esos matices en beneficio del movimiento obrero y popular. Otra cosa diferente es perder de vista nuestra concepción estratégica, o la directriz táctica de más largo alcance.

Como imagen invertida del estrechamiento del cuadro electoral, se manifiestan en ciertos grupos corrientes infantistas, ya clásicamente condenadas por el marxismo-leninismo. En sus manifestaciones principales, coinciden con las más viejas ideas de anarquistas o semianarquistas, sean o no planteadas por éstos. He aquí algunos de estos brotes: menosprecio por la elección, a pretexto de que no significa la revolución y valoración sectaria de la táctica parlamentaria, de los métodos de acción legal, de la defensa de la democracia burguesa frente a la reacción; verbalismo e incapacidad para comunicarse con las grandes masas que facilita el engaño de las clases dominantes; obsesiva campaña contra el Partido tergiversando calumniosamente nuestra táctica.

Esta batalla electoral no es una posibilidad de toma del poder "por vía pacífica", hipótesis ésta que, por otra parte, nadie maneja. Es, pues, absurdo, que tales grupos proclamen que el camino de la "revolución uruguaya no pasa por la Reforma Constitucional"; como si alguien sostuviera que la Reforma Popular y la elección integran un plan táctico de tal alcance. No sólo la toma del poder, sino cualquier ley radical se logrará únicamente por la acción revolucionaria de las masas.

Y no una ley radical, hasta un simple proyecto que ataque en algo al privilegio nunca se aprobará en nuestro Parlamento sin lucha de masas, que deberá proseguir luego para imponer la aplicación de esa ley.

Pero, ¿quién puede negar la importancia de la brega por reivindicaciones, como instrumento de movilización y toma de conciencia de las masas, como manifestaciones de una lucha de clases que se libra en todos los terrenos? Y ¿a quién se le ocurrirá no ir a la elección y no votar cargos para el Parlamento, a pretexto de que la elección no sustituye a la revolución?

El problema para el revolucionario obrero no reside en participar o no en la elección (aunque esto no signifique que deba hacerse en cualquier circunstancia) sino en cómo participar en las elecciones desde el punto de vista del proletariado, de posiciones que favorezcan al avance de la revolución. Por ejemplo, un gran avance electoral de la izquierda no es la revolución, pero es un instrumento más hacia ella, una fase más de la acumulación de las fuerzas populares.

Marginarse del pleito electoral a pretexto de que votar no es hacer la revolución es el más ridículo plagio de argumentos debatidos en el movimiento obrero uruguayo antes de la primera guerra mundial, y que ya entonces eran falsos. La experiencia histórica enseña que el boicot electoral es aconsejable sólo en situaciones revolucionarias o cuando se está en momentos en que se acelera la marcha hacia la revolución y se debe rechazar cualquier acto que desmoralice al pueblo. Y aun así debe ser objeto de un análisis concreto. Lenin, que plantea el boicot a la Duma de Bulguin, lucha luego contra los "otsovistas", "liquidadores", etc., por la participación en las elecciones, luego de 1905. Fidel Castro y el PSP boicotearon las elecciones de Batista en una situación ya revolucionaria. En

(14) OBRAS, ed. cit., t. 31, p. 89.

curso político, o sea, promover, a partir de premisas objetivas ya maduras, un cambio en la conciencia política de los trabajadores.

Los casos referidos confirman la concepción teórica que es la raíz de nuestra línea táctica: una visión dialéctica del desarrollo y una comprensión del papel dinámico de la vanguardia en el curso revolucionario.

* * * * *

Camaradas:

Durante todo este período enriquecimos el acervo de nuestro Partido con valiosas contribuciones recogidas al estudiar la labor teórica y práctica de los partidos hermanos y, en particular, la experiencia histórica del Partido de Lenin.

Buscamos trazar una línea justa, sin oportunismos ni aventurerismos. Procuramos recoger toda la gama de experiencias y formas de lucha que aporta la marcha revolucionaria del continente. Estudiamos atentamente las originales enseñanzas cubanas y seguimos de cerca las contribuciones tan fértiles de los partidos comunistas que luchan hoy en todos los países. Inclusive, miramos sin preconceptos la acción de los movimientos antimperialistas de América Latina, ya que procuramos la fraternidad y no la división de todos los patriotas y combatientes revolucionarios.

El continente hoy ofrece la más rica variedad de formas de lucha y de experiencias de combate. De todos ellos puede y debe aprender nuestro Partido.

No oponemos nuestra experiencia a otras. Recordamos el método de Lenin. Este señala que todos los países hacen su contribución al acervo común (13), aunque en cada país —por ejemplo, en el nuestro— pueda haber tal o cual insuficiencia. Estos “exclusivismos” —para repetir puntualmente la expresión del genial jefe revolucionario— pueden obedecer y muchas veces así ocurre, al peculiar desenvolvimiento histórico de cada país. Marx, en su tiempo, aconsejaba a unos partidos ir a los sindicatos para lograr la fusión del movimiento obrero y el socialismo, a otros acentuar los elementos teóricos y tácticos revolucionarios —cuando habían construido amplios sindicatos, cooperativas, etc. Esta experiencia colectiva será la tierra nutricia de nuevos y grandes triunfos.

ES REVOLUCIONARIO TODO LO QUE FAVOREZCA EL AVANCE DE LA REVOLUCION

La justa táctica del Partido —compartida en lo sustancial por el F.I. de L. y la inmensa mayoría de las direcciones del movimiento sindical y popular— enfrenta argumentos a veces derechistas, otras ultraizquierdistas.

La más importante de las concepciones derechistas postula la “renovación por dentro de los partidos tradicionales”, la adecuación de nuestra línea al bipartidismo. No somos indiferentes a los matices políticos; no colocamos en la misma bolsa a los hombres de la gran burguesía conciliadora, la burguesía nacional y los terratenientes, o simplemente el gran capital conectado al imperialismo. Y menos cuando se trata de la política concreta. Lenin decía gráficamente que

(13) OBRAS, ed. cit., t. 15, p. 177.

en política no son lo mismo Lloyd George que Churchill (14), el problema es saber distinguir a tiempo y utilizar esos matices en beneficio del movimiento obrero y popular. Otra cosa diferente es perder de vista nuestra concepción estratégica, o la directriz táctica de más largo alcance.

Como imagen invertida del estrechamiento del cuadro electoral, se manifiestan en ciertos grupos corrientes infantistas, ya clásicamente condenadas por el marxismo-leninismo. En sus manifestaciones principales, coinciden con las más viejas ideas de anarquistas o semianarquistas, sean o no planteadas por éstos. He aquí algunos de estos brotes: menosprecio por la elección, a pretexto de que no significa la revolución y valoración sectaria de la táctica parlamentaria, de los métodos de acción legal, de la defensa de la democracia burguesa frente a la reacción; verbalismo e incapacidad para comunicarse con las grandes masas que facilita el engaño de las clases dominantes; obsesiva campaña contra el Partido tergiversando calumniosamente nuestra táctica.

Esta batalla electoral no es una posibilidad de toma del poder "por vía pacífica", hipótesis ésta que, por otra parte, nadie maneja. Es, pues, absurdo, que tales grupos proclamen que el camino de la "revolución uruguaya no pasa por la Reforma Constitucional"; que si alguien sostuviera que la Reforma Popular y la elección integran un plan táctico de tal alcance. No sólo la toma del poder, sino cualquier ley radical se logrará únicamente por la acción revolucionaria de las masas.

Y no una ley radical, hasta un simple proyecto que ataque en algo al privilegio nunca se aprobará en nuestro Parlamento sin lucha de masas, que deberá proseguir luego para imponer la aplicación de esa ley.

Pero, ¿quién puede negar la importancia de la brega por reivindicaciones, como instrumento de movilización y toma de conciencia de las masas, como manifestaciones de una lucha de clases que se libra en todos los terrenos? Y ¿a quién se le ocurrirá no ir a la elección y no votar cargos para el Parlamento, a pretexto de que la elección no sustituye a la revolución?

El problema para el revolucionario obrero no reside en participar o no en la elección (aunque esto no signifique que deba hacerse en cualquier circunstancia) sino en cómo participar en las elecciones desde el punto de vista del proletariado, de posiciones que favorezcan al avance de la revolución. Por ejemplo, un gran avance electoral de la izquierda no es la revolución, pero es un instrumento más hacia ella, una fase más de la acumulación de las fuerzas populares.

Marginarse del pleito electoral a pretexto de que votar no es hacer la revolución es el más ridículo plagio de argumentos debatidos en el movimiento obrero uruguayo antes de la primera guerra mundial, y que ya entonces eran falsos. La experiencia histórica enseña que el boicot electoral es aconsejable sólo en situaciones revolucionarias o cuando se está en momentos en que se acelera la marcha hacia la revolución y se debe rechazar cualquier acto que desmoralice al pueblo. Y aun así debe ser objeto de un análisis concreto. Lenin, que plantea el boicot a la Duma de Bulguin, lucha luego contra los "otsovistas", "liquidadores", etc., por la participación en las elecciones, luego de 1905. Fidel Castro y el PSP boicotearon las elecciones de Batista en una situación ya revolucionaria. En

(14) OBRAS, ed. cit., t. 31, p. 89.

cambio, hubiera sido falso boicotear las últimas elecciones en Guatemala a pesar de que la lucha armada sigue allí su curso. Y así lo entendieron las fuerzas revolucionarias. Hablar, pues, de boicot electoral en Uruguay, es una demostración primitiva y cruda de infantilismo.

Y esto debe considerarse tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista táctico. En verdad, los enfrentamientos polémicos promovidos respecto a la Reforma Popular y a las elecciones tienen que ver con la utilización de las formas legales, con el Parlamento, con los métodos de masas.

Retomemos las enseñanzas de Lenin: "El capitalismo en general y el imperialismo en particular —escribía— transforman la democracia en una ilusión, pero al mismo tiempo, el capitalismo engendra las tendencias democráticas, agudiza el antagonismo entre el imperialismo, que niega la democracia, y las masas que tienden hacia ésta. No se puede derrocar el capitalismo y el imperialismo con ninguna transformación democrática, por más ideal que sea, sino solamente con una revolución económica; **pero el proletariado, no educado en la lucha por la democracia, es incapaz de realizar una revolución económica.**"

Y agregaba Lenin: "El despertar y crecimiento de la insurrección socialista contra el imperialismo están ligados indisolublemente con el crecimiento de la resistencia democrática y de la rebelión" (15).

A esta ubicación teórica del tema agreguémosle su punto de vista táctico: **"El marxismo enseña que "luchar contra el oportunismo", negándose a utilizar las instituciones democráticas de una determinada sociedad capitalista, creadas por la burguesía y deformadas por ella, es claudicar enteramente ante el oportunismo"** (16).

Pero, además, el nacional reformismo, es ideología preponderante en el país.

Las clases dominantes nos describen como contrarios a la democracia para sembrar dudas que alejen al pueblo de su liberación. Y lo hacen en la misma hora en que ellas, asustadas por la acción popular, por el crecimiento del movimiento obrero, reniegan de las tradiciones nacionales democráticas y laicas, recurren a la violencia contra los sindicatos, fortalecen todas las trampas del bipartidismo y la ley de lemas o procuran reformas regresivas de la Constitución. Para combatir a la reacción y el imperialismo y liberar a las masas de la influencia de la ideología nacional reformista, burguesa y pequeñoburguesa, es menester que ellas aprendan en la escuela de la vida, y ese aprendizaje cruza por la defensa de las libertades, de las instituciones democráticas burguesas, que el imperialismo, el latifundio y la gran burguesía quieren destruir o falsificar.

La clase obrera debe participar, pues, en todas las instancias de la lucha o, como subraya Lenin, **"claudicar enteramente ante el oportunismo"**.

Pero agregamos, el marxista-leninista, el revolucionario obrero, dueño efectivamente y no de palabra del método dialéctico materialista, no es ni ha sido nunca indiferente a las formas que toma el Estado burgués (en nuestro país burgués-terrateneiente, para denominarlo con propiedad). Estoy hablando de las **formas y no del contenido** de clase del Estado.

El contenido del Estado uruguayo será burgués-terreteniente sea cual fuere su envoltura institucional, así sea democrático-parlamentaria o tome la forma de la ruda brutalidad del gorilismo. Pero el militante obrero que sea indiferente a

(15) OBRAS, ed. cit., t. 33, p. 20-21. (El subrayado me pertenece. R.A.)

(16) *Ibidem.* p. 22.

las formas del Estado, que no distinga entre la forma democrático-burguesa o de corte fascista a pretexto de su contenido de clase, no es un revolucionario; será apenas un metafísico divagador que ni siquiera alcanzó a comprender el abecé de la teoría y la táctica revolucionaria.

Es explicable que algunos grupos anarquistas vean al Estado como un monstruo en sí mismo, y a sus formas como manifestaciones diabólicas de esa esencia pura de la maldad deificada; pero esto es misticismo político-social, muy rancio, por lo demás. Sin embargo, ello no les impide oscilar entre el reformismo sindical y la metafísica teórica. Lenin ya advertía —refiriéndose a los anarquistas— que caían en una manera del cretinismo parlamentario, al revés. Aspecto éste que les plagian los grupitos “musperos” y “mirianos”, igualmente chillones pero igualmente reformistas y metafísicos en sus medulares concepciones.

* * * * *

XX CONGRESO DEL PCU — DICIEMBRE 1970

UNA ALTERNATIVA DE PODER DEMOCRATICO AVANZADO

Fragmento del informe de balance del Cté. Central presentado por su Secretario General, Rodney Arismendi

1. Definición del momento político y de las principales tareas actuales

Nuestro vigésimo Congreso se realiza cuando Uruguay ingresa en una fase superior del desarrollo revolucionario.

La dura y continuada lucha de la clase obrera y el pueblo contra la oligarquía de latifundistas y grandes capitalistas y contra el imperialismo yanqui, principal opresor de nuestra patria, transita hacia etapas más elevadas, en que aparece como posibilidad real el logro de victorias decisivas, capaces de alumbrar una nueva realidad política. Maduran las premisas de una alternativa de poder democrático avanzado y patriótico. **La conquista de un gobierno de tales características, realizador de un programa de transformaciones democráticas y de rescate de la soberanía nacional, en el que participen la clase obrera y las grandes masas trabajadoras, pasa a ser el objetivo central del período que se inicia.**

El nivel de acumulación de fuerzas alcanzado por la clase obrera y el movimiento popular es lo característico en la apertura de este nuevo período. A través del complejo y rico proceso que corre de 1955 a nuestros días, se ha ido modificando la correlación de factores políticos, se incrementaron las fuerzas sociales de la revolución democrática y nacional liberadora, y hoy es posible bregar por la transformación de todo el cuadro político.

En síntesis apretada, se puede señalar como tendencias principales de esta nueva situación que apunta en la escena nacional, las siguientes:

—el papel protagónico del proletariado; la magnitud, continuidad y extensión de sus luchas; la maduración de una conciencia revolucionaria en miles de nuevos cuadros y la radicalización de vastos sectores; y la consolidación del papel del Partido como fuerza fundamental de dirección de la clase obrera;

—el agrupamiento en torno al proletariado industrial y del transporte de la mayoría de los asalariados de la banca, el comercio y la instrucción pública y de funcionarios estatales, intelectuales, profesionales, universitarios, estudiantes, etc. Y en los últimos tiempos, comienzan a coincidir, en acciones comunes, capas importantes de la pequeña burguesía urbana, comercial e industrial con las organizaciones de trabajadores agrupados fundamentalmente en la CNT:

—la creación de condiciones para una amplia unidad política, capaz de ser herramienta de las transformaciones democráticas que reclama el país. La labor precursora del F.I. de L. por la unidad de la izquierda fructifica hoy en variados sectores. Los pronunciamientos de la lista 99, del PDC, de la agrupación nacionalista que dirige el senador Rodríguez Camusso, la labor fecunda del movimiento de personalidades que preside el Gral. Balñás, las opiniones del Gral. Seregni en reciente reportaje de "Marcha", las declaraciones que surgen de las fábricas, de los estudiantes o intelectuales, de diversos agrupamientos del interior del país, etc. trasuntan una realidad madura en las entrañas del pueblo, la urgencia planteada por los momentos dramáticos que vive la República. Los años 68-70 exhibieron crudamente los contornos del drama nacional. La hondura de la crisis de la estructura económico-social, la brutalidad antidemocrática de la política gubernamental al servicio de la oligarquía y el imperialismo, las consecuencias de una orientación económica dictada por los banqueros yanquis y enfilada contra la abrumadora mayoría de la población, por un lado, y, por otro, la resistencia obrera y popular, que alinea a cientos de miles de trabajadores, pese a las "medidas de Seguridad" y otras persecuciones, aparejaron, no sólo una mayor extensión y profundización del movimiento sindical, obrero y democrático, sino que están alumbrando una nueva conciencia política. Se ha hecho patente que más allá de las amañadas opciones electorales del bipartidismo, una auténtica divisoria enfrenta dos partes de la sociedad uruguaya: por un lado, la oligarquía financiera y latifundista, la minoría privilegiada que entrega el país al imperialismo yanqui mientras acumula millones a costa de la desgracia nacional y, por otro, las grandes masas, forjadoras de la patria y de todas sus mejores obras. El hecho de que en esta forma de conciencia emancipadora participen obreros, trabajadores del campo, intelectuales, maestros, técnicos, estudiantes, pequeños y medianos comerciantes, industriales, agricultores y ganaderos, etc., y que, en la forja de la unidad popular estén interviniendo blancos y colorados, religiosos, marxistas y hombres de otras filosofías, civiles y militares, etc., está señalando el carácter patriótico, la amplitud y el calado popular del frente que se pone en marcha.

Ello evidencia la proyección histórica de este movimiento. No estamos ante un simple frente electoral, sino ante el agrupamiento del pueblo con vistas a transformaciones radicales. Acertadamente ha dicho el Gral. Seregni que "comienza aquí una revolución". Si todos somos capaces de acelerar la construcción de esta unidad, de liberarla de los menudos sectarismos y de las implicaciones de política pequeña, si adopta el carácter de un movimiento permanente para la obra histórica que el Uruguay reclama, si se apoya en las grandes masas y levanta el programa apto para las profundas transformaciones que el país necesita, si se norma por un compromiso político que estatuya las obligaciones comunes y la participación colectiva en la lucha y en la labor de gobierno, el frente en gestación será capaz de dar hoy batalla exitosa a Pacheco, a la oligarquía y al bipartidismo y de congregar ahora y después, la esperanza popular

En esta perspectiva de lucha por un gobierno democrático avanzado se integran las elecciones de 1971. Marcará una etapa de señalada importancia. Antes, durante y después de esta confrontación dos programas estarán esencialmente en pugna en la arena política: el programa de la oligarquía que impulsaron los dos gobiernos blancos con la reforma cambiaria y monetaria y que continuó brutalmente el gobierno colorado-quincista de Pacheco Areco y la Oligarquía banquera-terrateniente que detenta hoy impudicamente el poder, y el programa del pueblo de soberanía nacional, democracia y justicia social, sostenido por las grandes masas trabajadoras.

En este sentido, la presencia y la brega múltiple del pueblo deberán sellar vigorosamente el curso político inmediato y venidero de la República.

Nuestro Congreso justamente se lleva a cabo en instancias en que se inicia la contraofensiva obrera y popular contra la política gubernamental. Esta tomó cuerpo en 1970 en las manifestaciones, huelgas y acciones diversas de la CNT, de los estudiantes, de los padres, alumnos y profesores de la enseñanza media, en la defensa de la Universidad y la salud pública, en numerosas demostraciones de los trabajadores y las capas medias en todo el país. La más importante jornada fue el paro general del 14 de octubre, que paralizó industrias, transportes, oficinas públicas, diarios, espectáculos, la enseñanza, los bancos y servicios, etc. y a los que se sumaron los pequeños y medianos comerciantes y artesanos. El paro general patentizó la grande e inquebrantable fuerza de la CNT y la extensión de sus alianzas con las capas medias. Y demostró el acuerdo de una orientación que ha sabido hacer del movimiento sindical el espinazo de la organización y movilización de las más amplias masas, a la vez de conducir planificadamente y en niveles políticos cada vez más elevados, la lucha contra la oligarquía y el gobierno; por las reivindicaciones inmediatas pero por un programa económico-social antimperialista, por las libertades y la democracia. Esta experiencia de multitudes ha sido, es y será el crisol formador de la fuerza social de la revolución uruguaya, camino natural de pasaje al campo de la revolución de la mayoría del proletariado, de los trabajadores rurales, de la juventud y las mujeres, del estudiantado y de la intelectualidad. Es demostración por la vía del acierto de una línea capaz de combinar la labor de los sectores de vanguardia con la promoción de la experiencia de las más amplias masas, que se elevan, de este modo, a protagonistas del quehacer histórico. Es concepción, de inspiración leninista, nos diferencia tanto de los reformistas como de sus aliados objetivos, los impotentes fraseólogos de izquierda, condenados, como siempre, a la esterilidad de la secta.

Nuestro Partido ve en el desarrollo amplio, profundo y múltiple de esta contraofensiva, la primera línea de la movilización unificadora de todo el pueblo contra la oligarquía y el imperialismo. Esta ha sido una directriz constante de un enfoque táctico del proceso político-social.

La movilización en la lucha, con el avance correlativo en conciencia de las grandes masas, y la edificación del frente político de unidad popular —con la vigorización simultánea de su ala avanzada, el F.I. de L.— son hoy las principales bases de partida para una alternativa democrática de poder.

En fin, camaradas: en esta síntesis introductoria que procura anticipar una definición general del momento político y las tareas más destacadas que de este derivan, cabe subrayar, como rasgo importante, el crecimiento de nuestro Partido, el partido marxista-leninista, que desde el anterior Congreso más que duplicó el número de sus afiliados. Este es un aspecto relevante del cuadro político uru-

guayo. Nuestro Partido se distingue hoy, especialmente por su arraigo de masas, por la elevación de su papel histórico-social de vanguardia comprobado en las variadas condiciones de lucha de la compleja etapa transcurrida, por su peso en la vida política nacional, por el diálogo cordial con hombres, grupos y partidos democráticos y antimperialistas, con vistas a la tarea común de rescatar la patria, de abrir un cauce de progreso económico y político para el país de la felicidad y de felicidad para nuestro pueblo.

2. El gobierno de Pacheco: la oligarquía financiera asume todo el poder.

El gobierno de Pacheco Areco, brutalmente entreguista, antidemocrático y antipopular, servidor de la oligarquía y del imperialismo yanqui, aceleró a su pesar, la evolución política nacional, al agudizar todas las contradicciones económicas y sociales que se entrelazan en las bases de la sociedad uruguaya. Como lo hemos dicho tantas veces, trozó la imagen del viejo Uruguay, descarnando los auténticos dilemas ante los ojos de gran parte de la población. Hirió los intereses de los trabajadores y de las clases y capas medias, y pisoteó simultáneamente las ilusiones políticas e ideológicas acuñadas por la burguesía nacional durante décadas de historia, en la mente de las grandes masas. Derramó sangre juvenil en las calles, transformó en papeles manoseados la Constitución y las leyes democráticas, agredió la Universidad, intervino y clausuró la enseñanza media, y —peculiar Calígula— instauró sus burros como “cónsules” interventores. Llenó los cuarteles cárceles y centros de confinamiento con miles de presos y militarizó y sometió a toda suerte de vejámenes a 70.000 trabajadores de los Entes estatales y de la banca, erigió en objetos de policía a los obreros, estudiantes, profesores y maestros. Usó las Medidas de Seguridad como norma constitucional única y sometió todas las libertades y derechos a dictados discrecionales de oficinas policíacas.

Para llevar hasta el fin sus objetivos, borró toda diferencia entre los directores de los bancos, o de los bufetes de abogados de los grupos financieros monopolistas, y los ministerios y cargos de gobierno. Sus gabinetes, uno tras otro, han estado signados de este modo, por la implicancia; ostensible y ostentosamente maculado como un gobierno de banqueros y negociantes, enlazados siempre en forma inmediata a las altas finanzas imperialistas, y dedicados con avidez a estrujar el país. A ellos se sumaron personajes que tipifican el rostro de este gobierno, como los Pereyra Reverbel o los Charlone, verdaderos emblemas de esta situación política, personificaciones impares de su moral y sentido de la vida.

En el plano económico, el gobierno de Pacheco Areco intentó reajustar la crisis de la economía nacional en beneficio de esta oligarquía. Acentuó su dominio en todos los órdenes de la vida nacional. Desnacionalizó los Entes del Estado, ató la República al pago de la deuda externa —que se mantuvo igualmente en parecidos guarismos— determinó la caída del nivel de vida de las grandes masas y, en particular, del proletariado. Instauró planes de dominación imperialista en la industria frigorífica y en los centros vitales de la economía. Golpeó la industria media nacional y ahondó la crisis de la economía rural. Promovió groseramente el retroceso de ramas vitales de la producción industrial y agraria, precipitó los males deflacionarios, dejando en pie las causas de la inflación que sigue empeorando la economía uruguaya. Aplicó, en forma descarada, la línea entreguista, antipopular elaborada por la banca de los EE.UU., a través del FMI y otras siglas, lo que deteriora aún más la crítica situación económica y financiera del país.

Todos los índices actuales de la economía nacional exhiben el fracaso de los presuntos planes de "estabilización", esgrimidos como pretexto de las brutalidades políticas, de las "Cartas de Intención" y de las imposiciones económicas regresivas. En distintas oportunidades nuestro Partido ha analizado las cifras estadísticas demostrativas de la agravación de la situación económica y financiera de la agudización de la crisis de la estructura económica por la política gubernamental. Alargaría inmensamente este informe si aquí reiteráramos el análisis divulgado a través del discurso parlamentario, informes del Comité Central y ensayos publicados regularmente por "El Popular" y "Estudios". Por lo demás, ningún técnico responsable no niega; apenas si el Sr. Charlone, cada vez que lo exhuman para nombrarlo Ministro de Economía, asegura que todo va bien y en el mejor de los mundos posibles. . .

Cabe sólo decir que, precisamente, la profundización de la crisis estructural a consecuencia de la conducción gubernista, coloca a nuestro país ante el dilema: **o se abre paso a un cambio radical de las orientaciones económicas, se quita a la oligarquía del gobierno y se lleva a cabo transformaciones nacionales, democráticas progresivas, o el Uruguay recorrerá nuevos escalones hacia el abismo de la retrogradación económica, del sometimiento abyecto a los monopolios imperialistas, de la miseria popular y de la incontrolable inestabilidad política, cargada del riesgo de las peores tiranías y por lo tanto, de la guerra civil.**

La nueva fase política que apunta en la escena nacional consiste, precisamente, en el enfrentamiento de tales peligros, en la unidad del pueblo por una salida progresiva y patriótica a este dilema, por la conquista de un gobierno democrático avanzado, que aproxime el Uruguay a su liberación nacional y social. Esta es la misión histórica —sin precedentes en nuestro país— del frente político que hoy se está concertando en medio de una enorme expectativa popular.

3. La crisis económico-social y sus repercusiones institucionales, políticas e ideológicas.

Causas profundas económicas y políticas, histórico-sociales, han situado el pueblo uruguayo ante esta encrucijada. Por lo tanto el juego político tradicional con el reparto de candidatos electorales dentro de los lemas Blanco y Colorado, ya no puede ofrecer al país ninguna opción trascendente. La gran divisoria que separa y enfrenta al pueblo, a la oligarquía y el imperialismo yanqui seguirá en pie, en los términos anteriormente planteados, más allá de matices personales, en el caso de un simple recambio electoral entre políticos de la oligarquía dominante.

Y, en todo caso, no se tratará primordialmente de problemas de hombres o de figuras políticas, ya que aquellos militantes de los viejos Partidos que no pertenecan a la oligarquía, siempre podrán tener un puesto en la obra redentora nacional.

Porque tampoco sirvieron como claves para la interpretación del proceso uruguayo las características personales de Pacheco Areco. Los factores que condujeron al 13 de junio de 1968 y a esta prolongada confrontación bajo Medidas de Seguridad instauradas prácticamente a permanencia, no son circunstanciales.

En reiteradas ocasiones, desde principios del año 68, nuestro Partido advirtió acerca de lo distintivo y nuevo de esta etapa política que Pacheco luego precipitaría. No estamos —decíamos— ante un accidente político, ni solamente ante

los desbordes o avideces del gobernante; tampoco ante sus "pensados planes" a largo plazo que desembocarían fatalmente en el golpe de Estado triunfal, como argüían algunos, desde la derecha del movimiento popular o desde ciertos grupos infantilistas. Evocamos entonces, el juicio de Marx respecto al golpe de Luis Bonaparte:

"Víctor Hugo —escribe Marx— se limita a una amarga e ingeniosa invectiva contra el editor responsable del golpe de Estado. En cuanto al acontecimiento mismo parece en su obra un rayo que cayera desde un cielo sereno. No ve en él más que un acto de un solo individuo, no advierte que lo que hace es engrandecer a este individuo en vez de empuñarlo al atribuirle un poder personal de iniciativa que no tenía paralelo en la historia universal. Por su parte Proudhon intenta presentar el golpe de Estado como resultado de un desarrollo histórico anterior, pero entre las manos, el golpe de Estado se le convierte en una apología histórica del héroe del golpe de Estado. Cae con ello en el defecto de nuestros pretendidos historiadores objetivos".

"Yo —agrega Marx— por el contrario demuestro cómo las luchas de clase crearon en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel del héroe". (Ver Cuadernos de "ESTUDIOS" No. 1, pp. 45 y 46).

Sólo así, al partir de las bases materiales del acontecer histórico y del momento de la lucha de clases, fue y es posible la estimación política correcta y, por consecuencia, el poder trazar una línea táctica acertada, inserta, a la vez, en la justa valoración estratégica de las fuerzas en pugna y de las tendencias del desarrollo político-social.

La agravación de la situación uruguaya, su inexorable deterioro económico, sus tensiones políticas y la aguda lucha de clases, tienen por fundamento la maduración de la crisis de toda la estructura económico-social, que hoy expresa la agudeza, hasta puntos nodulares, del antagonismo entre las fuerzas productivas y las caducas relaciones de producción, antagonismo éste que es la base material de la revolución uruguaya. Como advirtieran anteriores Congresos del Partido, ello debería conducir, como efectivamente condujo, a agudizar todas las contradicciones, al enfrentamiento del pueblo con la oligarquía, al incremento de las tendencias antidemocráticas y golpistas en los sectores más reaccionarios de las clases dominantes, a exasperar el choque de la abrumadora mayoría de la población con el imperialismo yanqui, a la maduración de condiciones objetivas y subjetivas, totalmente inéditas, de avance y de aproximación a la revolución uruguaya.

La política del gobierno de Pacheco Areco, en segundo término, refleja cambios producidos en la estructura de las clases dominantes. El desarrollo deforme del capitalismo, situó en primer plano a una oligarquía que opera principalmente a través de los bancos, de capitales monopolistas vinculados directamente al latifundio y a ciertas industrias, controladores, además, del comercio exterior.

Desde el año 1963, se acentúa el fortalecimiento relativo de estos grupos financieros, monopolistas, conexos al capital imperialista, dentro de las formas de dominio de la vieja oligarquía.

La aplicación de la reforma monetaria y cambiaria por parte de los dos gobiernos del Partido Nacional aceleró la concentración del capital y la integración monopolista en torno a la gran burguesía financiera, y promovió a ésta como la principal fuerza de explotación del país y como el canal más importante de aplicación de los planes del imperialismo yanqui. Este sector monopolista de las cla-

ses dominantes utiliza ampliamente el aparato del Estado para fortalecer su papel para situarse en los ejes de la economía nacional, y en particular, para culminar la concentración y extranjerización de la banca privada que pasó a controlar gran parte de la economía nacional, a someter las principales industrias y los medios de información masivos, y a ser también el mayor latifundista. Transformado en socio menor del imperialismo norteamericano es el instrumento utilizado por éste para su política de extorsión económica y de opresión del Uruguay, a través de sus agencias tales como el FMI, el BIRF, el BID, etc. Ocupan posiciones predominantes en esta oligarquía, los intereses vinculados a Rockefeller. En particular en torno a los bancos Mercantil y Comercial y a su más notorio exponente, el Ministro de Relaciones Exteriores, Peirano Facio.

El imperio sin freno de esta oligarquía congrega socialmente apenas a alrededor de 2 mil familias. Por ello lesiona también los intereses de los industriales, ganaderos, agricultores y comerciantes medianos, constreñidos por la compresión drástica del mercado interno dictada por el FMI, por la liquidación de la tradicional política de créditos estatales y otras causas. Por decretos gubernamentales, por maniobras financieras, entre ellas las grandes devaluaciones monetarias de Pacheco-Charlone y Jorge Batlle, y por las formas usurarias que imponen los bancos, etc., la oligarquía y los monopolios imperialistas absorben, supeditan o procuran estrangular a estos sectores de la burguesía media. Esto agrega un factor más, social y político, a tener en cuenta en toda táctica que apunte al aislamiento del gobierno y la oligarquía.

El gobierno de Pacheco Areco ha sido sostenido por Jorge Batlle, copartípe y vocero de su línea antinacional y antipopular, por la activa complicidad de Echegoyen y su Alianza, de Gallinal Heber y los políticos del diario "El País". Aunque éstos, como otros dirigentes políticos blancos, se relacionan con esta oligarquía, ya por pertenecer a ella directamente, ya por coincidencia objetiva con su política.

En tercer término, el recorrido que conduce a las grandes confrontaciones actuales, refleja otros cambios en la estructura social, y en la distribución de clases. El desarrollo capitalista del Uruguay, con todas sus peculiaridades, condujo a la formación de una poderosa clase obrera, particularmente concentrada en Montevideo. Junto a ese proletariado, grandes masas de trabajadores de la banca, del comercio, de la docencia, de asalariados rurales, etc., constituyen amplia mayoría en la población activa del país. Al mismo tiempo, este proceso ha promovido la existencia de una importante clase media, de una amplia pequeña burguesía, integrada por sectores de intelectuales, del pequeño comercio, de la pequeña industria, de la artesanía, a la que se suman, en el campo, extensas capas de agricultores y ganaderos pequeños y medianos y más de 100.000 minifundistas, es decir, de integrantes de familias campesinas con rasgos semiproletarios, etc. En otros términos: se ha creado una inmensa masa social, con el proletariado como eje, que ha estado presente en la vida del país, que se fue agrupando y unificando en un recorrido acumulativo de experiencias y luchas, premisas del advenimiento de una nueva conciencia.

Mérito fundamental de nuestro Partido, es el haber promovido, por todos los caminos de la actividad social y política —a lo largo de estos últimos quince años y desde un muy reducido punto de partida—, esta vasta alianza de pueblo que hoy es el rasgo más promisor de la realidad nacional. Procuramos construir —iluminados por una teoría correcta y según una táctica adecuada— la fuerza social de la revolución uruguaya.

Aceleramos en la práctica, el proceso revolucionario nacional, en medio del escepticismo y de la burla de muchos derechistas y reformistas que andaban tras la piedra filosofal de una "izquierda nacional" y de la algarabía o la calumnia de los que hasta ahora han aportado solamente a la revolución uruguaya sus fluctuaciones pseudo-teóricas, sus oposiciones a la unidad, vestidas de muchos ropajes, y el "heroísmo del chillido" — de que hablara Lenin.

Sin esta labor grandiosa de unificación de la clase obrera, de agrupamiento del pueblo, de acumulación sistemática de fuerzas, los duros enfrentamientos a Pacheco de los años 68-70, no hubieran alcanzado el nivel que tuvieron y no estaríamos en el umbral de esta nueva fase política nacional, la que, en última instancia proclama que la unidad, organización y conciencia obrera y popular salieron triunfadoras de la prueba.

Las contradicciones en la base económico-social, el cambio en la estructura de las clases dominantes, el fortalecimiento del proletariado y su alianza con otros sectores de la población, repercuten directa y contradictoriamente en la superestructura política e institucional.

Las clases dominantes ya no pueden ejercer su dominio como antes. La presencia de la oligarquía en el poder, aliada al imperialismo, tiende a liquidar las viejas formas del Uruguay democrático, a reducir el papel de sus instituciones, a negar las mejores tradiciones del país. Conduce a atacar formas tradicionales del institucionalismo democrático, el contralor parlamentario, el respeto a las libertades y derechos, la autonomía de la enseñanza, a deshacer con la porra, los decretos ilegales y las perdigonadas, la imagen del Uruguay liberal y nacional reformista. Estas tendencias regresivas que apuntaron desde los años cincuenta, que estuvieron presentes en los gobiernos blancos y que se concretaron en la Constitución "naranja", llegaron a extremos con el gobierno anticonstitucional y liberticida de Pacheco.

Todo ello provoca una profunda crisis ideológica en grandes masas formadas en las concepciones del nacional reformismo, en sectores de la intelectualidad y de la pequeña burguesía nutridos en las ideas del Uruguay democrático, de la "Suiza de América", del respeto a la personalidad humana, a la ley, a la autonomía de la enseñanza, etc. Esta crisis ideológica así me características especiales en los centros de enseñanza, y no es ajena a ella, entre otros factores, el avance hacia el campo de la lucha democrática y revolucionaria, no sólo de las grandes masas estudiantiles, sino también de docentes, profesionales universitarios, técnicos, etc.

En el plano político, esta crisis aparece ante todo, como crisis del batllismo. Principal representante de la burguesía nacional, ésta encabezó la evolución institucionalista y democrática que acompaña al desenvolvimiento del capitalismo en Uruguay en la primera mitad del siglo. Como consecuencia, las concepciones nacional reformistas se transformaron en ideología dominante en la República. La nueva realidad, escindida por una profunda lucha de clases, puso en tela de juicio sus principales mitos, y el ascenso poderoso del movimiento obrero, en alianza con los sectores avanzados de la pequeña burguesía urbana radical, antes que nada intelectuales y estudiantes, va independizando a estas fuerzas de la hegemonía ideológica de la burguesía nacional. A su vez, los Jorge Batlle, Pacheco Areco, los redactores de "El Día" y otros, pasaron a representar a la gran burguesía y, más precisamente, en el último lustro, a sectores de la oligarquía financiera. Entonces ya no les basta con liquidar, a través de la Constitución "naranja", la tradicional postulación colegialista, e instaurar el presidencialismo más

abrupto Reniegan ahora de todo lo que conforma la realidad institucional, ideológica y política, que distinguiera por años al Uruguay, y de la que hiciera el Batllismo y otros, motivo de orgullo y blasón. Los líderes de los grupos principales, y el gobierno Colorado - Batllista, suplantán todo esto por las recetas del FMI, por la teoría y la práctica de la desnacionalización económica y del Estado político semiabsolutista. Transformaron así el lema Partido Colorado en fétetro del Batllismo y de sus principales concepciones.

En verdad, éste es un aspecto del pisoteo por la oligarquía, entronizada en los dos Partidos tradicionales, de todas las mejores tradiciones. Muchas veces hemos dicho que esta oligarquía y sus personeros políticos, están cuestionados no sólo desde el ángulo del futuro socialista o democrático avanzado, sino también por el mejor pasado uruguayo. Hoy la clase obrera y toda la muchedumbre trabajadora estafada mil veces, las fuerzas democráticas del pueblo que tienden a unirse, somos los portadores de las mejores tradiciones nacionales, las que vienen del fondo de nuestra historia con Artigas, el independentista, el demócrata radical y reformador agrario; las que integraron la preocupación de las mejores figuras de avanzada blancas, coloradas e independientes, civilistas, partidarias del progreso social y la libertad, sostenedoras de la educación del pueblo; las que forjaron ya en nuestro siglo, los luchadores obreros; los combatientes contra las dictaduras regresivas; los constructores de nuestra enseñanza primaria, media y superior; los que procuraron edificar el patrimonio industrial y servicios nacionalizados para debilitar el dominio del capital imperialista, en fin, lo mejor de una tradición nacional que todos amamos y que sólo podremos salvar avanzando, rescatándola y proyectándola hacia el porvenir revolucionario y popular que el Uruguay necesita. Y hacia el cual camina.

El conjunto de estos factores han repercutido profundamente en todas las instancias de la sociedad. Las manifestaciones progresistas en el seno de la Iglesia, que ya señalamos como fenómeno internacional y latinoamericano, se expresan también en nuestro país. Lo mismo podemos decir de sectores de las fuerzas armadas.

La profunda crisis que estremece las superestructuras de la sociedad uruguaya, asume un carácter agudo en la crisis política del sistema. El anuncio de la salida de sus lemas, de la lista 99 y del movimiento de Rodríguez Camusso, anticipada por las personalidades blancas, coloradas, socialistas e independientes que formaron con nosotros el F.I. de L., y la posibilidad de romper las fraudulentas oposiciones bipartidistas por el frente de unidad popular, son ya expresiones de una tendencia inexorable. Más allá de los pactos que, en defensa de sus sórdidos privilegios, acuerden en el porvenir entre sí las cúpulas oligárquicas de los partidos tradicionales, el sistema estará herido de muerte el mismo día en que la unidad del pueblo salga a la calle en la plenitud de su poderío.

El bipartidismo fue un sistema institucional organizado por los sectores más reaccionarios de las clases dominantes, reunidos en torno a la dictadura de Terra, para cerrarle el paso al frente popular. Esto les permitió polarizar luego la realidad política, dotar de una apariencia policlasista a sus partidos, embretar el destino de la República en una oscilación pendular de elección a elección, que no desbordara los marcos de la oligarquía, la continuidad de su contralor sobre la vida política. No obstante, esa realidad bipartidista se fue volviendo también factor de debilidad de las clases dominantes, a medida que la crisis de estructura se profundizó y el sistema apareció cada día más como una expresión política ficticia enfrentada a la realidad social de una clase obrera y un pueblo que, al

unificarse y luchar, contendían con este fruto electoral amañado. Y se volvió factor de inestabilidad política y descomposición. Después de la derrota de Luis Batlle, primer síntoma revelador, la fluctuación tornóse característica en poco tiempo. Uno y otro Partido desde el gobierno se desgastaron ante las masas, al aplicar esencialmente el mismo programa. Desde la reforma monetaria y cambiaria de 1959 hasta Pacheco, se encorsetó la economía en las recetas del FMI, se impuso el programa de la oligarquía y el imperialismo de forma cada vez más aguda y regresiva. Y se fue acumulando así una experiencia insustituible en grandes masas.

El gobierno de Pacheco, que agudizó todas las contradicciones económico-sociales y políticas, es, sin embargo, prolongación y síntesis del proceso que arranca desde mediados de los años 50. Y frente a éste, la oligarquía escogió su línea; desde la reforma monetaria y cambiaria, ella comenzó a prevalecer en la vida nacional y hoy se homologa en las concepciones comunes, predominantes en las fracciones decisivas de los Partidos Blanco y Colorado.

La crisis del bipartidismo muestra en carne viva la contradicción entre estos Partidos y la nueva realidad social y política de la República. En particular, entra en choque con la nueva fuerza social independiente, que ha ingresado en la escena nacional, encabezada por el proletariado, que reúne en torno a sí a un amplio sistema de organizaciones sociales y políticas de las grandes masas. Esta conglomeración de pueblo, poseedora de un programa antimperialista y democrático radical, reunida en torno a una clase obrera organizada y militante, con una orientación firmemente clasista, es el protagonista principal de la crisis política insuperable de los viejos partidos, porque, a la vez, ha sido y es el ariete socavador de la estructura económico-social caduca, combatiente verdaderamente eficaz y certero contra la oligarquía y contra los planes de Pacheco, enfrentados por las acciones sistemáticas y planificadas de cientos de miles de hombres del pueblo, es decir por una potencialidad indomitable. Su accionar permanente, la sucesión de olas combativas que en su reiteración y amplitud respondía siempre a los cánticos de victoria gubernamental, como a la calumnia divisionista y a la desmoralización de ciertos ideólogos y comentaristas de la pequeñoburguesía, fueron, en estos tres años, del 68 al 70, el rasgo revolucionario más importante de la sobresaltada situación política uruguaya.

Parecería que la vida de nuestro pequeño país hubiera querido ilustrar el acierto teórico y táctico del genio de la revolución socialista, el camarada Lenin, cuando enseñaba en su conocida polémica con los "socialrevolucionarios" que no es justo sustituir la "educación política del proletariado" por el "sensacionalismo político". "Nosotros —escribe Lenin—, por nuestra parte, sólo consideramos capaces de ejercer una acción real y seriamente "agitadora" (estimulante) y no sólo agitadora, sino también (cosa mucho más importante), educativa, aquellos acontecimientos cuyo protagonista es la misma masa, que nacen de los sentimientos y estados de ánimo de ésta y no son puestos en escena "con una finalidad especial" por tal o cual organización. Nosotros pensamos que cien asesinatos de zares juntos no producirían jamás un efecto tan estimulante y educativo como la participación de decenas de miles de gentes del pueblo obrero en concentraciones para discutir sus candentes intereses y la relación de la política con ellos..." (OC, "Nuevos acontecimientos y viejos problemas", t. VI, p. 274).

Hoy nadie puede dudar, ni siquiera los conturbados generales de derrotas, que propalan calumnias contra nosotros, contra la CNT y los dirigentes del movimiento popular de masas, motejándonos de "reformistas" hoy ni siquiera

ellos repetimos pueden dudar que los principales arquitectos del avance del proceso revolucionario uruguayo a que asistimos, son las grandes masas unificadas y puestas en marcha antes que nada por nosotros, a través de una auténtica y ejemplificadora labor de revolucionarios marxistas y leninistas.

Sobre esta gran fuerza de las masas se asienta hoy la posibilidad de conquistar un gobierno democrático avanzado, posibilidad que pone tintes de amanecer en el horizonte sombrío del país.

4. El papel de las masas y el proceso revolucionario

Sin advertir este papel primordial desempeñado por las grandes masas populares, agrupadas en torno a la clase obrera por un entrelazado sistema de organizaciones, no entenderíamos nada acerca de las nuevas tendencias de la evolución política uruguaya.

Las causas objetivas, en primer término la agudización constante de la crisis económico-social, predeterminan condiciones pero no generan automáticamente el fortalecimiento del movimiento revolucionario. Cuando mucho pueden precipitar desplazamientos espontáneos de las masas, o explosiones sociales más o menos esporádicas. Para que ello ocurra es menester la labor consecuente de la vanguardia; es preciso la capacidad política y orgánica de transformar la línea en fuerza movilizadora y organizadora de la clase obrera y la muchedumbre popular. Marx nos recuerda que **"la clase obrera posee un elemento: el número. Pero el número no pesa en el platillo de la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber"**.

Tampoco las "hazañas" de "héroes" o de grupos aislados, por decididas e imaginativas que sean, pueden poner en peligro la estabilidad del sistema —como enseña Lenin— **"Lo único que realmente hace vibrar en todos el espíritu de lucha y el arrojo son las nuevas formas del movimiento de masas o el despertar de nuevas capas de la masa a la lucha independiente"** (T VI, p. 190).

Tal como lo pensaba Lenin, el proceso uruguayo se caracteriza, antes que nada, por la continuidad de las luchas obreras y populares hasta convertirse en expresión de multitudes, por la espiral ascendente de su recorrido. En poco más de quince años, estas luchas se fueron extendiendo, engranando y profundizando hasta su grande y actual poderío. A través de esta experiencia acumulativa, la clase obrera forjó su unidad sobre bases clasistas, liquidó prácticamente, o redujo a mínima expresión, la presencia de personeros de la burguesía en las organizaciones sindicales, extirpo de importantes centros a los agentes del imperialismo yanqui o redujo o aisló las corrientes reformistas; maduró su conciencia de clase a través del ejercicio permanente de la solidaridad, en particular en los paros generales y de largas y difíciles huelgas, elevó su autoridad moral y política sobre las capas medias, antes que nada sobre los intelectuales y estudiantes, y se torno el eje de todo el sistema de organizaciones populares. Su programa que enlaza las reivindicaciones inmediatas con una clara postulación revolucionaria, antimperialista y avanzada, se ha vuelto hoy plataforma aglutinadora de las perspectivas y aspiraciones de todos los sectores avanzados. La coronación de este proceso de unidad casi total de los trabajadores en la CNT, y la acción común de esta con otras capas sociales, con el Congreso del Pueblo, con el Congreso de la Cultura y la Enseñanza y otras grandes asambleas populares, destacan el acierto de la línea aplicada de unificación obrera y popular, y su gravitación **"en el platillo de la balanza"** para repetir palabras de Marx. Y todo ello se traduce en

Y agregábamos "Para establecer una justa orientación táctica debemos "tomar en cuenta el estado de las fuerzas tanto del proletariado y del pueblo como de sus enemigos" "el grado de organización y conciencia de las masas, las tradiciones que pesan sobre ellas, las diversas formas del movimiento a desarrollar".

Por lo mismo, en cada fase que fueron registrando los sucesivos Congresos del Partido, tratamos de medir adecuadamente la madurez del proceso y las particularidades tácticas que, dentro de esta línea general, pasaban a primer plano. Indudablemente, en ese proyecto hemos cometido errores parciales, tenido insuficiencias que aún mantenemos, incurrido en estimaciones que la vida debió completar; pero en lo fundamental nuestro análisis y la línea que de éste deriva fueron justos.

En tres direcciones principales se desarrolló nuestro esfuerzo:

- a) en la tarea central de la unidad obrera y popular ya recordada;
- b) en la unidad de la izquierda —al principio de socialistas y comunistas—, como primer paso hacia un frente de todas las fuerzas democráticas y antimperialistas;
- c) en el sistemático desarrollo del Partido.

Un poco simplísticamente hemos descrito esta labor táctica a cumplir por el Partido con la imagen de tres círculos enlazados: dibuja, el más amplio, la organización multiforme y unificada de la clase obrera, y el sistema de organizaciones populares que ésta aglutina; el segundo, que entrecruza al primero, representa al frente político de los partidos y organizaciones de izquierda, llamado a extenderse, y que se relaciona por sólidos lazos programáticos y hasta físicos —la orientación de miles de dirigentes del movimiento de masas— con el anterior; el tercero y más pequeño, que se entrelaza con los otros dos, simboliza a nuestro Partido. El desarrollo e interacción dialéctica de estas tres vertientes confluye a la formación del Frente Democrático de Liberación Nacional. Por ello, el XIX Congreso insiste en este criterio: "En conjunto constituye un movimiento amplio, flexible y potente por medio del cual las fuerzas populares pesan en los acontecimientos nacionales y van plasmando y prefigurando el Frente Democrático de Liberación Nacional" (Resolución General del XIX Congreso del Partido Comunista).

Para este encaramiento, partíamos de una ajustada apreciación del período político-social que vivía nuestro país y de una estimación siempre actualizada de sus fases y momentos de desarrollo. Desde el punto de vista de la perspectiva revolucionaria, **calificamos todo este período como de "acumulación de fuerzas", diferenciándolo así, por sus tareas inmediatas, de una situación revolucionaria concreta; advirtiéndolo, sin embargo, que esta categorización no autorizaba a prever un largo lapso de lento desarrollo social. Decíamos: este puede precipitarse en el cuadro de agudización de la lucha de clases de modo increíble en tiempos normales o retrasarse por errores sectarios u oportunistas, o por falta de decisión y perspectivas de las fuerzas revolucionarias.**

Para hacer más comprensible este planteamiento evocábamos el juicio de Marx de que veinte años que preparan uno, hasta que ese uno corporiza por la madurez de los objetivos finales, los veinte años preparatorios. Y de esta visión dialéctica del proceso uruguayo, deducíamos la elevación del papel y la responsabilidad del Partido, en la función dinámica y aceleradora de los factores subjetivos, tanto de la vanguardia obrera como del complejo de organizaciones avanzadas de nuestro pueblo. El concepto leninista de la maduración de la conciencia política de las masas excluye —como se sabe— toda idea de automatis-

mo, toda infición positivista. La experiencia de las masas, maduradora de su conciencia, debe ser promovida, en condiciones objetivas adecuadas y con métodos correctos por la vanguardia, ajena a todo expectativismo rutinario, a toda idea contemplativa respecto a los condicionantes objetivos.

Hace 15 años partimos de una clase obrera dividida, dirigida en su mayoría por reformistas, gremialistas estrechos y hasta agentes de la CIA; de un estudiantado y una intelectualidad de mentalidad tercerista, de grandes sectores del pueblo desorganizado, y de un partido pequeño y aislado, convaleciente de una larga y dolorosa crisis interna. **El curso de estos 15 años que han ido modificando, en lo fundamental, la correlación de las fuerzas políticas en el país, es también el recorrido de la transformación de nuestro Partido en una fuerza política real, y en el principal conductor y orientador de la clase obrera unificada.**

5. Las grandes luchas de 1968-70

La fuerza unida de la clase obrera y el pueblo se fue forjando en medio de combates intensos y variados; de paros generales solidarios y políticos; de enfrentamiento a las tentativas golpistas de 1964 y 65, de acciones contra la represión abierta y los atentados cometidos al amparo de las Medidas Prontas de Seguridad, instauradas ahora prácticamente a permanencia; de luchas callejeras de meses por Cuba, y de acciones por Santo Domingo y Viet Nam, de combates juveniles y populares contra las conferencias de Punta del Este. Este rico proceso transitó por una metodología variada, que supo combinar la amplitud propagandística o las formas relativamente "pacíficas" de las luchas de masas, con las más intensas y las más duras, creándose en medio de ellas una fuerte conciencia solidaria. Los años 1968-69-70 pusieron a prueba esta capacidad de conducción de las masas en medio de la represión, sin que se detuviera el proceso de acumulación de fuerzas, de creación de las condiciones para hacer madurar nuevas y más elevadas etapas del movimiento revolucionario.

El gobierno apeló a métodos represivos nunca vistos en el país frente a la resistencia y al combate organizados y sistemáticos de la clase obrera y el pueblo: suspendió las libertades, militarizó 70 mil trabajadores, secuestró miles de cuadros del movimiento obrero llevándolos a las cárceles y los cuarteles u obligándolos a vivir en una clandestinidad o semiclandestinidad permanente, despidió cientos de trabajadores y dirigentes sindicales, atacó a los sindicatos, allanó sus sedes, asaltó la Universidad, rehabilitó la Isla de Flores para confinar a dirigentes de UTE, montó un fuerte aparato policíaco armado por los yanquis, precipitó la violencia cobrando la vida de numerosos jóvenes. Sin embargo, a pesar de este despliegue de represión desatada, el gobierno no pudo lograr su objetivo de destruir la fuerza del movimiento obrero y popular, que lo enfrentó en la lucha desenvuelta a largo plazo, en forma sistemática y permanente, sin tregua, consciente de los objetivos a alcanzar y de la táctica de triunfo.

En esta lucha se destaca en primer plano, el papel de la clase obrera. Fue el eje del enfrentamiento, de la resistencia al gobierno. Utilizando los paros generales de 24 horas o más, escalonados a lo largo de los 100 días de junio a setiembre de 1968, enlazados con las manifestaciones callejeras simultáneas de obreros y estudiantes, con los paros parciales de gremios y las huelgas generales de la industria privada y el transporte, las ocupaciones de fábricas, etc., lanzando siempre a la lucha nuevos destacamentos obreros. El proletariado desgastó así, en buena parte, la ofensiva represiva del gobierno, frustrando el principal objetivo estratégico de éste, que era quebrar la columna vertebral del movimiento. Y con

ello, contribuyó hasta ciertos límites, a aislar políticamente al gobierno y a congregar la resistencia de amplias capas medias y de los sectores políticos democráticos. Junto a la clase obrera se batió con heroísmo y fervor admirable el estudiantado. Todo ello se evidenció en una primera gran etapa de confrontación, cuando el entierro de nuestro camarada Líber Arce, en medio del imponente paro general y el desfile por quilómetros de alrededor de 300 mil personas.

A través de los ocho paros generales de 1968, de los realizados en 1969 o del paro total de actividades del 14 de octubre de 1970, la clase obrera apareció ante el pueblo en su histórica función de vanguardia. "En la huelga política —dice Lenin— la clase obrera interviene como vanguardia de todo el pueblo. El proletariado en esos momentos, no actúa simplemente como una clase más de la sociedad burguesa, sino que ejerce la hegemonía, es decir, es el dirigente, el que va adelante, el jefe. Las ideas políticas que se manifiestan en el movimiento tienen un carácter popular o sea, afectan las condiciones fundamentales y más profundas de la vida política de todo el país. Ese carácter de la huelga política —y así lo señalan todas las investigaciones científicas relativas a la época de 1905-1907— hace que se interese por el movimiento la totalidad de las clases y, en particular, se comprende, las capas más amplias, numerosas, democráticas de la población, el campesinado, etc." (T. XVIII, p. 78).

En este sentido, la lucha de la clase obrera está jalonada por acciones reiteradas en defensa de la libertad y la soberanía, que llegan a sus puntos más altos en los paros generales contra las amenazas golpistas en 1964 y 1965, o en las batallas de 1968-69 y 70.

Y al mismo tiempo de enfrentar sin ningún fatalismo las distintas ofensivas represivas del gobierno, el movimiento obrero y popular divulgó e hizo votar, fábrica por fábrica, la decisión de ir a la huelga general revolucionaria ante un golpe de Estado gorila o de la culminación golpista de la ofensiva represiva gubernamental.

Además de la intensidad, variedad de formas, extensión y continuidad, las luchas de 1968-70 se caracterizaron por ser de índole planificada; por no ser simples réplicas ocasionales o una sucesión de contragolpes frente a los ataques reaccionarios; por responder a un plan táctico de combinación de las acciones parciales y generales, legales e ilegales, parlamentarias y extraparlamentarias, con vistas a la derrota política del gobierno y al fortalecimiento del movimiento obrero y popular, a su extensión, a la formación de nuevas generaciones de cuadros, a la maduración política de la mayoría de la clase obrera. Ello no tuvo que ver con cualquier búsqueda de una salida electoral, en aras de la cual se hubieran graduado la magnitud de las acciones —como equivocadamente se juzgó por algunos comentaristas, sin entrar, desde luego, a responder a las calumnias de ciertos grupitos o a los odios de secta propios de los anarquistas, supervivencia anacrónica en medio del proceso de maduración histórica de la clase obrera uruguaya.

No, en esta concepción táctica que creemos la vida ha confirmado, lo esencial es y fue la lucha sin tregua, procurando no despreciar oportunidad alguna de darle golpes mortales al enemigo, pero también con responsabilidad plena por la suerte de todo el movimiento obrero y popular, por el avance real de la revolución uruguaya. No se libró una batalla sindical; fue una sucesión de combates políticos según una perspectiva revolucionaria.

Este período tenso y agudo se desarrolló a través de distintas fases: cubre los 100 días de 1968, el "verano caliente" que empieza en noviembre y prosigue

hasta marzo de 1969, para elevarse luego y agudizarse de mayo a agosto del 69. El año 1970 se inicia con el ataque a Secundaria, promedia con la clausura de cursos de la enseñanza media y se va proyectando como el inicio de la contraofensiva obrera y popular. Un acontecimiento como el Congreso de la Cultura es, en cierto sentido, una síntesis expresiva de esa alianza del proletariado con capas medias intelectuales y con vastos sectores vinculados a la enseñanza. Mirado desde el ángulo de la perspectiva unitaria de todo el pueblo, este año 70 marca un vértice con el paro general del 14 de octubre. Este evidenció el triunfo de una línea obrera, la experiencia de las masas, su avance en conciencia y organización, la extensión de las alianzas populares. El paro colocó en el centro de la escena los grandes temas de la vida del país. Mostró la posibilidad real de unir a todo un pueblo tras un programa. Este paro general —sin duda la mayor jornada en cuanto a extensión que ha conocido la República— repercutió profundamente en las tendencias políticas favorables a la unidad del pueblo.

* * * * *

En fin, en este período, y en relación estrecha con el clima de violencia creado por el gobierno se desarrollaron acciones diversas por el movimiento llamados de los. . . Algunas de estas acciones repercutieron sensacionalmente en el país y en el extranjero. En ellas perdieron la vida varios jóvenes y en las cárceles sufren hoy algunas decenas de militantes y dirigentes de ese movimiento.

Nuestro Partido adoptó frente a este fenómeno una actitud de principios, sin pagar jamás tributo a la histeria organizada por la propaganda de la oligarquía y el imperialismo yanqui, a la vez de señalar sus diferencias con ese camino táctico en el momento uruguayo, e ilustrar teóricamente nuestras opiniones con la experiencia obrera internacional según conocidas actitudes de Lenin. Por otra parte, hemos creído —en este y otros casos— que los problemas insoslayables de la lucha ideológica y la metodología táctica deben definirse, en primer término, por la práctica del movimiento, es decir, por el triunfo de una línea que sea verdaderamente revolucionaria y de masas.

6. De la unidad de la izquierda al frente del pueblo:

Camaradas:

En estrecha vinculación con el curso de luchas y de unidad de las masas, nos empeñamos en forjar la unidad en el plano político. Sabemos, por lo demás, que la primera no solamente se enlaza sino que es condicionante decisiva para la segunda. En las condiciones uruguayas, atenuadas por el bipartidismo, nuestro planteamiento comienza por buscar la unión con el Partido Socialista, es decir, a construir el frente antimperialista y democrático a partir de las fuerzas tradicionales de la izquierda. La historia del avance, de las peripecias y dificultades en esta materia, es conocida. El Partido Socialista, por distintas razones, según el momento de su historia política, se opuso a ella. Primero, según clásicas concepciones socialdemócratas entonces predominantes en ese Partido; después, porque consideraban necesario formar un agrupamiento de raíz nacional-populista, lo que los llevaba a nuestra exclusión motivada en razones tácticas. Esto condujo a plebiscitar en el movimiento obrero y popular y, en particular, a través de la elección del 62, las tendencias en debate. Y así nació el F.I. de Liberación, agrupamiento de militantes estudiantiles, obreros, intelectuales y de gru-

pos políticos en alianza con nuestro Partido, que se transformó en la fuerza fundamental de la izquierda. En las elecciones de 1966, el Partido Socialista declaró no poder efectuar la unidad en razón de la disputa entonces del lema partidario con el Movimiento Socialista, con el que votaron en común. En la actualidad, el Partido Socialista, todavía no se ha pronunciado en favor del frente de la unidad popular, (días después, el Partido Socialista se pronunció en favor del frente de unidad popular) argumentando que desea primero formar un "frente revolucionario" con algunos grupos de izquierda, lo que les permitiría, al parecer, disputar o emular —bajo un mismo lema electoral— con los sectores de la 99, el PDC y Rodríguez Camusso, calificados por ellos de centristas, y con el F.I. de L. y nuestro Partido a los cuales motejan de "polo reformista". Podríamos quizá, comentar esta resolución del Partido Socialista diciendo que, al parecer, han aprendido poco en cuanto a espíritu unitario, del accidentado período que les tocó en suerte o podríamos responder contundentemente a esa insultante e injusta adjetivación de nuestro Partido y del F.I. de L. Pero nos sentimos responsables por la suerte del pueblo, que ya conoce tantas frustraciones. Por lo tanto, sólo diremos hoy que deseamos que los socialistas vengan al fin a la unidad y que contribuyan así a darle al pueblo uruguayo una gran salida, y que este espíritu realmente unitario ayude al Partido Socialista. Y lo decimos de todo corazón.

Claro está, las posibilidades de unidad popular hoy tienen una extensión y envergadura que hace unos años sólo podíamos prever teóricamente. Reflejando el proceso de la unidad de las masas y la coincidencia y el frente único alcanzado en tantos aspectos de la lucha en estos últimos años, surgió la iniciativa del Frente del pueblo —el llamado Frente Amplio—, cuyo alcance histórico-político hemos señalado y que evoca un ascendente entusiasmo popular. Vemos este frente como un gran paso en la ruta conformadora del Frente Democrático de Liberación Nacional.

Dedicaremos a su formación nuestro fervor, nuestro trabajo firme y decidido.

7. El frente democrático en formación

Camaradas:

Ostensiblemente culminan, en las horas de realización de nuestro Congreso, las decisiones favorables a la constitución de un frente democrático, antimperialista y antioligárquico. En estos días se han pronunciado sucesivamente en tal sentido, el sector batllista que encabeza el senador Michellini, el Partido Demócrata Cristiano y el Movimiento Blanco Popular Progresista cuyo líder es el senador Rodríguez Camusso. El comité de personalidades, presidido por el Gral. Balañas, recoge adhesiones en todo el país. Se han pronunciado favorablemente el Dr. Quijano y el semanario "Marcha", que participan del citado comité. El Movimiento Socialista también lo ha hecho. Coincidentemente, las respuestas del Gral. Seregni a preguntas de "Marcha" —de profundo contenido doctrinario y de ajustado realismo político— son nueva contribución a esta irreversible cruzada nacional y popular. Nuevas personalidades, grupos y partidos están llamados a incorporarse más tarde o más temprano a este frente. La vasta repercusión popular demuestra inequívocamente que este frente comienza a proyectarse con una nueva alternativa de poder.

El Frente Izquierda de Liberación y nuestro Partido han resuelto integrarlo, por todas las razones señaladas.

¿Cómo caracterizar este frente, ateniéndonos rigurosamente a su contenido social, a sus objetivos programáticos y a las tareas inmediatas que potencialmente está en condiciones de cumplir? La respuesta tiene importancia histórica y táctica para nuestro Partido, en su calidad de partido de la clase obrera, es decir, marxista-leninista. En cierto sentido la contestación ya fue anticipada en este informe.

En este momento de su desarrollo, lo vemos como un frente democrático avanzado. Entendemos por tal un movimiento político que tenga por base social de sustentación la alianza de la clase obrera y de los diversos sectores de trabajadores con las amplias capas medias de la ciudad y el campo; pero que sea apto, a la vez para arrastrar tras de sí a todos los que se oponen directa o indirectamente a la oligarquía y al imperialismo, en particular, a todos aquellos lesionados por la política que hoy personifican Pacheco Areco y su corte.

Por lo tanto, las líneas principales del programa de esta unidad política coincide con los postulados matizados por más de una década de acciones de las multitudes obreras y populares, que opusieron una plataforma nacional, democrática y progresiva a la línea entreguista, regresiva y expoliadora de la oligarquía y sus personeros. Aunque toda elaboración programática debe ser el producto de la negociación amplia de los sectores participantes —cosa que aún no ha ocurrido— existe, evidentemente, **un programa básico** en la conciencia de las masas, que han luchado por una política exterior independiente, por el rescate de los entes fundamentales del Estado del dominio imperialista, por la nacionalización de la banca y de la industria frigorífica, por la moratoria de la deuda externa y contra las recetas del FMI, por medidas de reforma agraria, de estímulo a la producción industrial y agraria, de desarrollo de las actividades económicas, por el saneamiento de las finanzas públicas y de la previsión social; que han repudiado las implicancias y la utilización del gobierno para el enriquecimiento de los grupos oligárquicos y que, al mismo tiempo, han reclamado justicia social, atención a las reivindicaciones del pueblo, la liquidación de la COPRIN y el establecimiento de una verdadera política de salarios y precios; una auténtica política de vivienda y salud pública, de atención a la madre y al niño; de apertura de rutas en la vida para la juventud; la defensa de la enseñanza y de los principios de su autonomía; el rescate y ampliación de las libertades democráticas y sindicales y el perfeccionamiento y ensanchamiento de la democracia, con participación efectiva del pueblo en el gobierno. Este programa, en forma resumida, apunta en las direcciones principales de lo que denominamos un cambio democrático avanzado en la República.

No será, por lo tanto, una coalición formada con ocasional finalidad electoral, sino un auténtico movimiento popular, relacionado en la vida diaria con toda la lucha de la clase obrera y el pueblo, en la que deberá basarse para el logro de sus objetivos de transformación social y política.

Participarán, por lo tanto, no sólo fuerzas políticas perfectamente diferenciadas como las que ya se enuncian y posiblemente otras, sino también personalidades, blancas y coloradas, marxistas y no marxistas, religiosas o sin religión, intelectuales, líderes sindicales, militantes estudiantiles, mujeres, figuras juveniles, hombres del campo, ciudadanos de origen civil o militar... Todo lo cual reflejará tanto la presencia múltiple del pueblo como el pluralismo propio de su frente.

Es importante advertir que el agrupamiento popular en formación, no equivale plenamente, en esta etapa, a la categoría denominada en nuestra concepción estratégica como Frente Democrático de Liberación Nacional. Aunque no existe

ningún antagonismo entre esta coalición más amplia y de más limitados objetivos programáticos y el frente a que nos referimos. Consideramos el frente a formar un paso de proyección histórica y el apoyo caluroso que le prestamos no contradice nuestro programa más radical, ni la marcha hacia nuestros objetivos finales. Este frente corresponde a la fase político-social que vive el Uruguay, a las tareas posibles del presente que debe tener en cuenta quien desee andar hacia el futuro. Las leyes generales del desarrollo social y de la revolución socialista se manifiestan singularmente en cada país y en cada proceso político particular. Esto nos exige tener en cuenta —como lo pregonaba la Declaración Programática del Partido—, lo específicamente nacional en cuanto a las vías de acceso al socialismo y la sucesión de las fases o etapas a recorrer. “Recogemos —dice esta Declaración— las mejores tradiciones nacionales, que se integrarán en la vía que el Uruguay ha de recorrer hacia el establecimiento del régimen socialista: los principios republicanos y de defensa de la soberanía nacional sustentados por Artigas y otros héroes de la Independencia, el sentido laico de la reforma valeriana, el amor a las libertades democráticas y el espíritu fraternal de nuestro pueblo”.

Coincidentemente, hemos referido más de una vez, en la situación uruguaya, la advertencia señera de Lenin: “Quien quiere ir al socialismo por otro camino que no sea el del democratismo político, llegará infaliblemente a conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el sentido económico como en el político”. Como también hemos afirmado que no existe en el marxismo-leninismo ninguna razón de principios que niegue la posibilidad de la participación de hombres y partidos diferentes, ya unidos en la lucha nacional libertadora, en la hora del tránsito hacia el socialismo.

Nuestro apoyo y participación en un frente democrático de tales características no obedece sólo a razones tácticas; menos a motivaciones estrechamente transitorias. Lo consideramos una respuesta consciente a las peculiaridades del momento uruguayo, pero inserta en las perspectivas de los cambios revolucionarios que el Uruguay necesita. Por lo tanto, toda oposición entre los avances democráticos actuales, que además, y primero es menester conquistarlos, y las perspectivas revolucionarias futuras, sólo llevaría a incurrir en las ridiculeces metafísicas a que son afectos algunos olfateadores del marxismo.

Lenin aconseja “investigar, estudiar, descubrir, adivinar, captar lo que hay de particular y de específico desde el punto de vista nacional, en la manera en que cada país aborda” la solución de las grandes tareas históricas.

Y en este sentido, nosotros, que sostenemos permanentemente los principios del marxismo-leninismo, creemos que el momento nacional nos reclama concertar todas nuestras energías en la tarea común de unir al pueblo, ya unificado poderosamente en el plano gremial, también en el plano político. Y esto sólo es posible en torno a un programa y a una alternativa de poder de carácter democrático avanzado.

Las condiciones para esa unidad están creadas. Y de todo corazón y con toda la responsabilidad que nos caracteriza, —libre de sectarismos— deseamos contribuir a su creación y a su desarrollo, extensión y profundización. Apoyamos así, plenamente, el pronunciamiento del Frente Izquierda que en su declaración de apoyo al frente de unidad popular, destaca que éste debe basarse por lo menos, en los siguientes requisitos:

- un programa común, que asegure la coherencia de objetivos para lucha popular y de gobierno; un pacto político que garantice la responsabilidad e intervención colectiva de todos los participantes en la conducción política, en los

cargos y en la labor general de gobierno, y que delimite las obligaciones comunes y las normas de conducta política de todos los grupos políticos; y el apoyarse profunda y permanentemente en la movilización de todo el pueblo.

Claro está, en la emergencia de las elecciones de 1971, es obligatorio y conveniente la presentación de candidatos comunes a la Presidencia, Vicepresidencia e Intendencias municipales.

En fin, nuestro Partido cree que la formación de este frente no supone la desaparición o dilución del F.I. de L. . Por el contrario, pensamos que el Frente Izquierda seguirá fortaleciéndose con las proyecciones revolucionarias de su programa y de su acción, y que ello no será obstáculo para la fraternidad y la coincidencia plena, en la órbita política y práctica más amplia, con todas las fuerzas de este nuevo frente, las que conservarán también sus respectivas fisonomías.

8. Las horas venideras serán de prueba

Los días venideros serán de prueba. Y esto será así tanto por la magnitud de los objetivos a que apuntamos como por la agudeza de la batalla a librar contra el gobierno y la oligarquía, y contra las diversas agencias del imperialismo yanqui que ya recrudescen su campaña contra el frente popular. Pero también porque será menester superar defectos, corregir insuficiencias o retrasos en el movimiento obrero y popular, desplegar en toda su potencialidad la fuerza de masas de los distintos destacamentos de la clase obrera y del movimiento sindical, superar los retardos y rutinas que restan en éste u otro lugar, a veces encubiertos por la gran fuerza de conjunto que éste representa y por los éxitos notables alcanzados; absorber y superar los efectos nocivos de las pugnas de tendencias dentro de la izquierda, siempre aprovechadas por el enemigo y que, en algunos lugares, aparecen a veces como luchas sin principios, manchadas de anticomunismo. Habrá que mejorar los métodos de dirección y las formas organizativas a fin de dar a las grandes masas obreras la más profunda y directa participación en todos los aspectos de la labor sindical, ensanchando las zonas de intervención en los procesos directivos de miles y miles de militantes de fábricas y gremios, enrolando nuevas y novísimas generaciones de cuadros, etc. Por otra parte, el combativo estudiantado universitario, secundario o de la llamada Universidad del Trabajo, deberá soldar todavía más su alianza con la clase obrera y desplegarse en todas las posibilidades de su actividad, en todo su fervor revolucionario, consciente de que su contribución a la unidad y victoria del pueblo puede ser muy importante siempre que intervenga el conjunto estudiantil y no sólo sus sectores políticamente más definidos, que se forje una nueva unidad y un clima de diálogo entre los sectores partidarios de la unión popular, que se tenga los ojos puestos en las grandes masas, con responsabilidad por las metas históricas que podemos alcanzar, por lo tanto, con una sensata valoración, en cada caso, de los métodos a utilizar y de las formas tácticas de lucha. El movimiento estudiantil —que dio la más alta contribución de sangre a la libertad en los dramáticos años 68-70, entre ella la de nuestros inolvidables compañeros Líber, Hugo y Susana— está llamado a contribuir con responsabilidad, fervor y trascendencia, a la gran batalla contra la oligarquía y el imperialismo que emprenderá el pueblo, que al llevar su unidad a formas superiores, abre un trascendental período histórico.

Lo mismo podemos decir de los intelectuales, de los universitarios, de los docentes de Secundaria y Primaria, de estos sectores sociales agrupados ya sindicalmente en la CNT, pero llamados, así como todas las fuerzas de la enseñanza y

la cultura, a contribuir de modo importante a la unidad y victoria popular. Las reivindicaciones principales que el Congreso de la Cultura ha expuesto, sólo se lograrán si derrotamos la política oligárquica, si el pueblo unido triunfa. Podemos repetir este concepto en cuanto a los médicos, a los técnicos, a ingenieros y arquitectos, a los profesionales universitarios. Los dramáticos problemas de la salud popular, de la vivienda, del desarrollo económico y el progreso técnico, del destino de la Universidad y la enseñanza, etc., se resumen hoy en las grandes definiciones políticas que tenemos por delante.

Los escritores, artistas, la gente de teatro, etc., que ya aportan con sus obras, y a veces con su militancia —entre ellos los cultores de la música y la canción popular—, están llamados a un gran papel.

En otro plano, anchos sectores populares deberán enrolarse en la batalla, tanto en el terreno gremial como en el político. Decenas de miles de jubilados y pensionistas estafados por este gobierno, burlados por los anteriores, deben verse fuerza de definición, enlazados a los demás destacamentos obreros y populares. Lo mismo que en las amas de casa y la gente de los barrios populosos. En fin, podríamos detallar otros aspectos.

La hora que vivimos se puede caracterizar, en cuanto al proceso social y político, como de extensión y profundización de la unidad total de la clase obrera y de fortalecimiento y ampliación de su alianza con las capas medias urbanas, intelectuales y estudiantes, con el movimiento de jubilados y pensionistas, etc. En esta etapa se subraya la importancia de la alianza con los trabajadores del campo, en particular, con los agricultores y ganaderos pequeños y medianos. Se puede decir que en el grado actual de acumulación de las fuerzas obreras y populares, **esta alianza definirá, en última instancia, en todo el próximo período, las magnitudes del triunfo popular.**

Cabe señalar apretadamente aquí —ya que acerca de ello habrán intervenciones especiales en este Congreso— que si bien la organización de los asalariados rurales ha avanzado significativamente en los últimos años, consolidándose las organizaciones de peones de tambo, remolacheras, trabajadores de la caña en El Espinillar y en otros lugares, la alianza de los obreros y de las capas avanzadas urbanas con los campesinos y los agricultores y ganaderos pequeños y medianos no ha dado muy importantes pasos. Para la unidad popular ésta deberá ser una gran preocupación. Es una batalla a ganar en el plano gremial y en el plano político.

También en este sentido será menester vigorizar los contactos y estimular las acciones comunes ya emprendidas entre la clase obrera y los pequeños comerciantes, industriales y artesanos de Montevideo y otras ciudades. La significación de esta alianza se verificó especialmente en el paro general del 14 de octubre.

* * * * *

Hemos dicho que los días venideros serán de prueba.

A pesar de que llegamos al año electoral, el gobierno prosigue esgrimiendo inconstitucionalmente las Medidas de Seguridad y manejando el decreto en todos los ámbitos. La campaña continuista es, no sólo una añagaza electoral, sino también un factor golpista potencial. Y acerca de ello habrá que alertar al pueblo y afirmar su decisión de responder en todos los terrenos. Por otra parte, los diversos sectores de la oligarquía, las agencias del imperialismo yanqui y ciertos servicios de inteligencia extranjeros o pertenecientes a aparatos policíacos y mi-

litares del Uruguay, han iniciado la campaña propagandística, calumniosa y de burdo anticomunismo contra el frente del pueblo y todo el movimiento obrero y democrático. Son los prolegómenos de la campaña de terror al estilo de la derrotada por el pueblo chileno. Comienza ya, por lo demás, la organización del terrorismo por grupos de derecha, conectados a servicios policiales y a la embajada yanqui. Las provocaciones, en las cuales intervienen también la embajada de Israel y ciertas agrupaciones sionistas, seguirán in *crescendo*. El antisovietismo es su especialidad y, actúan en común con la CIA.

Y habrá que responderles, a todos ellos, con la acción de las masas obreras y populares; también con la amplia propaganda y agitación, con las operaciones *verdad y memoria*, con respuestas acerca del auténtico contenido del movimiento popular, de su programa, de su significación en la vida nacional.

La presencia del frente será, en esta etapa, un factor nuevo de enorme gravitación. Habrá que librar una gran batalla propagandística e ideológica, poniendo el acento en algunos sectores importantes. Un gran eje deberá ser la clase obrera; otro, las grandes masas de la juventud. Esfuerzos destacados deberán ser dirigidos hacia los sectores de la intelectualidad y del campo cultural, y hacia las mujeres y, en forma fundamental, hacia el campo y el Interior del país.

* * * * *

AMERICA LATINA

XVII CONGRESO — Agosto de 1958

Informe de Balance del Comité Central. Cap. I, apartado 4.

4. UNIDAD DE LOS PUEBLOS LATINOAMERICANOS CONTRA SU ENEMIGO COMUN

El proyecto de Declaración Programática, subraya el papel cada vez más importante de América Latina en la batalla mundial por la paz y la independencia de los pueblos.

“La significación internacional de América Latina —dice— se ha acrecentado. Las modificaciones experimentadas en la situación mundial, aumentan por un lado la importancia que el imperialismo yanqui asigna a nuestro continente en su estrategia bélica y en sus planes de absorción monopolista de nuestras riquezas y de expoliación de nuestros pueblos, pero, por otro, ensanchan las perspectivas de la lucha por una política exterior independiente, soberana, favorable a la paz y propicia a nuestro desarrollo económico”.

“Por lo mismo, derroteros inmediatos se ofrecen ante nuestros países: Uno supone el enredo de A. Latina en los planes bélicos norteamericanos, con sus distintos pactos de militarización continental, de bases estratégicas y de saqueo de nuestras materias primas y recursos naturales, al amparo de pretextos político-militares. El otro, conjunga la defensa de la paz con los intereses político-económicos de nuestros pueblos. Hacia él abren paso la acción de la clase obrera y de las masas, el crecimiento de las luchas democráticas y de la conciencia patrió-

1
tica. América Latina ve madurar en su seno las fuerzas de la liberación nacional "

Este doble proceso encierra la gran lucha actual del continente. La declaración de Dulles en Brasil, la llamada "operación panamericana", nos advierte que la lucha entre estas direcciones se agrava. Abiertamente proclama el propósito de utilizar el continente al servicio de la guerra y de la agresión, y para ello postulan el saqueo de nuestras riquezas, disfrazado con frases sobre una nueva política económica "panamericana".

El imperialismo yanqui es el opresor principal de los pueblos de América Latina, y el organizador de la reacción y de la guerra en el plano internacional.

Para los banqueros y militaristas del dólar, América Latina debe ser una fuente de carne de cañón ("soldados suplementarios" más baratos que el norteamericano, según la jerga del Pentágono), de materias primas estratégicas de bajo precio y una vasta faja de partida, en el Atlántico y el Pacífico para la agresión mundial. Esta concepción se acompaña por la pretensión de organizar un continente "tranquilo" guardado por dictaduras sangrientas y gobiernos serviles enfangados en la represión antiobrera y en la liquidación o cercenamiento de las libertades democráticas.

El pensamiento de Washington respecto a América Latina se expresa en los Tratados panamericanos; se traduce en la intervención diplomática o militar al estilo de la agresión a Guatemala, de la amenaza de ocupación de Venezuela a raíz de las demostraciones contra Nixon o del reciente desembarco en Cuba; en el patrocinio de los Batistas, Somoza, Trujillo; en el reciente intento de golpe militar en Venezuela, en fin, en la frase del "New York Times": "En Uruguay hay demasiado democracia. . .".

Los planes militares y la redoblada intervención constituyen parte de la acción de los monopolios yanquis que se apropian la mayoría de las materias primas del continente, se llevan en beneficios multimillonarios los frutos del trabajo nativo, traban el desarrollo de las fuerzas productivas, deforman la economía y expolian a las masas.

Las inversiones norteamericanas al sur del Río Grande superan los 9.000 millones de dólares. Como se sabe, hasta un organismo como la CEPAL ha debido comprobar que la sangría millonaria a nuestros pueblos excede en mucho cada año, "a la entrada del capital privado extranjero". Y ello traba el desarrollo económico de estos países. Según cifras oficiales el ritmo del débil desarrollo industrial de América Latina habría descendido de un 70/o de incremento en 1954, a un 30/o en 1956. Esta cifra es hoy seguramente menor. A su vez asistimos al estancamiento o a la degradación de la agricultura en muchas zonas.

Toda la situación económica de los países americanos se irá sin duda agravando. El descenso de los precios de las materias primas y la caída de las exportaciones, la escasez de divisas producto de las balanzas comerciales deficitarias y del comercio desigual, expresan ya la sensibilidad enfermiza de sus economías a las fluctuaciones del mercado exterior. La crisis en marcha en los EE.UU. y en todo el mundo capitalista, sumará sus consecuencias a los males crónicos de la crisis de la estructura económica latifundista y dependiente del imperialismo.

Frente a esta situación, asistimos a un despertar creciente de los pueblos de América Latina. El crecimiento de las luchas de la clase obrera, bajo la forma de

pujante movimiento huelguístico, las acciones campesinas en distintos países, la militancia democrática de los estudiantes e intelectuales, el desenvolvimiento de la conciencia patriótica, han escrito en todo este período páginas de gran combatividad. La caída de varias dictaduras al servicio del imperialismo, particularmente en Venezuela, el avance democrático en Argentina, la lucha heroica del pueblo cubano, la consolidación de la unidad obrera y antimperialista en Chile, el desarrollo de las luchas nacionales en Brasil, el repudio general al imperialismo yanqui que Nixon comprobara en carne propia, están señalando una nueva situación en el continente.

Y ello es lo nuevo y promisorio en la realidad de nuestros países.

Frente a la política de sometimiento al dólar, se hace conciencia entre la mayoría de la población de que no existe otra salida para nuestras economías en crisis, para las necesidades de un desenvolvimiento social progresivo y un desarrollo democrático, que concluir con las imposiciones bélicas norteamericanas y abrir paso a una política exterior independiente, es decir, favorable a la paz y afirmativa de la soberanía de cada nación.

La Declaración Programática, al situar nuestros problemas, como parte de la gran batalla común del continente, destaca: "La lucha por una política exterior independiente, es un gran objetivo presente para los pueblos de América Latina" y, agrega que este objetivo "involucra en las condiciones de la pugna histórica contra los monopolios imperialistas, las aspiraciones a un curso político democrático, al desarrollo industrial y agrícola y al progreso".

Dicho de otra manera, la ruta del desarrollo económico progresista de nuestro pueblo y de la democracia, cruza por la independización de la política exterior de nuestros países, rompiendo las mallas de las obligaciones bélicas norteamericanas y contribuyendo a la paz del mundo.

La realización de una política exterior independiente es una aportación a la paz mundial, pero el esfuerzo hacia la distensión internacional y la coexistencia pacífica facilitan a la vez tal conducta independiente de las relaciones exteriores.

Nuestros pueblos podrán encarar así más fácilmente la gran tarea del rescate de sus riquezas nacionales de manos de los monopolios imperialistas, particularmente norteamericanos, y asegurar su independencia económica.

Los cambios sobrevenidos en la correlación de las fuerzas mundiales, colocan esta perspectiva ante América Latina.

La existencia del campo socialista encabezado por la Unión Soviética, asegura la posibilidad de extender libremente un comercio igualitario, de lograr materias primas e instalaciones industriales y de tener acceso a la técnica más avanzada, con el fin de incrementar la industria, la ganadería y la agricultura, sin obligaciones de carácter militar y político. La experiencia de los pueblos de Asia y Africa, la propia experiencia latinoamericana en Uruguay, Argentina y otros países lo confirman de modo terminante.

Este avance de los pueblos latinoamericanos, decisivo para la paz mundial, y que significaría un cambio radical en nuestros destinos, sólo podrá lograrse a través de una dura y obstinada lucha. En ella venceremos, si los pueblos latinoamericanos estamos unidos. El enemigo es común, el imperialismo norteamericano y los grupos vendepatrias que lo sirven. Común es nuestra historia y comunes

tierra el mito de la fatalidad geográfica de la dominación de E E UU. sobre el continente. Demostro que en las actuales condiciones historicas —cuando existen la Union Sovietica y un poderoso sistema socialista mundial y cuando el colonialismo se desploma— todo pueblo perteneciente a un pais grande o chico, aun en pleno mar Caribe puede liberarse del imperialismo si esta unido y si sus dirigentes defienden con firmeza las conquistas de la revolucion

En estas condiciones historicas, ni el bloqueo economico ni los ejércitos mercenarios, ni la agresión imperialista desnuda, han podido derribar el gobierno revolucionario, ni apagar su ejemplo luminoso para América Latina

El gobierno de los EE UU ha hostilizado a Cuba sin cesar y ha procurado aislarla de sus hermanas, las republicas del continente. Bombardeos, provocaciones, atentados, raudales de dólares para pagar la calumnia y adobar la mentira impresa, conferencias panamericanas en Santiago, Costa Rica y Punta del Este, rupturas de relaciones impuestas por el filo del espadón de turno, la aventura de Playa Girón y ahora los aprestos para una nueva agresión o desembarco, son los testimonios de la incesante agresión norteamericana contra la heroica isla. ¡Pero en Cuba sigue ardiendo la llama inspiradora para los pueblos dolidos de esta América nuestra!

Por ese hecho, por su arraigada y triunfal pervivencia, Cuba, avanzada de la revolucion latinoamericana, se convierte tambien en el símbolo de esta epoca maravillosa que vivimos.

Desde ese punto de vista, la Revolución Cubana —como antes lo hicieran las revoluciones nacional-liberadoras de Asia y Africa— comprueba la coincidencia histórica de la segunda revolución de la independencia latinoamericana y el sistema socialista mundial, atestigua que el movimiento de liberación nacional en nuestra época es parte de la revolución socialista internacional

La experiencia cubana se ha vuelto así un factor de esclarecimiento ideológico para todos los luchadores por la emancipación de América Latina. Ha comprobado el error básico de la llamada "tercera posición" que pretendió que la revolucion democrático-nacional se llevaria a cabo en nuestro continente al margen de la revolucion socialista internacional y en contraposición a la Unión Sovietica y el sistema socialista

Desde el punto de vista de su desarrollo interno, la Revolución Cubana verifica que la línea socialista y no la vieja, dolorosa y larga del capitalismo, señalaba el rumbo mejor y el mas rápido camino para superar el llamado "subdesarrollo", es decir, el retardo historico-social en el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Cuba demostro la validez de la teoria marxista-leninista acerca de la coexistencia de dos fases en el curso de la revolución latinoamericana, la democrático-nacional y la socialista y demostro que entre ambas no existe una muralla separadora. la revolución antimperialista y agraria llevada hasta sus ultimas consecuencias se transforma en revolucion socialista, si a su frente se encuentra el proletariado, aliado a los campesinos y a otras fuerzas sociales avanzadas

Pese a las formas tan originales que caracterizaron el curso cubano, su revolucion verifica una vez más las leyes generales de la revolución socialista, del transito del capitalismo al socialismo inclusive en aquel aspecto que fuera mas negado por ciertos exegetas extranjeros del proceso cubano nos referimos a la

necesidad de la existencia de un partido marxista-leninista, fuerte y unido, como garantía de la continuidad de la revolución y de la ulterior edificación de la nueva sociedad

Cuba demostró, a la vez, la validez y superioridad del método revolucionario, radical, frente al reformista, para encarar los problemas cruciales de nuestro desarrollo histórico-social.

La Segunda Declaración de La Habana es un importante documento que ya ha entrado en la historia de nuestro continente.

El ejemplo cubano —cargado de emociones y tan lleno de enseñanzas— convocó la lucha liberadora de todos los pueblos de América Latina.

En todos los países, la lucha patriótica, democrática y popular se ha elevado y ha pasado a un estadio superior. Lo advierten los imperialistas yanquis y las oligarquías vendidas que multiplican sus crímenes y sus trampas contra los pueblos; pero lo advierten la clase obrera, las masas populares y todas las fuerzas patrióticas del continente que buscan afanosamente los caminos de su unidad, sabiendo que en ella está la clave de la victoria en estas vísperas augurales de la primavera continental.

Pese a la represión sangrienta de los Stroessner, Idígoras, Somoza, Duvalier y otras criaturas predilectas del dólar, pese a los generales gorilas que hacen de las instituciones argentinas una cuestión de cuartel, pese al pasaje a la traición abierta y ensangrentada de los Bentancourt, Haya de la Torre y Cía., pese a las proscripciones del marxismo-leninismo por la O.E.A., la revolución latinoamericana avanza por el continente, donde —al decir del poeta— hay "olor a 1810". El movimiento de liberación nacional ya maduro, o la lucha más inmediata por una mejor correlación de las fuerzas que marca los objetivos del pueblo en tal o cual país, la elevación del papel de la clase obrera, están indicando que América Latina quiere apresar con las manos, en esta década, la hora del destino. La lucha patriótica y popular avanza del Río Bravo a Tierra de Fuego, aunque los ritmos del desarrollo revolucionario y las formas de lucha en cada país sean diferentes.

La unidad de la clase obrera, el auge del movimiento huelguístico, el ingreso al combate de millares de campesinos, la unidad o avance hacia la unidad de los grupos y partidos ant imperialistas, las vibrantes demostraciones estudiantiles, el alistamiento —con su obra y su vida— de la intelectualidad patriótica junto a la revolución, inclusive el malestar creciente, las mayores contradicciones y protestas de políticos e ideólogos de la burguesía nacional, dicen que en toda América Latina se acumulan las fuerzas de la revolución, que maduran las mieses de la libertad. La resistencia patriótica crece y se expresa por muchos caminos. Las perspectivas victoriosas del FRAP chileno, la unidad de las masas venezolanas, los heroicos combates del pueblo paraguay, las acciones de masas y las guerrillas en Guatemala, las luchas en Brasil, Argentina, Bolivia, Ecuador, Colombia, el martirio y la pugna de toda América Central, cubren a diario las páginas de la prensa. América Latina está de pie y avanza hacia su liberación.

El imperialismo yanqui recurre a todos los medios y a todos los métodos para cerrar el paso al movimiento patriótico y reivindicativo. Fomenta golpes militares, apadrina candidatos, organiza cursos antiguerrilleros, erige el asesinato de los militantes revolucionarios en tarea del Estado norteamericano, acentúa el soborno y la corrupción. Su más triste ejemplo es la Alianza para el Progreso del Sr. Kennedy que rápidamente se ha desfundado, exhibiéndose como un instrumento más de la rapiña norteamericana

Debemos tener conciencia, claro está, de que el imperialismo yanqui pasa a una nueva etapa de violencia y crimen contra los pueblos, de golpes de estado, de financiación del terrorismo, de aventuras fascistas y de estímulo a la represión en todo el continente. Y que hoy, otra vez, afila sus armas para la nueva agresión contra Cuba. La lucha se endurece visiblemente en toda Iberoamérica; pero, como se ha dicho tantas veces, la revolución latinoamericana es ya irreversible.

Ante el enemigo común la lucha de los pueblos debe ser también común. Ante cada uno de nosotros, está como nunca manifestada por la vida la unidad de nuestros destinos, la necesidad de reforzar la solidaridad y el entendimiento de la clase obrera, de los pueblos, de su intelectualidad y de su juventud.

En esta dirección se destaca el acuerdo de las centrales sindicales de varios países, de hacer avanzar el proceso de la unidad obrera latinoamericana.

El papel internacional del imperialismo yanqui, que es a la vez el principal colonizador del continente, destaca el carácter común de la revolución latinoamericana, la necesidad del apoyo mutuo en todas las luchas. Entre ellas, es un meridiano de definición la solidaridad con la Revolución Cubana. Como lo hemos venido subrayando en estos tres años, la defensa de la Revolución Cubana es un deber sagrado para todos nuestros pueblos y es una contribución a la salvaguardia de la paz mundial. Deber internacionalista y solidario, es también una gran tarea nacional de cada pueblo, enlazada a la causa misma de su liberación, a su lucha actual por una política exterior independiente, por la democracia y el progreso social.

Nuestro pueblo, que ha sentido tan profundamente la diana de Cuba, está llamado a proseguir desarrollando el movimiento de solidaridad.

* * * * *

XIX CONGRESO — Agosto de 1966

Informe de Balance del Comité Central. Cap. I. apartado 4

4. EN AMERICA LATINA EL ENFRENTAMIENTO ADQUIERE UN CARACTER MAS DURO Y VIOLENTO

Camaradas:

En el cuadro de las luchas liberadoras mundiales ha entrado vigorosamente América Latina. La revolución cubana anunció una nueva fase del proceso redentor de nuestros pueblos. Hoy en todos los países transcurre una dura batalla en que la clase obrera y las fuerzas patrióticas y democráticas en general, enfrentan al imperialismo yanqui y a sus lacayos y se unen en defensa de la independencia nacional, la democracia, la reforma agraria y el bienestar del pueblo.

Todo indica el avance del proceso revolucionario, a pesar de la furiosa contraofensiva del imperialismo yanqui. Pese a ella, vivimos una etapa de transición hacia más grandes batallas revolucionarias. La aguda crisis económico-social de nuestras sociedades y la sangría tremenda de la expoliación norteamericana, gestan en su entraña la tendencia irreversible hacia la liberación nacional y social, otorgan la base natural y las condiciones políticas de la eclosión revolucionaria, la denominada "segunda guerra de independencia"

La ferocidad yanqui endurece el proceso pero no puede revertirlo. Por el contrario, estrecha las bases sociales e ideológicas de su dominación, hiere la más extensa gama de intereses y tradiciones, pisotea el anhelo patriótico y la inquietud renovadora ya desencadenada en estas tierras, y promueve, lógicamente, la unidad más amplia de nuestros pueblos en defensa del ejercicio de su derecho a la autodeterminación.

La lucha que opone a nuestros pueblos contra el imperialismo norteamericano ha asumido así, en todas partes, un carácter mucho más duro y violento. El imperialismo de los EE.UU., al mismo tiempo que renueva sus agresiones y provocaciones sistemáticas contra Cuba, siembra América Latina de golpes de estado, los últimos de los cuales entronizaron la dictadura de Castelo Branco en Brasil en 1964 y la de Onganía en Argentina en 1966. La dura tiranía policíaca (civil o militar) es hoy el régimen de gobierno predilecto del Departamento de Estado. Al amparo de la "doctrina Johnson" y de la "resolución Selden", Estados Unidos desembarcó sus "marines" en la República Dominicana y en el territorio ocupado amañó un fraude electoral. Pugna por transformar el continente, en un vasto campo de concentración, y por ello acentúa todos los elementos represivos: no cesa en su propósito de sacar adelante en la OEA la creación de la Fuerza Interamericana; monta aparatos especializados para la llamada "guerra antisubversiva", en Panamá y Estados Unidos y hace desfilar por ellos a los jefes de las fuerzas armadas de cada país; ejecuta maniobras militares y aéronavales conjuntas, bajo comando yanqui (operaciones "Ayacucho", "Unitas", etc.); introduce directamente sus "técnicos" y policías en el aparato de Estado; organiza el espionaje a la escala del continente.

El imperialismo yanqui se orienta, en América Latina como en el resto del mundo, a la eliminación física de los dirigentes del movimiento patriótico, democrático o comunista, ya sea por medio del asesinato o de la muerte lenta en las prisiones. El soborno, la corrupción, el crimen, son los métodos predilectos del imperialismo. En algunas naciones los imperialistas norteamericanos se orientan a la "constitucionalización" del poder de las clases y los partidos que le sirven el país en bandeja: tal es lo que ocurre en Colombia, o en Santo Domingo; en esta línea se inscribe también la intervención del embajador yanqui en favor de una reforma constitucional en el Uruguay.

Si el triunfo de la revolución cubana significó el punto más alto de la lucha liberadora y antimperialista de nuestros pueblos, y la mayor derrota del imperialismo yanqui en todos los terrenos, incluso el militar, quebrando el mito de su invencibilidad, los golpes en Brasil y Argentina ofrecen una ilustración del destino que Estados Unidos reserva a todo el continente. No obstante, esa política tiene en sí misma su negación: como hemos dicho, restringe drásticamente el campo de sus aliados y servidores (como se advierte en Brasil, Argentina y otros países) y contribuye en última instancia, a que el imperio vaya cavando su propia fosa. Abre así a las fuerzas avanzadas la posibilidad de concertar las más amplias alianzas para la salvaguardia de la soberanía nacional y de las libertades democráticas.

No estamos pues, ante un "lustró sombrío", o ante un período de reflujo obligatorio de la revolución latinoamericana. Por el contrario, la intervención sangrienta y de signo gorila del imperialismo yanqui sitúa en primer plano la amplitud de la lucha democrática general, unida a la energía y decisión en un combate que ya se libra en todos los terrenos.

Y así como sería un profundísimo error, que pagaríamos muy caro, subesti-

mar la gravedad de los peligros que se ciernen sobre cada país, no apreciar la dureza, cada vez más acentuada, de las luchas que se avecinan, tan grande como éste sería extraviar la perspectiva revolucionaria, no ver el carácter doble y contradictorio del momento.

De la firmeza del movimiento antimperialista y democrático, de la amplitud de su táctica y la sabia combinación de los métodos de lucha, dependerá una nueva modificación de la correlación de fuerzas.

Vivimos una fase de transición hacia grandes batallas. La vastísima gama de situaciones existentes en Iberoamérica impone una extrema variedad de formas y de tácticas de lucha. En el continente, como un fresco abigarrado, vemos a masas combatiendo por los más diversos caminos, aplicando las tácticas más variadas, la más rica y compleja combinación de formas de lucha: desde la acción guerrillera a los combates reivindicativos, las huelgas, la participación en elecciones con la creación de frentes de izquierda, o bien de otras formas legales de lucha.

Sería erróneo pretender abarcar con un rasero único y una sola definición esta variedad multifacética del despertar revolucionario de un continente. A ambos lados de la vértebra andina, los pueblos pelean experimentando, combinados simultánea o alternativamente, según las circunstancias, todos los métodos de actividad, legales e ilegales, parlamentarios y extraparlamentarios, con acciones insurreccionales o guerrilleras, o con la labor profunda y sistemática que acumula fuerzas para etapas más elevadas. A medida que la acción patriótica y liberadora se extiende y profundiza, los pueblos superan las oposiciones metafísicas entre los diversos procedimientos, para situar en primer plano, sin oportunismo ni aventurismo, la norma leninista que hace de la movilización de las masas la base de nuestra táctica y reclama el dominio de todas las formas de lucha y su uso según las circunstancias.

En las complejas condiciones actuales, duras, sangrientas, difíciles por obra del imperialismo y la reacción, un gran centro es la solidaridad continental, el intercambio de experiencias, la fraternidad y el apoyo recíproco de los movimientos patrióticos y liberadores, obreros y populares; la solidaridad con los luchadores especialmente con los más sacrificados, con los combatientes de la clandestinidad y la acción armada, con los presos y perseguidos.

La defensa de la revolución cubana continúa siendo un deber primordial e irrenunciable de cada uno de nuestros pueblos.

La creación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), significa un gran paso de avance hacia la promoción de una solidaridad militante con todos los que combaten la opresión.

En este mismo plano, significó una importante experiencia la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina celebrada a fines de 1964, para la realización de la cual nuestro Partido empuñó sus esfuerzos. La Conferencia de los Partidos Comunistas brindó una contribución significativa a la gran causa de la unidad de movimiento comunista internacional y destacó en un primer plano los temas de la solidaridad y de la lucha común contra el imperialismo yanqui y la reacción.

* * * * *

II— LA SOLIDARIDAD MILITANTE DE LA CLASE OBRERA Y LAS FUERZAS ANTIMPERIALISTAS, DEMOCRATICAS Y POPULARES DE AMERICA LATINA ES HOY UN IMPERATIVO HISTORICO

1. Una hora de viraje

Nuestro Congreso se realiza en horas de nuevos y grandes acontecimientos en América Latina. Asistimos a un viraje de grandes proyecciones en la brega histórica de nuestros pueblos por liberarse del imperialismo yanqui y las oligarquías regresivas y antinacionales. En sucesión relativamente próxima, Perú, Chile y Bolivia —a poco más de diez años de la proeza cubana— dan pasos importantes hacia su emancipación.

Son distintos los caracteres de cada uno de estos movimientos, diversas las formas del proceso social y político, y diferente el grado de participación de la clase obrera y las masas populares en la conducción directa de las transformaciones imprescindibles. En Chile, se destaca la madurez ideológica de la unidad profunda del pueblo, unión esta que afirma su voluntad de poner proa al socialismo a través de cambios radicales democráticos y nacional-liberadores. En Perú, las fuerzas armadas encabezan el movimiento democrático e independiente. Perfilan una política exterior independiente y llevan a cabo transformaciones democráticas fundamentales —nacionalizaciones de la banca y la industria pesada, reforma agraria radical, establecimiento de un peculiar control obrero combinando formas del capitalismo de Estado en las industrias, etc.—, a la vez que se apoyan en las masas obreras y populares, las que elevan con rapidez sus niveles de conciencia y organización. En Bolivia, la lucha obrera y popular, expresada en la huelga general revolucionaria y en la acción coincidente de una parte de las fuerzas armadas, frustró el golpe gorila inspirado por los EE.UU. e instauró un gobierno que se proclama “nacionalista de izquierda”, y afirma representar un “frente de los obreros, campesinos, intelectuales y militares”. Se abre nuevamente para Bolivia —en el contradictorio proceso revolucionario iniciado— la perspectiva de trascendentales avances.

Lenin advirtió cierta vez que “dentro de las leyes generales del desarrollo de toda la historia universal no quedan de manera alguna excluidas, sino por el contrario, se presuponen ciertas etapas peculiares de desarrollo, tanto en lo que hace a la forma como al orden de sucesión”. (T. XXXIII, p. 439)

Los hechos de Cuba, Chile, Perú y Bolivia —más allá del margen imprevisible de la evolución de los acontecimientos en éste u otro país— parecen verificar esta afirmación previsor que milita contra todo dogmatismo.

Claro está, en su esencia, las transformaciones que se llevan a cabo en alguno de estos países, no escapan a la clasificación según el contenido de clase y según la índole de las relaciones de producción. En líneas generales, corresponden a las fases de una revolución democrática y antimperialista avanzada que, desde su primer etapa, abarca importantes objetivos anticapitalistas (es decir, antimonopolistas, contra la oligarquía gran burguesa). Por lo mismo, a una altura

determinada de su desarrollo, el dilema —capitalismo-socialismo— surgirá ineluctablemente planteado por la propia vida. Y en este terreno, sí que no puede pensarse en la existencia de regímenes que no sean o capitalistas o socialistas, por originales que fueren las etapas de transición. Los comunistas creemos que el socialismo es la forma superior, capaz de resolver definitivamente los problemas de la liberación nacional y social de nuestros pueblos. Todo el desarrollo político contemporáneo lo confirma. Pero pensamos que el radicalismo democrático y la defensa de la independencia política y económica, conducirá —si son consecuentes— a la necesidad de la transformación socialista.

Justamente por ello, somos los luchadores más decididos —hasta el fin, decía Lenin— por las transformaciones antimperialistas y democráticas. Lo somos sin impaciencias ni reclamos extremistas que dividan el campo del antimperialismo o pretendan saltar las etapas obligatorias que la realidad objetiva pueda imponernos.

Al apoyar las reformas avanzadas y las medidas de liberación nacional, nos esforzamos por forjar la unión de las masas trabajadoras, en primer término de la clase obrera, que son las fuerzas sociales más interesadas en los actuales cambios democráticos, radicales y también, los más decididos abanderados del porvenir socialista. De esa unidad de las masas populares y de los sectores avanzados de las fuerzas armadas, deberán surgir más tarde o más temprano, respuestas a las exigencias actuales y perentorias como a los nuevos planteamientos que la realidad inexorable promoverá.

Más allá de las diferencias señaladas de etapa, de forma y de nivel del curso revolucionario en cada uno de los países referidos y del contenido de clases distinto de las fuerzas sociales y políticas que los conducen, la lucha antimperialista y democrática que en ellos triunfa engrana históricamente y da un poderoso impulso a la revolución latinoamericana. En su conjunto, jalonan una nueva realidad continental, un avance cualitativo de ostensible alcance estratégico, en la gesta de nuestra segunda independencia.

Asistimos a una importante modificación en la correlación de las fuerzas entre los pueblos de América Latina y el imperialismo yanqui, expoliador principal de nuestras riquezas, usufructuario del subdesarrollo iberoamericano, gestor de golpes de Estado, intervenciones y crímenes contra la soberanía y la libertad de nuestras patrias. La reanudación de relaciones con Cuba por el gobierno chileno pregonan —en lo estrictamente continental— este cambio de las fuerzas en presencia, este ensanchamiento de las posibilidades de independización de nuestros pueblos.

Los mitos de la fatalidad del dominio imperialista yanqui sobre estas tierras —invocados por geopolíticos, entreguistas y conciliadores, tan maltrechos luego del desafío cubano— caen hoy a pedazos ante la victoria popular chilena, las reformas radicales de Perú y las posibilidades avanzadas que apuntan en Bolivia. Y todo ello sale al encuentro de las aspiraciones de nuestros pueblos, se enlaza con las inquietudes que, a lo largo del continente, promueven las acciones de las grandes masas de obreros, trabajadores del campo, de los intelectuales, estudiantes, etc., de las capas medias urbanas y rurales, que hoy caracterizan la hora latinoamericana.

Pese a las represiones gorilas, pese a las intervenciones criminales como el desembarco yanqui en Santo Domingo, pese a la sangre derramada de tantos patriotas y revolucionarios por los agentes imperialistas o las oligarquías antinacionales, entre ellos el heroico Guevara, pese a la dureza de las luchas, nuestros pueblos están de pie. Y hoy alcanzan augurales éxitos.

Los cambios operados en la realidad del continente aparejarán una nueva aceleración del proceso revolucionario, patriótico, democrático y liberador. Las formas de ese proceso variarán ostensiblemente de país a país, como está ocurriendo. La historia de cada pueblo y las correlaciones de fuerzas sociales y políticas pondrán su sello al curso de los acontecimientos, condicionarán quizá las "vías de aproximación" del pueblo al poder, determinarán la dureza de las luchas de clase, el grado de radicalización del proceso, la singularidad de las fases de acercamiento o ingreso en la revolución nacional-liberadora y de su tránsito al socialismo. Y también las posibilidades reales de intervención de los imperialistas y de los gorilas vecinos. En general, éstos nos obligarán a una encarnizada y difícil lucha y, en muchos lugares, procurarán cerrar por la violencia el acceso del pueblo al poder, predeterminando la vía armada de la revolución.

Muchas veces hemos reiterado, glosando expresiones de los clásicos del marxismo-leninismo, que "preferimos" la senda "menos dolorosa" para la emancipación nacional y social del pueblo, pero que no podemos ni debemos olvidar las características políticas de gran parte de Latinoamérica marcadas por la ingerencia agresiva del imperialismo yanqui en complicidad con las oligarquías nativas, por el gorilismo y el pisoteo frecuente de toda norma democrática y derecho popular. Claro está, sería absurdo menospreciar, en actitud irresponsable, toda posibilidad real de avance "pacífico" de la revolución, cualquier probabilidad de conquista del poder si el duro precio de la guerra civil. Si lo hiciéramos, resbalaríamos a la ridícula actitud de ciertos publicistas y políticos uruguayos que de tan "izquierdistas" se obstinaban en demostrar la fatalidad del triunfo de Alessandri en Chile, para probar las virtudes de su fraseología y de su enconado anticomunismo.

Chile ofrece hoy, justamente, su valiosa experiencia, la que puede reiterarse en condiciones propicias —como lo ha dicho tantas veces nuestro Partido— en uno u otro país.

2. El movimiento revolucionario de América Latina.

A la luz de los acontecimientos actuales parece verificarse la advertencia de anteriores Congresos del Partido, que aconsejaron enfocar la realidad en movimiento de nuestro continente en función de dos verdades estrechamente unidas; aparentemente opuestas, ellas conforman, empero, una contradictoria unidad, expresan el discurrir dialéctico de la revolución. **Así, por una parte, destacamos la necesidad de hallar, en las condiciones sociales y políticas, y de momento revolucionario, de cada país, el camino real o el atajo que facilite la unidad del pueblo y el avance del proceso de su emancipación.** Ninguna verdad general, ninguna receta o analogía histórica puede abarcar a plenitud la singularidad de una circunstancia dada y que deberemos transformar nosotros mismos. Esta tesis es prácticamente un axioma en nuestra teoría y en nuestra táctica. Pero, por otra parte, incurriríamos en un mezquino particularismo si no advirtiéramos que aun nuestra realidad uruguaya, una de las más peculiares, se inserta en una América Latina conmovida revolucionariamente, en la que vienen acumulándose procesos económicos, sociales, políticos, nacionales, en la que han ido madurando las condiciones objetivas del cambio revolucionario. Y que éstas han colocado en el orden del día por todo un período, el tema de la liberación. Las metas del poder popular son hoy objetivos históricos concretos. Y el problema de la unidad del pueblo, de los factores subjetivos, en particular el problema del Partido, aparecen cada vez más como cuestiones cardinales de la victoria revolucionaria.

Con el triunfo chileno comienza una nueva etapa de ese fundamental período histórico iniciado en los años cincuenta por las revoluciones boliviana y guatemalteca, y que prosiguiera con el derrocamiento de sangrientas tiranías, con el ahondamiento de la lucha de clases y la extensión de la organización de la clase obrera, con la radicalización de las capas medias, en particular, de sus sectores avanzados, estudiantes e intelectuales, con el fortalecimiento de partidos comunistas y la extensión de éstos a todos los países, con la aparición de otros movimientos antimperialistas de carácter avanzado, etc. La revolución cubana, encabezada por Fidel Castro, coronó esta etapa histórica y promovió un cambio cualitativo del proceso revolucionario en todo el continente. La victoria cubana estimuló la lucha antimperialista, mostró la perspectiva posible del poder obrero y popular, instauró el socialismo en Iberoamérica. La solidaridad con Cuba se tornó desde entonces, una contraseña de combate de todos y cada uno de nuestros pueblos.

Fracasado en su intento de aplastar la revolución cubana —cuya firmeza se apoya en la solidaridad soviética y del campo socialista— el imperialismo yanqui emprendió una contraofensiva de golpes gorilas, de crímenes y agresiones contra diversos pueblos. El pisoteo de las libertades democráticas, la brutalidad intervencionista, la agresión contra todo atisbo de soberanía nacional, se unió así a la expoliación económica más desenfrenada. Esto ahondó la crisis de las sociedades latinoamericanas, aventó las utopías desarrollistas, aceleró el deterioro económico y financiero y aumentó la miseria y el sufrimiento de las masas. El golpe de Estado de Brasil en 1964 —que procuró extirpar las tendencias democráticas y nacionalistas que entonces allí se extendían— también buscó establecer en el mayor país de América del Sur, una plaza de armas contra todos nuestros pueblos. En la alianza con los gorilas argentinos, proclamaron la “doctrina” increíble de su “derecho” a intervenir en los países vecinos, en vigilancia de presuntas “fronteras ideológicas”.

No pudieron detener, sin embargo, el proceso liberador de nuestros pueblos. Múltiples formas de lucha siguieron recorriendo nuestra América. Huelgas obreras y luchas de calle, acciones estudiantiles y populares, combates guerrilleros, levantamientos militares de tonalidad democrática unidos a insurrecciones populares, como en Santo Domingo; luchas legales e ilegales, parlamentarias, extraparlamentarias, sociales, políticas, armadas, etc. han estado presentes en toda esta etapa. Derrotadas muchas, victoriosas otras, tácticamente acertadas unas, extemporáneas otras, empero, todas ellas registran históricamente, aun en el error táctico, un momento de conmociones revolucionarias, un fruto de las convulsiones de nuestros pueblos. Una y otra vez, los augures del imperialismo, o los observadores superficiales, pregonaron el fracaso, por un largo período, de las tentativas liberadoras. Pintaron la certidumbre de un horizonte sombrío para los afanes redentores de los latinoamericanos. Según ellos, Cuba habría sido la excepción que escapó, travesura histórica, al cancerbero norteamericano. Sin embargo, ya en el año 68, otras grandes huelgas obreras, otras explosiones de la insurgencia estudiantil y juvenil, nuevas acciones de masas y etapas más altas de la unidad y el combate popular, desmintieron a los apresurados profetas, inaugurando una hora superior de auge revolucionario. Los nuevos fenómenos en la Iglesia católica y en otros sectores religiosos, y el reflejo de las embates patrióticos y sociales en las fuerzas armadas, subrayan la profundidad raigal del indicado curso. En este cuadro se inscriben los acontecimientos de Perú, Chile y Bolivia y su expansiva repercusión continental.

Para los portavoces del imperio yanqui y para los fallidos teorizantes de la guerra antisubversiva, la revolución que conmueve y ya triunfa parcialmente en América Latina, es producto de exportación, es obra de La Habana o Moscú, es "acción subversiva" de infiltradas y perturbadoras minorías. En su tiempo, Lenin ya les dio respuesta a estos infundios. Las revoluciones no se exportan: "Semejante teoría —dice Lenin— está en completa contradicción con el marxismo que siempre negó la posibilidad de "estimular" las revoluciones, las cuales se desarrollan a medida que se van haciendo más agudas las contradicciones de clase que son las que engendran las revoluciones" (T. XXVII, p. 63-64).

Las bases materiales de este proceso están determinadas por la profunda crisis de las estructuras económicas—sociales de los países latinoamericanos. El desarrollo capitalista que se produjera en la década del 30 y en la inmediata postguerra, se deforma y entra cada vez más en contradicción con la pervivencia de relaciones agrarias atrasadas y con el dominio imperialista. Esta deformación del desarrollo capitalista anuda en un solo haz de contradicciones todos los antagonismo sociales y políticos de América Latina. Para esa crisis profunda de la estructura económica social latinoamericana no hay solución ni con los pequeños cambios de corte reformista, ni por el expediente de los golpes de Estado. Maduran, por el contrario, las condiciones de la lucha antimperialista y contra los terratenientes y grandes capitalistas entregados al imperialismo, contra las dictaduras siniestras y los golpes gorilas.

Los cambios producidos en el desarrollo capitalista de estos países subrayan además, como característica de estas sociedades, el elevado paso social del proletariado, la existencia de grandes masas de asalariados rurales y semiproletarios, minifundistas, y la presencia de una tumultuosa pequeñoburguesía cuyas fuerzas de avanzada son principalmente los sectores radicales de estudiantes, intelectuales, etc., de importante gravitación revolucionaria en nuestros países.

Y son estos condicionantes económico—sociales los que agudizan la lucha de clases, acumulan las aspiraciones patrióticas y democráticas de capas cada día más extensas de la población, incorporan nuevas masas a la lucha general, son las generaciones de las explosiones revolucionarias, los que estrechan cada vez más las bases sociales e ideológicas del dominio imperialista, de las oligarquías vendidas y de sus agentes en tantos países de América Latina.

La agresividad del imperialismo yanqui y su desprecio por la soberanía de nuestras patrias; sus recetas económicas que ahondan la crisis y acentúan los peores aspectos del subdesarrollo; la contradicción ostensible entre las inmensas riquezas naturales de estas tierras, inexplotadas o en poder de los capitalistas extranjeros, y la pobreza y atraso de las poblaciones; la miseria e invalidez social y cultural de las grandes masas en contraste con la opulencia y corrupción de las pequeñas minorías gobernantes; las tiranías sangrientas o el antidemocratismo descarado al estilo Pacheco, que EE. UU. sostiene en alianza con las oligarquías financieras y terratenientes; todo ello exalta la indignación de los pueblos, subraya la frustración de los intelectuales, economistas, científicos, técnicos diversos, etc., despabila a sectores de las fuerzas armadas, coloca en el orden del día la urgencia de los cambios nacionales y democráticos. La presencia internacional del campo socialista y de los países anticolonialistas constituye un estímulo para los latinoamericanos.

Encontrar el camino particular de la unidad de cada pueblo, tentar las posibles vías singulares de aproximación a la revolución, construir la unidad de la cla-

se obrera y las grandes masas, de todo lo patriótico, democrático y avanzado, parece ser hoy, en esta hora de viraje de América Latina, el gran imperativo de la historia.

3. La unidad y solidaridad entre los pueblos del continente

La nueva situación continental plantea con más fuerza que nunca la necesaria unidad entre los pueblos de América Latina, la promoción de la solidaridad militante entre los distintos destacamentos de la clase obrera, de las organizaciones sociales, de los partidos, grupos y personalidades políticas antimperialistas del continente. Y, en particular, nos reclama desarrollar la unidad fraternal entre los Partidos Comunistas de América Latina.

Esta solidaridad deberá expresarse en forma activa con los pueblos de Cuba, Chile, Perú y Bolivia, acechados por la conspiración imperialista, y deberá acentuarse con los luchadores que en la clandestinidad, en las cárceles, en las diversas formas del combate liberador, bregan con heroísmo inquebrantable en defensa de la soberanía y la libertad de sus patrias.

La solidaridad es hoy, más que nunca, un planteamiento estratégico para nuestro pueblo; se vincula a nuestra independencia, al empeño por liberar nuestra patria y lograr la felicidad de nuestro pueblo.

Cometeríamos un irreparable error si creyéramos que la nueva correlación de fuerzas que se perfila en el continente nos habilita a pensar en un desarrollo apacible de los procesos revolucionarios. Ni el imperialismo yanqui, ni las oligarquías, aceptarán sin intentonas criminales las victorias populares. Y esto es válido tanto para el avance de nuestro pueblo como para su necesaria militancia en apoyo de aquéllos que lograron el triunfo.

La prensa imperialista y gorila habla abiertamente de estos temas. Citemos, entre otros, el "New York Times" del 19 de setiembre: "El golpe militar —expresa, en referencia a Chile— sería deplorable en un país libre de semejantes acciones a lo largo de 40 años. Intervenir para sostener la Constitución y salvaguardar la libertad sería menos deplorable y menos arriesgado que permitir al Dr. Allende imponer la dictadura marxista de un solo partido". En otros términos, se baraja la posibilidad del golpe de Estado, ahora o más adelante.

Luego del intento fracasado del golpe de Estado de Miranda en Bolivia, se efectuó en Brasil una reunión secreta de jefes militares de tres países gorilizados: Argentina, Brasil y Paraguay, en la cual habría estado presente también un representante confidencial del comando sur del Pentágono. En relación con ello, el diario brasileño "O Estado de Sao Paulo" se expide de esta manera. Se refiere a la posibilidad "del fraccionamiento del sistema interamericano de seguridad, el cual ya se haya debilitado por la elección de Salvador Allende, quien además del apoyo del Perú podrá contar con el apoyo de Bolivia". Agrega: "Son justamente las fronteras ideológicas las que más preocupan a las altas esferas militares brasileñas pues, según las mismas, aunque sean sofocadas las tendencias izquierdistas de los grupos militares bolivianos, ya se registra una infiltración sin precedentes en América Latina, teniendo como punta de lanza a Chile de Salvador Allende, directamente apoyado por la Cuba de Fidel Castro" **"La quiebra de la hegemonía del sistema interamericano —concluye— apoyada por los nacionalistas peruanos, sobrecarga la responsabilidad de Brasil y Argentina, naciones libres"** (sic).

La solidaridad militante de nuestros pueblos, la que puso de pie a la clase obrera, los estudiantes, intelectuales, etc., en apoyo a Cuba, la que recorre tu-

multuosa las calles celebrando el ascenso al gobierno de la Unidad Popular chilena, la que sigue con vivo interés las reformas peruanas o saludó el enfrentamiento popular y militar que derrotó en Bolivia al golpe de Miranda, esa solidaridad multiplicada por miles, debe ser hoy la respuesta a esta prédica insolente del intervencionismo, que tanto eco tuviera en los diarios lameyanquis montevideanos, como "El País" y otros.

En fin, camaradas, asistimos a augurales sucesos. Se está modificando la correlación de fuerzas en América Latina a favor del campo de la liberación nacional, la democracia y el progreso social. Agregándose a la Cuba socialista y su ejemplo heroico, comienza a formarse al sur de América, luego de la victoria chilena, una zona de resistencia patriótica, antimperialista, avanzada, que abrirá para el continente una más amplia alternativa de independencia y de conducción soberana de su política exterior.

A la vez, pese al grado diverso de su desarrollo, las luchas liberadoras de nuestros pueblos se ensanchan y profundizan. Suenan los bronces de una hora continental nueva. Como nunca, es el tiempo de la unidad y de la solidaridad de la clase obrera, de los pueblos, de los movimientos antimperialistas y democráticos, de los Partidos Comunistas de América Latina. Bajo este signo continental celebramos nuestro vigésimo Congreso.

* * * * *



EDITORIAL PROBLEMAS

INDICE

DECLARACION PROGRAMATICA DEL PCU	1
PLATAFORMA POLITICA INMEDIATA	8
XVIII CONGRESO DEL PCU. Informe de balance del CC sobre situación nacional	16
XIX CONGRESO DEL PCU. Informe de balance del CC sobre situación nacional	34
XX CONGRESO DEL PCU. Informe de balance del CC sobre situación nacional	67
XVII CONGRESO DEL PCU. Informe de balance del CC sobre A. Latina	88
XVIII CONGRESO DEL PCU. Informe de balance del CC sobre A. Latina	91
XIX CONGRESO DEL PCU. Informe de balance del CC sobre A. Latina	94
XX CONGRESO DEL PCU. Informe de balance del CC sobre A. Latina.	97

Se terminó de imprimir en Oct. 1985



EDITORIAL PROBLEMAS

